


A TEMPO ◊ A TEMPO
CHI SA SA E CHI NON
SA SUO DANNO
EX
LIBRIS
SER
U. MANGANELLI





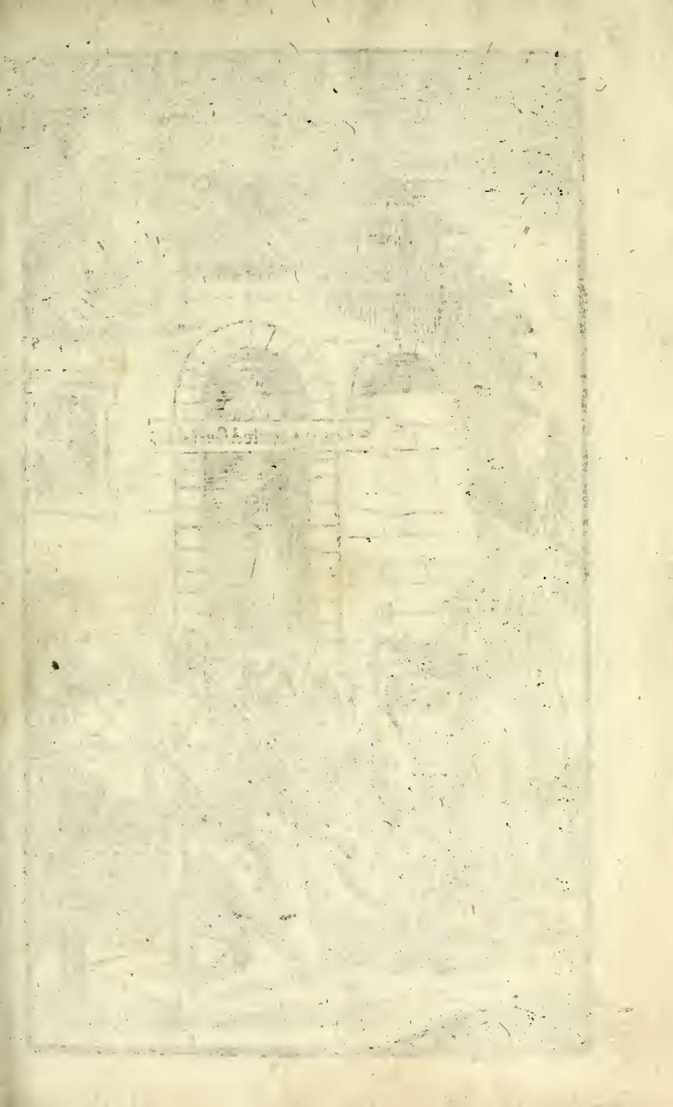
B.

Gamba I-351 Carta di lunetta opposta
[illegible] [illegible] Malfatti 1798 e una di
Barcellona 1821

Le illustrazioni sono copiate
da quelle della ediz. di Pellegrino
del 1736 -
antiporta e 50 incisioni -
Edizione di tipo popolare
molto rara -

1964 Cat. antiq. Bassano [illegible]
[illegible] 298 (8)
1964 [illegible] " " " [illegible] £ 45.000 -






Casa y gente d Bertoldo

HISTORIA
DE LA VIDA, HECHOS Y ASTUCIAS SUTILISIMAS DEL RUSTICO
BERTOLDO,
LA DE BERTOLDINO, SU HIJO,
Y LA DE CACASENO, SU NIETO.

OBRA DE GRAN DIVERSION
Y DE SUMA MORALIDAD,

donde hallará el sabio mucho que admirar, y el ignorante infinito que aprender.

REPARTIDA EN TRES TRATADOS.

TRADUCIDA DEL IDIOMA TOSCANO al Castellano por Don Juan Bartholomé, Agente de la Refaccion del Serenísimo Señor Infante Cardenal, &c.

Con Licencia.

En *Barcelona*: Por Francisco Suriá y Burgada, Impresor de S. M.

PROLOGO AL LECTOR.

BEnigno y querido Lector mio, no te contaré el juicio de Páris, ni el rapto de Elena, ni el incendio de Troya, ni el paso de Eneas, ni los grandes errores de Ulises, ni las indignas operaciones de Circe, ni la destruccion de Cartago, ni el exercito de Xerxes, ni las victorias de Alexandro, ni la fortaleza de Pirro, ni los triunfos de Mário, ni las loádas mesas de Lúculo, ni los grandes hechos de Scipion, ni las victorias de César, ni la fortuna de Octaviano, que de semejantes hechos la Historia dará al que leyere individual noticia de todo. Y solo ahora pues será el tema la explicacion de la rara figura de un hombre rústico, criado entre asperezas de montaña, y en un todo ageno de la habitacion

y

y comunicacion racional; pero ademas de ser quasi monstruo de naturaleza, era al mismo tiempo tan perspicaz y sutilísimo, que lo profundo de su entendimiento, y lo ingenioso de sus agudezas disimulaban con tan ayroso desempeño lo ridículo de su extraña figura, que parecia no era posible hallarle segundo en aquellos tiempos; pues cotejando lo extrínseco de su feísima apariencia con lo frondoso y fructífero de sus talentos, era como un amenísimo jardin, guarnecido ó resguardado de espinos y cambroneras estériles, en cuyo interior espacio se dexan registrar las mas exquisitas flores, y árboles frondosos y fructíferos, cuyas aromáticas fragrancias atraen á su recréo aun á la mas estragada voluntad, la que espero te conmueva el iman de las sentencias,

agudezas, astucias, refranes y estratagemas, de que usó dentro y fuera de la Corte, con suma presteza y gracia; pues te aseguro, amado Lector mio, que luego que ví esta Historia en idioma extraño, me dediqué á su traduccion al nuestro, con el fin de complacerte, y darte en que diviertas los ratos de ociosidad: y si midieses tu gusto con el con que yo te he deseado servir, colmarás en un todo la medida de mi deseo: No te haga novedad el que no me haya valido de conceptos delicados, pues mi fin no ha sido otro, que hacer sin etimologías una traduccion para todos: pues como enseña la remontada pluma del águila de la Iglesia San Agustin, lo especial de los Escritores no está en hacer volúmenes abultados, sí en adornarlos de dulzura para el gus-

to,

to, y de utilidad para el gobierno de la República. En las frases rústicas de este corto volumen hallarás, mirándolas por defuera, suma complacencia al gusto, sin que te estrague la voluntad en su recreo; pero si te introduces á lo interior de su moralidad, hallarás, que no tiene palabra, aun de las mas ridículas simplezas, que no se dirija á tu comun provecho y económico gobierno: Y así, Lector discreto, te encargo lo leas con cuidado, para que no te se desperdicie el fruto que en él se encierra, suplicándote procures suplir la duplicacion de términos que encontrares; pues el idioma Toscano muchas veces es variable á la lengua Española, y solo me ha llevado el deseo de tu diversion, como lo puedes ver en el afecto con que te ofrezco mi taréa. VALE.

HISTORIA DE LA VIDA, HECHOS, Y ASTUCIAS SUTILISIMAS DEL RUSTICO BERTOLDO.

TRATADO PRIMERO.

INTRODUCCION.

EN el tiempo que Albuyno, Rey de los Longobardos, era quasi dueño de toda la Italia, teniendo su sólio real en la hermosa Ciudad de Verona, llegó un dia á palacio un paisano, el qual tenia por nombre Bertoldo: era hombre disforme, y de feo aspecto;

pero donde faltaba la perfeccion de su persona, suplia la sutileza y vivacidad de su ingenio, pues era muy agudo y pronto en responder á qualquier asunto. Ademas de lo dicho, era tambien sumamente malicioso y de natural melancólico, como por la mayor parte suele acontecer con toda gente rústica y campesina. La estatura y fisonomía se explica tal qual como era.

LA FATAL FIGURA de Bertoldo.

ERA sumamente pequeño de cuerpo; la cabeza muy gorda y redonda, á modo de bola; la frente muy arrugada; los ojos muy colorados, brotando fuego; las cejas muy largas y cerdudas; las orejas eran borricales; la boca grande y un poco tuerta, con el labio de abaxo colgando, á modo del de los caballos; la barba bermeja, tan larga, que le caía al pecho, y al último hacía una punta, que imitaba á la del macho; las

las narices muy agudas y enfaldadas hácia arriba, siendo largas en extremo; los dientes le salian de la boca á modo de colmillos de jabalí, con tres ó quatro papadas en la garganta, que hacian tal ruido quando hablaba, que parecian ollas que cocian á la lumbre; tenia las piernas cabrunas, á manera de nigromántico; los pies muy largos; el cuerpo sumamente belludo, que todo él le cubría como un pellejo de oso; las medias que llevaba eran de lana muy gruesa, y todas remendadas, á manera de tapices viejos; los zapatos muy gruesos, y á proporcion los tacones muy altos: De este hombre se puede decir, que era todo al reves de Narciso.

AUDACIA DE BERTOLDO.

EN fin, despues que nuestro Bertoldo llegó á palacio, se introduxo en las primeras ante-cámaras, y prosiguiendo adelante, se internó en donde estaban todos los grandes, validos y ministros;

 pa-

pasó por medio de todos, hasta poder ver al Rey; y sin quitarse el sombrero, ni hacer el menor acto de cortesia, se fue á sentar junto la Real Persona, quien, como era benigno y piadoso, y que su gusto le tenia en ver semejantes figuras, se imaginó que este hombre seria de ingenio gracioso y bufon, contemplando que muchas veces suele infundir la naturaleza á algunos dones particulares, que no á todos se les concede una gracia tan especial. El Rey, sin dar muestras de enfado, ni alterarse, le empezó cariñosamente á preguntar, diciendo.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS entre el Rey y Bertoldo.

Rey. QUien eres tú? Quando naciste? Y de qué tierra eres?

Bert. Yo soy un hombre, nací quando mi madre me parió, y mi tierra es este mundo.

Rey. Quien son tus ascendientes y descendientes?

Bert.

Bert. Las judias en la olla; porque quando cuecen suben y baxan; y comiendómelas yo, vienen á parar en mi.

Rey. Tienes padre y madre, hermanos y hermanas?

Bert. Los tengo; pero todos han muerto.

Rey. Pues cómo los tienes, si dices que se han muerto?

Bert. Porque quando salí de mi casa los dexé á todos durmiendo, y por eso digo que todos han muerto; pues uno que duerme, está como si lo fuera: y yo hallo tan poca diferencia del uno al otro, que creo evidentemente, que el sueño es hermano carnal de la muerte.

Rey. Qual es la cosa mas veloz del mundo?

Bert. El pensamiento.

Rey. Qual es el mejor vino que hay?

Bert. Aquel que uno bebe en casa agena.

Rey. Qual es aquel mar, que nunca se llena?

Bert. La codicia en el avariento.

Rey. Qual es la cosa mas fea, que se puede dar en un mozo?

Bert. La desobediencia.

Rey. Qual es la cosa, que se puede notar mas en un viejo?

Bert. La lascivia.

Rey. Qué cosa es la mas de notar, y delito mas enorme, que se puede hallar en un mercader?

Bert. La mentira.

Rey. Qual es aquella gata, que por delante te lame, y por detras te araña?

Bert. La muger ramera.

Rey. Qual es el mayor fuego de una casa?

Bert. La muger viciosa, y la lengua de un criado.

Rey. Quales son las enfermedades incurables?

Bert. La locura, la verídica gangrena, y las deudas del tramposo.

Rey. Quien es el hijo, que quema la lengua á su madre?

Bert. El pábilo de la vela.

Rey. Cómo me traerás tú aqui una criba de agua sin verterla?

Bert. Esperaria á que helase, y congelada la traeria sin verterse.

Rey.

Rey. Qué cosas son las que el hombre busca, y no las quisiera hallar?

Bert. Los animales inmundos que se hallan en la camisa, los puntos en las medias, y el bañado infecto.

Rey. Cómo cogerias una liebre sin perro?

Bert. Esperaria que estuviese cocida, y entonces la cogeria.

Rey. Tú tienes buenos sesos, si se vieran.

Bert. Y tú mejor humor, si no comieras.

Rey. Ea, pídeme todo lo que tú quisieres, que yo estoy pronto para darte todo lo que pidieses.

Bert. Quien no tiene nada suyo, mal puede dar á otros.

Rey. Pues por qué yo no te puedo dar lo que tú pidas?

Bert. Porque yo ando buscando felicidad, y tú no la tienes; y así no me la puedes dar.

Rey. Para que sepas si soy feliz, no te basta el verme sentado sobre este alto trono?

Bert.

Bert. Aquel que mas alto se sienta, está mas peligroso á caer y precipitarse.

Rey. Mira quantos señores y caballeros andan al rededor de mi para obedecer mis órdenes.

Bert. Tambien los hormigones andan al rededor del arbol, y le roen la corteza.

Rey. Pues yo luzco en mi Corte, como brilla el sol entre las mas lucidas estrellas.

Bert. Tú tienes razon; pero yo veo mucha obscuridad con la adulacion.

Rey. Concluyamos: Quieres quedarte en la Corte?

Bert. Aquel que se halla en libertad, no debe buscar la esclavitud.

Rey. Quien te movió á venir aqui?

Bert. El creer yo, que un Rey fuese mas grande, que los demas hombres, con diferencia de diez ó doce pies mas alto que ellos, y que sobrepujase sobre todos los campanarios y tejados; pero ahora veo que eres un hombre ordinario, como los demas,

y

y que no tienes mas diferencia, fuera de ser Rey.

Rey. Así es verdad: Yo confieso soy hombre, como los demas, en la estatura; pero de poder y de riqueza sobrepujo, no solo diez pies sobre los demas; pero mas de mil varas: Y ahora solo deseo, que me digas, qué te motiva para hacer semejante discurso?

Bert. El borrico de tu factor.

Rey. Qué tiene que ver el asno de mi factor con la grandeza de mi Corte?

Bert. Te diré: Primero que tú vinieras al mundo, ni tu Corte se instituyera, el asno ya rebuznaba, y aun quatro mil años antes.

Rey. A, á, á: Lindo asunto para reir has propuesto.

Bert. Siempre la risa abunda en la boca de los locos.

Rey. Y tú eres un rústico malicioso.

Bert. Mi naturaleza lo permite.

Rey. Yo te mando, que luego al instante

te quites de mi presencia, y si no te haré echar con tu daño, riesgo y verguenza.

Bert. Yo me iré; pero advierte, que son las moscas de una calidad y naturaleza tan porfiada, que, aunque las echen, vuelven luego; y así, si tú me mandas echar, tengo de volver de nuevo á importunarte.

Rey. Pues véte; y si no vuelves delante de mi, como dices hacen las moscas, te tengo de hacer cortar la cabeza.




1.

ALEGORÍA PRIMERA.

LA CIENCIA EN TODO GENERO de personas es amable, y aunque resida en un hombre rústico y mal parecido, y que su aspecto demuestre ser inculto de potencias, no hay duda que es de apreciar para todos; y si sucede que tal vez suele ser amenazada de grandes, no por eso se espanta, y es siempre facil al hombre sabio huir de todos los peligros que le pueden suceder.

ASTUCIAS DE BERTOLDO.

PArtióse: fuese á su casa, y se montó en un borrico muy viejo que tenia, todo desollado y lleno de matadura, y quasi comido de moscas, y se volvió de nuevo á palacio, acompañado de millares de moscas y de tábanos al olor de semejante carniza, que todos juntos hacian un nublado, que apenas se

le

le divisaba; y llegando á la presencia del Rey, así le dice.

Bert. Ya me tienes aqui, Rey mio.

Rey. No te dixe yo, que si no volvias delante de mi, como las moscas, que te haria dividir la cabeza del cuerpo?

Bert. Las moscas no van sobre las mataduras?

Rey. Sí, es cierto, así van.

Bert. Pues ya me ves volver sobre esta matadura gangrenada y llena de moscas, que al borrico y á mi quasi nos tienen comidos, que es lo que yo te he prometido.

Rey. Desde luego te califico por hombre de grande ingenio; anda, que yo te perdono: Ola, criados, llevadle, y dadle de comer al punto.

Bert. No come aquel, que aun no ha acabado la obra empezada.

Rey. Pues tienes tú que decirme otra cosa?

Bert. Aun todavia no he empezado.

Rey. Ea, quita de ahí esa peste; y tú retírate luego de mi presencia, porque

que veo venir dos mugeres, y es muy dable que vengan á que las dé audiencia, que despues que las haya despachado podrás volver aqui.

Bert. Ya me retiro; pero advierte, que des la sentencia justa.

PLEYTO DE LAS DOS MUGERES.

LLegaron las dos mugeres delante del Rey, y una de ellas habia hurtado un espejo á la otra: la dueña del espejo se llamaba Aurelia, y la que lo habia hurtado se llamaba Lisa, y tenia en la mano el espejo: Aurelia, querellándose al Rey, así le dice.

Aur. Señor, has de saber, que esta muger entró á noche en mi quarto, y me hurtó aquel espejo que tiene en la mano; yo muchas veces la he suplicado me lo restituya, y ella me lo niega, sin querer volvérmelo; y así vengo á tu presencia, para que, como Rey y Señor justo, hagas justicia.

Lis.

Lis. Señor, es incierto lo que dice, que yo ha muchos dias que lo compré con mi regaladísimo dinero; y no sé como esta pícara tenga atrevimiento semejante de pedir aquello que no es suyo.

Aur. Justísimo Señor, no des credito á las falsas razones de esta muger, porque es una ladrona pública, que no tiene conciencia; y sepa V. Mag., que si no fuera cierto lo que digo, yo no me hubiera movido á pedir lo que no fuera mio por todo el oro del mundo.

Lis. Ay, qué conciencia de beata! Qué bien sabe ella fingir, para que todos la crean, y juzguen tiene razon: ah, hermana, no sabias otras escusas mas á proposito? Con lo que me consuelo, es, que estamos delante de un Juez, que conocerá mi buena conciencia, y tu grande falsedad.

Aur. Tierra, cómo no te abres, y tragas aquesta infame, que con tanta desverguenza me niega lo que es

mio,

mio, y con suma picardia finge, que ella sola tiene razon, intentando me tengan por embustera? Ay Dios mio! Descubre tu la verdad de este caso.

JUSTA SENTENCIA DEL REY.

VAmos de espacio, aquietense, que ahora quedarán contentas: Tomad el espejo, dixo el Rey á uno de los presentes, rompedle en pedazos muy menudos, y repartidlos entre las dos en partes iguales, que de este modo quedarán ambas contentas.

Lis. Yo consiento en que se rompa el espejo, y de esta manera se acabará nuestro pleyto.

Aur. Yo no, Señor, mas presto permitiré de que se lo lleve ella todo, que romperlo, pues no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso; y ademas de esto, siempre tengo esperanzas de rescatarlo algun dia, estando entero; pues puede suceder la remuerda la conciencia, y me lo restituya:

tituya: con que yo permito, que se lo lleve ella á su casa, y acabese nuestro pleyto.

Lis. La sentencia del Rey me ha gustado: hagase pedazos, que con esto no tendremos mas motivo de reñir; vamos al hecho.

PRUDENCIA GRANDE DEL REY.

Rey. VErdaderamente conozco, que el espejo es de esta, que no quiere que se rompa, pues con el llanto y súplicas que hace, muestra con señales evidentes y claras, que es la dueña propia; y que esta otra es la que lo hurtó: désele el espejo á esta, y á esa otra echenla de aqui ignominiosamente.

Aur. Piadosisimo Rey mio, yo te doy infinitas gracias de este favor, pues como benigno y justo, con tu gran prudencia has conocido la malicia de esa infame; y por lo mismo has dado la sentencia, como juez tan

sabio y justo : yo quedo pidiendo al cielo, que te guarde, y te dé las mayores prosperidades, que para mi deseo.

Rey. Véte en hora buena, y procura de ser muger de bien. En verdad, que se conocia ciertamente que el espejo era de esta pobre cuitada.

RIYENDOSE BERTOLDO
de la sentencia del Rey, que habia estado escuchando, le dice asi.

Bert. REY mio, tú no tienes conocimiento.

Rey. Pues por qué no lo tengo?

Bert. Porque te crees de lagrimas de mugeres.

Rey. Pues por qué no tengo de creerlas?

Bert. No sabes tú, que su llanto es engañoso, y que cada cosa, que ellas hacen ó dicen, es todo hecho con artificio; pues aunque parece que lloran con los ojos, rien con el corazon, suspiran delante de tí, y por detras

hacen burla : hablan al reves de lo que piensan, y el derramar lágrimas, repelarse, morderse, mudar de rostro, todos son fraudes y engaños, que se los dictan sus insaciables deseos y pasiones mugeriles.

ALABANZA QUE HACE EL REY á favor de las mugeres.

Rey. TAnta bondad tienen en sí las mugeres de juicio y prudencia, que es todo muy al reves de quanto tú las atribuyes; porque si alguna peca, es por descuido, ó por su mala fortuna ó fragilidad femenil; y por esto mas dignas son de compasion, que de castigo, por ser mas débiles y flacas, que los hombres : pero dime la verdad, á uno que estuviese separado de este sexô, no le contemplarias como á muerto? Lo primero, la muger ama al marido, gobierna los hijos, los cria, los educa, los mantiene y enseña buena

doc-

doctrina: La muger cuida de la casa, mantiene la hacienda; cuida de la familia, solicíta que las criadas cumplan con su obligacion, y evita los desordenes, que pueden suceder en una casa: La muger es apreciable para la vista de los mozos, consuelo de los viejos, y alegria de los niños, claridad cierta de dia, y reposo de la noche; ama con fidelidad, es dulce para tratar, noble en su conversacion, clara en qualquier contrato, discreta para mandar, pronta en el obedecer, honesta en sus razones, modesta en sus procederes, moderada en la comida, parca en la bebida, agradable con los de casa, y tratable con los de afuera; en suma, la muger junto al hombre, se puede decir que es una piedra oriental, engastada en el oro mas fino; y no porque alguna cayga en un frenesí ó extravagancia, se debe culpar á todas; porque hay millares al contrario de esta, que son mugeres de bien, y su-

ma-

mamente apreciables; y así la sentencia, que yo he dado, estoy seguro que es muy justa.

Bert. Bien se conoce, que tú amas mucho las mugeres; pues de ellas has hecho un elogio de palabras, tan elegantes á su favor, que parece imposible poder elogiarlas mas; no obstante, qué me darás, si antes que te acuestes mañana á la noche te hiciese yo desdecir de todo lo que has dicho á su favor?

Rey. Quando yo me desdiga de lo dicho, diré que eres el hombre mas sagaz del mundo; y solo te advierto, que si no lo cumples, te he de mandar ahorcar al punto.

Bert. Ea, pues, hasta mañana á la noche, que ya nos veremos.

Luego que anocheció, se retiró el Rey á su quarto; y Bertoldo, despues que habia cenado, se fue á dormir á la caballeriza, discurriendo entre sí hallar camino, para hacer que el Rey se desdixese de las alabanzas que habia hecho á

fa-

favor de las mugeres; y habiendole ocurrido una buena astucia, se acostó, esperando que amaneciese para ponerla en obra.

ASTUCIA DE BERTOLDO.

ASI que amaneció, se levantó Bertoldo, y fue á buscar á aquella muger, á quien el Rey le habia dado la sentencia en su favor; y así la dice.

Bert. No sabes tú lo que el Rey ha determinado?

Aur. Si tú no me lo dices, yo nada sé.

Bert. Pues ha dicho, que se rompa el espejo, como lo sentenció, y que á cada una de vosotras se os dé la mitad de él; pues la otra apeló de la sentencia, que el Rey dió á tu favor: con que, por no oir mas quejas, quiere que se divida, y se satisfaga á entrambas.

Aur. Con qué el Rey ha determinado que mi espejo se rompa? Pues cómo va eso? Despues de haber sentenciado que se me restituya entero

ro y bueno! Haces tú burla de mi? Anda, quitate de mi presencia.

Bert. No hago burla; antes te aseguro con verdad, que de su misma boca se lo he oido decir.

Aur. Ay de mi! Qué es lo que oygo? Puede ser que lo haga para dar satisfaccion á aquella infame muger. O, qué sentencias tan justas, y qué acciones tan notables de un Rey! O pobre Justicia, qué bien administrada estás! Ahora conozco y creo, que se da mas credito á la mentira, que á la verdad. O desdichada de mi! Paciencia, pues esto me convendrá. Es posible, que te vea yo hecho mil pedazos, espejo querido mio! Ah, ah, ah!

Bert. No quisiera, que te sucediese algo peor, que esto.

Aur. Pues qué peor me puede suceder á mi?

Bert. Que el Rey ha promulgado una ley, en que manda, que cada hombre pueda casarse con siete mugeres; con que mira tú si esto es aun peor,

por

por las desgracias que resultarán en las casas con tantas mugeres juntas.

Aur. Qué dices? Con qué el Rey quiere, que cada hombre tenga siete mugeres? Eso sí que es mucho peor, que si hiciera romper todos los espejos de la Ciudad; pero qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza?

Bert. Yo no te puedo decir mas; lo que sé es, que todo lo que te he dicho, se lo he oido decir sobre el asunto: ahora es tiempo, que vosotras os defendais, antes que el mal pase adelante. Dexandolas con este enredo alborotadas, volviendose á palacio, esperó en él, antes que anocheciera, la resulta del suceso.

TUMULTO DE LAS MUGERES con la falsa voz divulgada.

DEspidióse Bertoldo, y Aurelia creyó fuese verdad la invencion de este enredo, y precipitadamente se fue á buscar sus amigas y vecinas, y las contó

por

por extenso quanto habia oido decir á Bertoldo. Ellas, que oyeron tan nunca oida novedad, se enfadaron de tal suerte, que como perras rabiosas, y feroces leonas, echaban fuego por los ojos, y dardos por la boca; de manera, que se divulgó en breve esta noticia por la ciudad; de suerte que se juntaron millones de mugeres, que todas hablaban á un tiempo sobre el caso: y habiendo tratado bastante de el asunto, resolvieron ir todas juntas á ver al Rey, y confundirle á fuerza de gritos y batahola de voces, para obligarle á que se desdixese, y no tuviese efecto la ley, que habia determinado promulgar. En efecto, como ellas lo pensaron y lo trataron, llenas de rabia y despecho, se fueron á palacio, y amotinadas se introduxeron hasta los mismos quartos de la Real Persona, en donde empezaron á meter tan grande ruido y gritería, que parecia un infierno ó la torre de Babilonia, como si todas las mugeres del mundo estuviesen dentro de ella; de tal modo, que

que el Rey nunca pudo entender palabra de semejantes alborotos, sí solo estaba aturdido y confuso, no sabiendo la causa de un tan excesivo tumulto, deseando saber qual sería el motivo de aquel estrepito; pero faltandole la paciencia y sufrimiento por tal insolencia, temeridad, gritería y algazára, tomó el arbitrio de la seriedad y del enfado, y lleno de colera y severidad de rostro, en alta voz así las dixo.

EL REY ENFADADO Y BERTOLDO riyendo.

VOlvióse el Rey á ellas con rostro colérico, diciendolas: Qué novedad es esta? Qué es lo que oygo? Qué motivo habeis tenido para hacer una sublevacion como esta? Quien os ha puesto en tal desorden? De qué ha nacido vuestro bullicio? A qué fin son todas estas exclamaciones? Estais espiritadas? Qué demonios teneis? Decid luego qual es el motivo de este alboroto.

Mu-

Mugeres. Venimos, dixeron todas juntas, á saber lo que contra nosotras has publicado, y de que ha dimanado la locura tan extrema, que se te ha puesto en la cabeza. Gritó otra en sola voz de las mas descaradas y rabiosas, diciendo: Qué frenesí te ha dado tan raro contra toda ley divina y humana, para mandar que á cada hombre le sea permitido de casarse con siete mugeres? Ay, y qué consideracion tan prudente ha hecho V. Mag.; mas yo le aseguro con certidumbre, que no saldrá con una opinion tan barbara y temeraria.

Rey. Locas, qué es lo que decís? Hablad claro, para que yo os entienda, á fin de que os pueda responder al asunto.

Mug. Señoras, dixo una de ellas, vamos poco á poco, callen por Dios, y dexennos entender. Digo, Señor, en nombre de todas, que mereces bien que te echen ó te derriben del trono en que estás sentado; y aunque

te

te sacasen los ojos ignominiosamente, pues bien te lo tienes merecido, por la ley que has publicado.

Rey. Qué afrentas ó qué injurias os he hecho yo? Hablad claro, no me tengais suspenso, deponed vuestra rabia y enfado.

Mug. No te lo habemos ya dicho bien claro otra vez?

Rey. No os he entendido muy bien, volvedlo á decir segunda vez.

Mug. No hay peor sordo, que aquel que no quiere oir, nosotras volvemos á decir, que no se puede cometer error mas grande, como el que tú has cometido en imponer una ley nueva, de que cada hombre pueda tener siete mugeres: mucho mejor sería, que cuidáras de tu Reyno, y de tantos negocios arduos, en que estás por Rey constituido; y no meterte en lo que nada te importa: lo has entendido ahora? Pues mira, si eso intentas, has de permitir tambien, que cada muger tenga siete maridos: Qué par-

partido es el que tomas? Resuelvete; que en eso venimos empeñadas, y deseamos saber tu resolucion.

EL REY ECHA ENHORAMALA las mugeres, blasfemando de semejante sexô.

Rey. AH, sexô ingrato y descortés! Quien os ha dicho, que yo he impuesto ley semejante? Apartáos de mi presencia, idos muy en horamala, rebeldes, importunas, desatentas y temerarias; pues ahora conozco lo que quiere decir muger: quien dice muger, dice engaño, maldad, zizaña, daño, discordia; no hay casa ó lugar, donde entran y salen, que no lleven consigo, arrastrando como rastrillo, todas estas malas propiedades, siguiendolas el fuego de sus propias pasiones: muger quiere decir un caos de engaños y de trayciones; es un barro infernal, que por él se oyen continuamente llan-

llantos y lamentos de los pobres maridos; ellas son ruína de los padres, y tormento de las madres, desgracia de los hermanos, verguenza de los parientes, y destruccion de las casas; en suma, ellas sirven de pena y afliccion á todo el genero humano. Quitáos delante de mi, y no volvais mas á mi presencia, espiritus infernales. Oh, valgame Dios! Qué fatigado me tienen con tanto ruido estos diablos de mugeres! Pero si yo llego á saber el inventor de este chasco, aseguro que le he de hacer castigar, segun su merecido. Ya se han ido estas insolentes; grácias á Dios que me veo libre de ellas! Pues no ha faltado mucho, para que entre todas no me hayan sacado los ojos.

DESPUES QUE SE FUERON las mugeres; se templó el Rey. Bertoldo, que habia estado escondido, escuchando toda la bulla, y como habia logrado su designio, se puso delante del Rey, y le dixo.

Bert. QUE dices á esto, Rey mio? No te dixe, que antes que anocheciese habias de leer el libro al reves de como ayer le leíste en alabanza de las mugeres? Ya discurro quedarás desengañado de lo que ellas son.

Rey. No se puede creer, ni imaginar semejante impostura; pues han fingido, que yo he mandado que cada hombre pueda tener siete mugeres á un tiempo: cosa que hasta ahora no se lo ha imaginado el mismo diablo, ni á mi me ha pasado por la imaginacion, ni el pensamiento. O, qué mala semilla y vil canalla!

Bert. Tú no te acuerdas del convenio que hemos hecho entre los dos?

Rey.

Rey. Digo que has salido con la tuya, y que tienes mucha razon; y pues has ganado, en pago quiero que te sientes conmigo en mi real trono.

Bert. No pueden quatro nalgas caber en un trono solo.

Rey. No importa, que yo haré hacer otro junto al mio, te sentarás en él, y darás audiencia conmigo.

Bert. El enamorado, ni la señoría, no desea compañia; y así gobierna tú solo, pues tú eres el señor y dueño.

Rey. Yo creo, que habrás sido tú el autor de aqueste enredo: es verdad? Dímelo.

Bert. Tú lo has adivinado, y no me puedes castigar, en virtud de la palabra que me diste.

Rey. Supuesto que ha sido esta invencion de tu ingenio, yo te perdono; pero quiero primero que me digas, como has tramado este enredo.

Bert. Yo fui á buscar aquella muger á quien tú favoreciste en el pleyto del espejo; hícela creer nuevamente, que tú querias hacer romper el espejo, y dar la

mi-

mitad á su contraria; añadí, que habias mandado, que cada hombre pudiese tener siete mugeres: motivo por el qual se han amotinado en número tan crecido, y han hecho tan grandes extremos, como has visto, y hablado tantos desatinos, como has escuchado.

EL REY, PESAROSO DEL MAL *que habia dicho de las mugeres, vuelve de nuevo á alabarlas.*

Rey. TU has sido mayor inventor de en redos, que el mismo Merlín; y así, tanto por tu malicia, como por el desorden que has causado, has incurrido en delito gravísimo. Ahora digo que las infelices han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas: no podia yo creer, que el sexô mugeril pudiese estar tan privado de juicio, que cometiese tantos desordenes sin grandísimo motivo; y á la verdad, no podia ser mayor que este para irritarse conmigo. Y pues tú has dado ocasion de

de decir mal de ellas (cosa que yo no quisiera haber dicho por todo el oro del mundo); por lo que lo siento, desde luego me desdigo y me arrepiento, y de nuevo vuelvo á decir, que el hombre sin la muger es como la viña sin poda, jardin sin fuente, rio sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, arbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnicion, palacio sin balcones, torre sin escaleras, rosa sin olor, sortija sin piedras, pino sin sombra, rio sin pesca, selva sin arboles; en suma, todo aquel que se halla privado de tan deliciosa compañia, se puede decir, que es espejo sin azogue, diamante sin brillo; y en fin...

Bert. Un borrico sin cabeza.

Rey. Gran bestia eres.

Bert. Tú me has conocido el primero: ya veo que tú proteges mucho las mugeres, no quiero que hablemos mas de ellas; y así lo pasado, pasado.

Rey. Todo aquél que quiere ser amigo mio, no diga mal de las mugeres, pues

ellas no ofenden á nadie, no llevan armas, ni buscan quimeras; son de naturaleza muy dóciles, plácidas y benignas, quietas, amables, y de toda buena correspondencia; en suma, estan adornadas de todas las virtudes, y decoradas de santas costumbres; y así te aseguro, que no me incitarás con motivo alguno de pravocarme á ira contra ellas, pues si ta me sucediera, y segunda vez tú lo intentáras, te habia de castigar severamente.

Bert. No tocaré mas las cuerdas de esa guitarra; pero espero darte otro chasco, y con todo eso hemos de ser amigos.

Rey. Dice el refran, que no porfies con el hombre potente, porque estarás lejos del agua corriente.

Bert. Tambien el hombre que calla, dicen, que es agua mansa.

LA

LA REYNA ENVIA UN RECADO preguntando al Rey por Bertoldo, porque deseaba verle.

EN el mismo tiempo que el Rey y Bertoldo estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reyna, el qual dixo, que deseaba Su Mag. ver á Bertoldo; y así le suplicaba le enviase á su quarto, porque habia sabido tenia sumo gusto en chasquear á las mugeres: La Reyna tenia intencion de hacerle dar una buena tunda de palos; y el Rey, luego que oyó la súplica de la Reyna, se volvió á Bertoldo, y le dixo.

Rey. Bertoldo, la Reyna dice que te quiere ver, aquí está el mensagero, y así véte luego con él, que estará impaciente.

Bert. Los mensageros tanto suelen tener de bueno, como de malo.

Rey. Al hombre melancólico, siempre su conciencia le remuerde.

Bert. La risa de palacio no es gustosa, y mas tiene de falsa, que de verdadera y sencilla.

Rey.

Rey. El que está inocente, siempre pasa seguro entre las bombas.

Bert. La muger airada, el público encendido, y la sarten ahugereada, son tres cosas de gran perjuicio á una casa.

Rey. El hombre melancólico á menudo se acuerda de aquello mismo que teme.

Bert. Muchas veces el cangrejo salta de la sarten por librarse de ella, y cae en las ascuas.

Rey. Quien siembra infamias, recoge culpas.

Bert. Tambien debaxo del sombrero se esconde la asquerosa tiña.

Rey. Quien ha enredado la tela, que la desenrede.

Bert. Mal se puede desenredar, quando las cabezas estan añudadas.

Rey. Quien siembra espinas, no ande descalzo.

Bert. Contra el estímulo es dificultoso oponerse.

Rey. No temas, que nadie te ultrajará.

Bert. Al confortador no le duele la cabeza.

Rey. Dime, yo creo que tú temes que la Reyna te dé alguna pesadumbre.

Bert.

Bert. Muger iracunda, mar con espuma.

Rey. Pues mira, que la Reyna desea muy ansiosa el verte, anda gustoso, y no dudes que serás bien recibido.

LLEVAN A BERTOLDO DELANTE de la Reyna.

PResentaron á Bertoldo delante de la Reyna, la qual estaba noticiosa de la burla que habia hecho á las mugeres: el dia antecedente habia hecho aprontar algunos garrotes, y ordenó á las criadas le encerráran en un quarto, y le sacudiesen bien el polvo, á discrecion; pero luego que ellas le vieron de tan monstruosa figura, se irritaron mas contra él; y la Reyna dixo.

Reyn. Jesus, qué figura de mico!

Bert. Díxole la zorra al lobo, qué haces, bobo?

Reyn. Cómo te llamas?

Bert. Yo no llamo á nadie, y quando me llaman respondo.

Reyn. Cómo te apelas?

Bert.

Bert. Yo no me acuerdo, que jamas me hayan pelado.

Mientras que la Reyna preguntaba á Bertoldo, una de las criadas venia preparada con un jarro de agua para mojarle por detras; pero advertido, por no haber faltado persona que se lo avisára, intentó nueva industria para librarse del chaparron; no obstante prosiguió su conversacion con la Reyna, sin darse por entendido de nada.

ASTUCIA DE BERTOLDO, para librarse de que no cayéra el diluvio sobre su cabeza.

Reyn. DIme, quien te ha enseñado tantas astucias, que pareces adivino?

Bert. Digo, que yo conozco y adivino quanto hay y puede haber: si acaso alguna muger ha cometido algun delito; si está enamorada, si no es casta ó tiene otro genero de flaqueza, inmediatamente daré individual noticia de todo; ó si hubiese alguna que me quisiere mojar á traycion, yo no me detendré en decir

cir lo que de ella sé, pues es cosa que no me puedo contener en semejantes ocasiones.

BERTOLDO SE LIBRA DEL DILUVIO.

UNA de las criadas, que llevaba el agua para mojarle, oyendo semejantes razones, volvióse por donde habia venido con todo disimulo, para que no la viese Bertoldo, porque tuvo miedo no adivinase, ó descubriese algun pocadillo, que tenia oculto; ni tampoco de las demas compañeras se atrevió ninguna á seguir el chasco, porque cada una por sí tenia su trapito metido en lexía; pero como la Reyna estaba quemandose de cólera contra Bertoldo, ordenó á todas, que cada una de por sí buscase un palo, y le apaleasen á toda su satisfaccion. Con semejante orden arremetieron contra él con grande furor y rabia, como á quien deseaba complacer y dar gusto á su Señora. Viendose el pobre Bertoldo en tan gran peligro, recurrió de nuevo á sus acostumbradas astucias, y las dixo.

Bert.

Bert. Qualquiera de vosotras, que haya sido la que ha dispuesto dar veneno al Rey en su mesa, yo estaré contento con que tome el palo, y me rompa los huesos.

Empezaron todas á mirarse unas á otras, diciendo: Yo no he pensado en cosa semejante. Respondia la otra: Ni yo tampoco; y así todas fueron respondiendo, aun hasta la misma Reyna; con que volviendo cada una á poner su palo de donde lo habia tomado, quedó Bertoldo ileso en la cruel batalla de tan furiosas leonas.

INSISTE LA REYNA, en que Bertoldo sea castigado.

LA Reyna, á quien aun duraba el enfado contra Bertoldo, determinó que se le diese la tunda de palos: Envió un recado á los Guardias, para que al tiempo que saliese de palacio, descargasen sobre Bertoldo todos de mancomun con sus palos, y que no tuviesen conmiseracion. Salió, pues, haciendole acompañar de quatro

cria-

criados, para que le conociesen; y estos mismos traxesen la noticia de lo sucedido.

ASTUCIAS PARA QUE NINGUNO de los Guardias llegase á él.

QUando vió Bertoldo que no habia arbitrio de poder escaparse de orden tan estrecha, consultó con su entendimiento; y volviendose á la Reyna, con grande humildad, la hace la siguiente súplica: Señora, ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que yo sea castigado y apaleado de tus Guardias, te ruego me concedas una gracia, que es muy facil, y está en tu mano la concesion de ella, y por ningun motivo te puede ser dificil de darme el sí; baste solo que tu voluntad se cumpla en que yo quede apaleado: lo que te pido es, que mandes á tus criados, que me han de acompañar, que digan á los Guardias, que descarguen la furia de los palos; pero con la condicion de que no toquen á la cabeza, y que á lo demas descarguen con ímpetu furioso, como quisieren.

La

La Reyna no entendió el énfasis, y mandó á los criados dixesen á los Guardias que no tocáran á la cabeza, y que á lo demas descargasen como cada uno pudiese: los criados iban detras de Bertoldo hácia el cuerpo de Guardias, los que tenian ya prontos los palos en las manos para servirle, segun la orden: Bertoldo se adelantó al acompañamiento á gran distancia; y los que le acompañaban vieron los Guardias ya formados, y llegando Bertoldo á ellos, los criados empezaron inmediatamente á decir, que no tocasen á la cabeza, y que á lo demas apretasen fuertemente, que era la intencion de la Reyna.

LOS CRIADOS FUERON los apaleados en lugar de Bertoldo.

LOS Guardias viendo á Bertoldo, que venia delante de los demas, pensando que él era cabeza de ellos, dexaronle pasar sin hacerle daño alguno; pero quando llegaron los criados fue tal el nublado de palos, que cayó sobre los pobres, que casi les

rom-

rompieron los brazos; en suma, no les quedó hueso sano: Viendose tan maltratados y molidos, se volvieron á la Reyna, la qual habiendo sabido que Bertoldo se habia escapado y librado con una tan impensada astucia, y que en lugar de haber sido apaleado, lo quedaron sus criados; mas encendida de colera se puso contra Bertoldo, jurando por su persona, que se habia de vengar de tal infamia; pero que no obstante por algunos dias propuso disimular su enfado, hasta la primera ocasion que se proporcionase, interin que hacia curar los criados, habiendo vuelto los pobres trasquilados, sin haber buscado lana.

VUELVE BERTOLDO A VER al Rey, en donde hace una buena burla á un Palaciego.

EL dia siguiente se llenó la ante-camara de grandes, señores, y caballeros de todas clases, segun la costumbre de palacio; y no faltando Bertoldo á su obligacion

gacion en hacerse presente, vióle el Rey, y le llamó, diciendole publicamente.

Rey. Y bien, cómo te ha ido con la Reyna?

Bert. Ay Señor! Que entre la alpargata y el zapato hay muy poca diferencia.

Rey. Estaba el mar muy alborotado?

Bert. Quien sabe navegar bien, qualquier golfo pasa seguro.

Rey. El cielo amenazaba tempestad?

Bert. Sí que amenazaba; pero se descargó sobre otros.

Rey. Concibes tú el que ya se haya serenado?

Bert. Yo lo dudo, porque el cielo lo dexé muy nublado.

BURLA DESVERGONZADA de un Palaciego entremetido á chistoso.

HAllabase un Palaciego presente, que andaba diariamente inmediato á la Real Persona, el qual solo servia de hazme reir, ó de bufon del Rey: su nombre era Fagoto, de extraña estatura; pues ademas de

de ser sumamente pequeño, era muy gordo y desproporcionado de facciones; tenia la cabeza tan despoblada, que parecia calabera. Llegóse al Rey, y le dixo: Señor, te pido me hagas una especial gracia, y es, darme permiso para que yo exâmine á este salvage rústico, pues le quiero enseñar como ha de tratar lugares tan respetuosos, y como se debe hablar en palacio. Respondiòle el Rey, y le dixo: Por mi haz tú lo que quisieres, yo me holgaré mucho de eso; pero te encargo mires no te suceda como acaeció á aquél que se llamaba Bien venido, pues fue á raer, y fue raido. No, no, respondió Fagoto, no tengo miedo de él, ni de ninguno; y volviendose á Bertoldo, con un gesto muy alocado, le dixo.

Fag. Qué dices tú, pollo caido del nido?

Bert. Y con quien hablas tú, grajo pelado?

Fag. Vén acá, dime quantas leguas hay desde donde sale la luna, á los baños de arnedillo?

Bert. Y quantas pones tú desde la caldera de tu calva, á la caballeriza?

Fag.

Fag. Y dime, por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

Bert. Y por qué motivo el látigo del Rey te pone las nalgas negras?

Fag. Qual es mayor número, el de los Turcos, ó el de los Judíos?

Bert. Quantos son mas, los que tienes en la camisa ó en la barba?

Fag. El rústico y el borrico nacieron de un parto?

Bert. El puerco y el cuervo comen los dos en una artesa?

Fag. Quanto ha que no has comido nabos?

Bert. Lo que ha que á tí no te han echado raiduras.

Fag. Eres tú búfalo ú oveja?

Bert. No metas en danza tus parientas.

Fag. Quando dexarás de usar de tus astucias?

Bert. Quando tú dexares de lamer los platos.

Fag. Tambien dice el refran, que al villano no hay que darle vara en mano.

Bert. Tambien se dice, que al puerco y á la rana no hay que sacarles del lodo.

Fag.

Fag. El cuervo nunca trae buenas nuevas.
Bert. Tambien el milano anda al rededor de la carniza.
Fag. Yo te digo que soy hombre de bien, y mejor educado.
Bert. Quien se loa, se enloda.
Fag. Todo hombre rustico es animal muy malo.
Bert. Y el adulador es un bruto monstruoso.
Fag. No se puede hallar un villano sin malicia.
Bert. Tampoco se ha podido hallar gallo sin cresta, ni palaciego sin adulacion.
Fag. Mira que tus zapatos estan con la boca abierta.
Bert. Se rien de ti, porque eres una bestia.
Fag. Las medias las tienes llenas de remiendos.
Bert. Mejor es tenerlas remendadas, que tener la cara llena de costurones, como tú la tienes.

Tenia Fagoto muchas señales en la cara, que en diversas ocasiones le habian hecho con mucha razon, y lo tenia bien merecido, por las muchas insolencias que habia

úsado; mas como vió que le tocaban al vivo, tragando saliva, ya no hallaba palabras que responder, y se puso mas encendido que unas llamas, por verse avergonzado y corrido entre tantos señores, los que soltaron la risa de ver los gestos que hacia, y de verle tan inquieto; de suerte, que el pobre hubiera tomado á mejor partido el escaparse, como en efecto lo queria executar, á no haberle detenido todos los circunstantes.

Bertoldo como habia hablado tanto, tenia la boca llena de saliva, y no sabiendo donde escupir, por estar la sala toda alfombrada, y las paredes colgadas de tapicerias muy ricas, se volvió al Rey, y le preguntó: A donde quieres que escupa? Escupe, le dice, en la plaza. Entonces se volvió Bertoldo á Fagoto, el qual ya diximos era calvo, y le encaxó en medio de la cabeza una buena porcion de saliva. Viendose afrentado de esta suerte, querellóse al Rey de la injuria recibida, y al mismo tiempo dice Bertoldo en voz alta: El Rey me ha dado licencia para que escupa en la plaza, y no creo que se halle mayor plaza, que tu cabeza.

No

No se llama la cabeza calva plaza de piojos? Pues ahora te harás el cargo, que nó he cometido delito en lo que he executado.

Todos los de la Corte dieron la razon á Bertoldo, Fagoto se quedó muy avergonzado y corrido; pero determinó usar de prudencia, y sufrir lo pasado con paciencia, asegurando, que hubiera tomado con mas gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto á pullas y refranes con Bertoldo: Todos los que estaban presentes quedaron gustosísimos de que Fagoto hubiera quedado vencido, porque este se tenia en concepto de uno de los primeros ingenios del mundo, y á todos les contaba mil fábulas y desatinos; pero despues no se atrevia á levantar los ojos del suelo, de la verguenza que le causaba el haber sido tan ultrajado; de suerte, que quasi llegó á terminos de ahorcarse.

Siendo ya quasi de noche, y estando el Rey ocupado con la audiencia de unos señores, le dixó á Bertoldo, que volviese á su presencia el dia siguiente; pero que habia de venir, ni bien vestido, ni bien desnudo.

GRACIOSA ASTUCIA DE BERTOLDO para volver delante del Rey como se lo habia mandado.

LA mañana siguiente pareció Bertoldo delante de el Rey envuelto en una red de pescadores; pero no llevaba mas ropa que la red; y viendole de aquel modo el Rey, le dice.

Rey. Cómo te pones delante de mi en forma tan indecente.

Bert. Pues no me mandaste, que hoy por la mañana me pusiera delante de ti; pero que fuese, ni vestido, ni desnudo?

Rey. Sí, es verdad.

Bert. Pues ya me tienes de la misma forma que mandaste, porque con esta red cubro parte de mi cuerpo, y la otra queda desnuda.

Rey. Dime donde has estado hasta ahora?

Bert. Donde he estado ya no estoy, y donde estoy ahora, no puede estar ninguno mas que yo.

Rey.

Rey. Y que hace tu padre, tu madre, tu hermano y tu hermana?

Bert. Mi padre es hacedor de un daño: mi madre hace á una vecina suya aquello que no lo hará hacer mas: mi hermano quantos halla tantos mata; y mi hermana está llorando lo que ha reido todo el año.

Rey. Desciframe esos enigmas, que no lo entiendo.

Bert. Has de saber, que mi padre está en el campo cercando una senda, y cerrandola con espinos, con que aquellos que solian pasar por medio de la senda, pasan ahora unos de una parte, y otros de la otra de los espinos; de manera, que antes no habia mas de una senda, y ahora con la continuacion de tantos pasageros se han hecho dos. Mi madre cierra los ojos á una vecina suya, que se acaba de morir, cosa que no volverá á hacer mas. Mi hermano está al sol, matando los piojos de su camisa. Mi hermana quasi todo el año se le ha pasado riyendo, y ahora está con los dolores de parto.

Rey.

Rey. Qual es el dia mas largo que hay?
Bert. Aquel en que uno se queda sin comer.
Rey. Qual es el hombre mas loco?
Bert. Aquel que se alaba de discreto.
Rey. Por qué motivo nacen mas presto las canas en la cabeza, que en la barba?
Bert. Porque el cabello nace primero que la barba.
Rey. Qual es aquel hijo, que pela la barba á su madre?
Bert. El huso.
Rey. Qué yerba es la que hasta el ciego la conoce?
Bert. La hortiga.
Rey. Quien es aquella hembra, que siempre está en el agua, y nunca se lava los pies?
Bert. La barca.
Rey. Quien es aquel que se aprisiona por su gusto?
Bert. El gusano de la seda.
Rey. Qual es la flor mas triste?
Bert. El vino, que sale de la cuba, quando se acaba.
Rey. Qual es la cosa mas atrevida y desvergonzada que hay?

Bert.

Bert. El viento, pues este se entra debaxo de los vestidos de las mugeres.

Rey. Qual es aquella cosa que nadie quiere en su casa?

Bert. La culpa.

Rey. Quien es aquel torcido, que corta las piernas á todos los derechos?

Bert. La hoz de segar trigo y cebada.

Rey. Quantos años tienes?

Bert. Quien cuenta los años, cuenta la muerte.

Rey. Y qual es la cosa mas clara que hay?

Bert. El dia.

Rey. Mas que la leche?

Bert. Mas que la leche y la nieve.

Rey. Si tú no me hicieres ver claramente lo que dices, te tengo de hacer castigar.

Bert. O, y qué infelicidad es la Corte!

ASTUCIA INGENIOSA DE BERTOLDO para librarse del castigo.

BUscó Bertoldo un cubo de leche, y sin que nadie le viera le llevó al quarto del Rey, y aunque era á mediodia, cerró to-

todas las ventanas y puertas por donde podia comunicarse alguna luz; entró el Rey en el quarto, y como no veía, tropezó en el cubo de la leche; vertióle por el suelo, y nada faltó para que cayera de cabeza, y se hiciese gran daño en su persona. Empezó á gritar, diciendo: Ola, vengan aqui, y abran estos balcones. Acudieron al ruido, abrieron las ventanas, y como vió todo el quarto lleno de leche, y el cubo donde habia tropezado, con grande enfado preguntaba, quien habria sido el agresor de semejante delito.

Rey. No hay ninguno que diga, quien es ó ha sido el que ha tenido la desverguenza de haber puesto en mi quarto este cubo de leche, cerrando todas las ventanas para que yo tropezase?

Bert. Yo he sido; y lo he hecho para que te desengañes mas claramente de tus porfias, y confieses, que el dia es mas claro que la leche; pues si fuera mas clara la leche que el dia, ella te hubiera alumbrado, y no hubieras tropezado en el cubo.

Rey.

Rey. Eres un astuto villano, y á cada cosa hallas salida con facilidad; pero quien es este que aqui viene?
Bert. Parece que es un criado de la Reyna, que trae una carta en la mano.
Rey. Apartate un poco de aqui, que quiero oirle.
Bert. Ya me voy, mas á la verdad temo, que sea alguna mala embaxada contra mi.

IDEA FANTASTICA, QUE SE les puso en la cabeza á las Ciudadanas de aquel Pueblo.

LLegó el mensagero á la presencia del Rey, y haciendo su debido acatamiento, le presentó una carta que traía; y su contenido era del tenor siguiente.

Señora: *Hacemos presente á V. Mag. (para que interceda con el Rey) las justas razones de todas las nobles de la Ciudad. Deseamos y pedimos al Rey con rendimiento, que nos conceda el poder asistir en los Consejos y gobernar la Ciudad, oir querellas,*

sen-

sentenciar, como es concedido á los hombres, y tener mando en el gobierno, como le tiene el Senado y Primados de la Ciudad. Para esto alegamos: Que ha habido exemplares de muchas mugeres, que han mandado y gobernado Imperios y Reynos con tanta prudencia, y aun mas que algunos Reyes y Emperadores; habiendo tambien salido armadas á campaña, defendiendo sus Reynos, Estados y Señoríos tan valerosamente, como los mas valientes Soldados; y asi por estos motivos no debe despreciar el Rey la súplica; antes bien aceptar la instancia, y hacerlas partícipes de todo; pues es cosa intolerable, que solo los hombres tengan el dominio en todo, y nosotras no tengamos mando alguno; á que añadimos: Que prometemos ser tan sigilosas en todo genero de cosas de importancia, que excedamos en eso á los hombres. Esperamos, que V. Mag. como muger, recomendará con toda eficacia esta súplica.

Leyó el Rey la carta, y se hizo cargo de la pretension tan desatinada; y no sabiendo que resolucion tomar, se volvió á Bertoldo, y le reveló todo el contenido de la car-

arta, al qual dió tal gana de reír, que no e pudo contener; pero el Rey, viendole eír, le dice con mucho enfado.

Rey. Por qué te ries, majadero?

Bert. Me rio, y quien no se riyera, mereceria que le sacáran los dientes.

Rey. Pues por qué?

Bert. Porque estas mugeres creen, que tú eres majadero, y no Rey Albuyno; por esto te han hecho esta súplica tan disparatada.

Rey. A ellas las toca el pedir, y á mi el servirlas.

Bert. Infeliz es el perro, que se dexa agarrar de la cola.

Rey. Habla de manera, que te pueda entender.

Bert. Desdichadas las casas, en que cantan las gallinas, y calla el gallo.

Rey. Tú eres como el sol de Marzo, que conmueve y no resuelve.

Bert. Al buen entendedor pocas palabras le bastan.

Rey. Explícame lo que dices, y sácame de la duda.

Bert.

Bert. Quien quisiere tener la casa limpia, no tenga pollos, ni palomas.

Rey. Vamos, acaba, qué dices?

Bert. Quien lo entiende, quien no lo entiende, y otros que no lo quieren saber.

Rey. A todo aquel que cuece la comída con paja, el caldo le saldrá ahumado.

Bert. En suma, quiero saber lo que me quieres.

Rey. Quiero que en esta ocasion me des luz con un prudente consejo.

Bert. Mala señal es, quando la hormiga pide pan á la chicharra.

Rey. Yo sé que para todo hallas buena salída; y pues estás colmado de inventivas y de astucias, quiero fiarte la resolucion de este negocio.

Bert. Cómo tú te fies de mi, no dificultes que yo te sacaré muy presto de toda dificultad, y conseguiré el que no te vuelvan á molestar sobre su pretension.

Rey. Pues ingeniate con tu maña, y despachalas quanto antes puedas.

ASTU-

ASTUCIA PRECIOSA DE BERTOLDO, para quitar de la cabeza de las mugeres el capricho ó tema referido.

SE fue Bertoldo á la plaza, compró un paxarillo, y lo metió dentro de una caxita, la que llevó al Rey, y le dixo: Que enviase aquella caxa cerrada á la Reyna, y que Su Mag. de su parte la enviase á las pretendientes; pero con el precepto de que ninguna la abriese, baxo de penas rigurosas; y que á la mañana siguiente viniesen á palacio, y traxesen la caxita en la misma forma que se les entregaba, que luego inmediatamente el Rey las concederia la gracia que pretendian. Tomó el mensagero la caxa, la llevó á la Reyna, la que entregó á las mugeres, que estaban esperando en su quarto la resulta de su pretension; y entregandosela á todas en general, las dixo de parte del Rey: Que su voluntad era, que por ningun motivo se abriese aquella caxa; añadiendo: Que el dia siguiente la traxesen de la misma suerte que se las entregaba, que

las

las prometia despachar conforme su pretension. Despidiéronse de la Reyna muy gozosas y consoladas, por la palabra que las habia dado tan favorable á su deseo.

CURIOSIDAD DE MUGERES, que consigo, por naturaleza, trae semejante sexô.

LUego que se fueron, y se vieron lejos de la presencia de la Reyna, les dominó tal curiosidad de saber lo que en aquella caxa se encerraba, que empezó á decir una á otra: Quieres que veamos lo que hay aquí dentro? Respondían otras: No hagamos cosa semejante, porque tenemos precepto de no abrir esta caxa, y tal vez puede suceder, que haya dentro de ella alguna cosa de importancia para el Rey. Replicaban las mas curiosas, y decian: Pues qué puede haber? Decia la otra: No, no, que no sabremos cerrarla del mismo modo que ella está. Habló otra con mas resolucion, y dixo: Sí, sí, abrámosla, y haya dentro lo que hubiere.

RE-

RESUELVENSE LAS MUGERES á abrir la caxa.

AL fin, despues de muchos debates, que hubo entre ellas, se resolvieron á abrirla, como en efecto la abrieron, y apenas quitaron la tapa, quando voló el paxarillo con tanta velocidad, que se quedaron suspensas, confusas y apesadumbradas, por no haber podido ver qué señales tenia, ni si era gilguero, pardillo ó ruiseñor; pues si hubieran visto qué especie de ave era, lo hubieran podido remediar, poniendo otra semejante, y con las propias señales, y asi se hubiera disimulado, llevando al dia siguiente la caxita de la misma forma que se les habia entregado, y no les hubiera sucedido una pesadumbre tan grande.

PESADUMBRE, QUE RECIBIERON las mugeres, por habérseles escapado el paxarillo.

HAbiendo sabido la Reyna el caso, se entristeció de tal modo, que no sabia que

que hablar, ni que hacer, porque temia un gran disgusto; pero con todo eso se animó, y con la comitiva de las mugeres se presentó delante del Rey; entraron tímidas y aturdidas, con su cabeza baxa, y llenas de confusion: La Reyna saludó al Rey, quien la correspondió con mucha alegria; y haciendola sentar junto á sí, la pregunta: Qué novedad la traía á su presencia con tanto número de mugeres? (que se componia de mas de tres cientas.)

LA REYNA REFIERE AL REY la fuga del paxarillo.

YO vengo delante de V. Mag., con estas nobles matronas, por la respuesta de la súplica, que tienen hecha, para entrar en los mismos oficios, empleos y encargos, que tienen los Senadores: y habiendolas mandado entregar esta caxa, con orden expresa de que por ningun motivo la abriesen, y encargádolas la devolviesen, como se las habia entregado, la casualidad ha permitido, que una mas curiosa que las

otras,

otras, tuvo impulsos de ver lo que en ella se encerraba; abrióla, no creyendo se encerrase en ella el páxaro, el qual voló sin poderlo remediar, con que todas las demas estan tan condolidas, que no se atreven de verguenza á mirarte, por haber quebrantado tu real precepto; y así, Señor, ya que tú siempre has sido benigno y clemente para todos, te suplíco las perdones, pues no lo han hecho con motivo de desobediencia á tu persona; sí solo por una leve curiosidad de su fragil naturaleza: esta solo ha sido la causa de haber incurrido en tal yerro; y así, pues aqui las tienes delante de tí arrepentidas y humildes, te suplíco las perdones; así lo espero de tu clemencia y benignidad.

FINGE EL REY ESTAR ENFADADO, y hace una reprehension á las mugeres de su pecado, del que las absuelve, y las envia á sus casas libres.

EL Rey, fingiendose muy enojado, se volvió hácia ellas con rostro airado, y las dice: Sois vosotras las que habeis dexado

escapar el paxarillo, que estaba dentro de la caxa? Ah, mugeres locas! Y qué poco juicio os comunicó vuestra debil naturaleza! Y teneis aliento para pretender entrar en los Consejos secretos de mi Corte? Decidme, cómo pudierades guardar un secreto de entidad, que importára á mi Reyno y mis Estados, y defender, castigar y disponer sobre la vida de los hombres, si no habeis sido capaces por sola una hora de haber tenido cerrada una caxa, encargandoos tanto que no la abrierais? Volved á vuestras casas, y exercitad vuestros oficios mugeriles, aquellos digo, en que vuestra naturaleza os tiene constituidas; cuidad de vuestras familias y casas, con todas las demas circunstancias que se requieren para el aséo de ellas, que ese es vuestro empleo propio, y dexad el gobierno de la Ciudad á los hombres, pues si recayera el gobierno en vuestras manos, todo caminaria sin pies, ni cabeza: no hubiera cosa, por mas oculta, ni secreta que fuese, que dentro de una hora no estuviese pública por toda la Ciudad: levantáos, que ya os perdono; idos á vuestras casas, y os acon-

aconsejo, que no se os ponga jamas en la cabeza semejante frenesí. De allí á un rato despidió á la Reyna, quasi en la misma conformidad que á las demas, haciendola acompañar á su quarto de muchos caballeros. Se fueron las pobres mugeres tan sumamente desconsoladas, que nunca mas volvieron á tocar la especie de pretender ascender á Consejeras, quedando bien escarmentadas con lo que las dixo el Rey: entonces el astuto y sutilisimo Bertoldo se volvió al Rey con grande risa, y viendole el Rey, le dixo.

Rey. Esta ha sido una bellísima invencion, y nos ha salido muy bien.

Bert. Bien va la cabra coxa, como el lobo no la coja.

Rey. Pues por qué dices tú esto?

Bert. Porque muger y fuego hallan lugar luego.

Rey. Quien se sienta en la hortiga, alguna vez le pica la hormiga.

Bert. Quien al ayre escupe, en la cara le cae.

Rey. Quien orina en la nieve, luego la deshace.

Bert. Quien lava la cabeza al asno, pierde xabon y tiempo.

Rey. Lo dices esto por mi?

Bert. Por tí hablo, y no por otro.

Rey. Pues qué motivo tienes para quejarte de mi?

Bert. Yo no me puedo quejar de tí!

Rey. Pues en qué te he agraviado yo?

Bert. Te diré: Yo he sido tu coadjutor en una cosa de tanta importancia como esta; y tú, en lugar de asegurarme la vida, me das cordelejo, dandome á entender, que alguna vez tengo de caer en la trampa, pagandolas todas juntas.

Rey. No soy yo tan ingrato, que no conozca tus meritos.

Bert. El conocerlos es nada; pero conocerlos con justicia es mucho.

Rey. No dudes, que luego te quiero remunerar de todo; pero con el con que siempre estés á pies juntos.

Bert. Tambien los ahorcados se quedan á pies juntos.

Rey. Tú lo interpretas todo al reves.

Bert.

Bert. Quien dice mal, quasi siempre acierta.

Rey. Tú dices, y haces muy mal.

Bert. Pues qué mal hago en tu Corte?

Rey. Lo que te digo es, que no tienes cortesía, y estás muy mal criado y peor acostumbrado.

Bert. Y qué te se da á ti, que yo esté mal criado, y peor acostumbrado?

Rey. Mucho se me da; porque delante de mi estás con grande indecencia.

Bert. La causa quiero saber.

Rey. Pues es, que quando vienes á mi presencia, nunca te quitas el sombrero, ni me baxas la cabeza.

Bert. El hombre nunca debe de baxarla á otro hombre.

Rey. Segun sea la clase de los hombres, se debe usar de atencion y cortesía.

Bert. Has de hacerte el cargo de que todos somos de tierra, tú eres tierra, yo soy tierra, y todos nos habemos de volver tierra; con que la tierra no debe, ni puede baxarse á la tierra.

Rey. Dices bien, en que todos somos de tier-

tierra; pero hay mucha diferencia entre las tierras, pues de una misma tierra se ve que se fabrican varias cosas de vidriados exquisitos, y sucede, que en los unos se ponen y guardan licores preciosos y odoriferos, y otros se emplean, y sirven para cosas muy viles é indecentes: yo soy uno de aquellos, en los quales se encierran todo genero de balsamos, nardos, claveles, rosas, inciensos y otras cosas varias de licores preciosos: y tú eres uno de aquellos indecentes, en donde se encierra todo genero de inmundicias; no obstante que uno y otro estamos formados de una misma tierra, y de la misma mano.

Bert. Es verdad, no te lo niego; pero tambien te digo, que tan fragil es el uno, como el otro, y quando los dos se rompen, igualmente se arrojan los pedazos á la calle, y ni del uno, ni del otro no se hace caso, ni aprecio.

Rey. Tienes razon; pero sea como fuere, tú me has de hacer una reverencia.

Bert.

Bert. No la haré; y así paciencia.

Rey. Pues por qué no?

Bert. Porque he comido asadores, y no quiero que se me rompan, al tiempo de baxarme, las tripas.

Rey. Ah, villano! Aunque rebientes me has de hacer una cortesía, si vuelves á mi presencia.

Bert. Todo puede ser; pero se me hace muy dificultoso el creerlo.

Rey. Por la mañana veremos la resulta; interin, por esta noche, te puedes ir á tu casa.

EL REY HIZO BAXAR LA PUERTA de su quarto, para que quando viniese Bertoldo baxase la cabeza al tiempo de entrar.

SE despidió Bertoldo, y aquella noche hizo el Rey baxar la puerta de su gabinete; de tal suerte, que qualquiera que hubiese de entrar, era menester que baxase bien la cabeza, solo con el fin de que quando Bertoldo entrase dentro, la baxase al Rey

al

al tiempo de entrar, cumpliendose así el deseo de que le hiciese la reverencia, y quedar victorioso con su tema; y así esperando estaba el Rey por instantes de que llegase la hora.

ASTUCIA DE BERTOLDO para no baxar al Rey la cabeza.

VOlvió á la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y reparó en la puerta, conoció la maxima de el Rey para obligarle á baxar la cabeza al tiempo de entrar; pero el gran socarron, en lugar de baxar la cabeza, se volvió de espaldas, y le honró con el fiador: conoció el Rey su gran sutileza, y al mismo tiempo tuvo gran gusto de ver la salida, que tuvo con semejante agudeza; no obstante fingióse algo enfadado contra él, y le dixo.

Rey. Idióta, rústico y descortés, quien te ha enseñado entrar en mi quarto de esa manera?

Bert. Quien! El cangrejo.

Rey.

Rey. Pues de que manera te ha enseñado el cangrejo?

FABULA DEL CANGREJO *y de la langosta, que Bertoldo cuenta al Rey.*

HAS de saber, Señor, que mi padre tenia diez hijos, y era sumamente pobre, como me sucede á mi muy á menudo; era muy regular que aun el pan nos faltaba para cenar, y en lugar de darnos algun alimento para poder dormir, nos solia contar algunas fábulas y cuentecillos, para que nos quedasemos dormidos: sucedia lo mismo que deseaba, pues entre la hambre y el sueño, quando la primera no se satisfacía, se daba entrada al sueño, y así lograba lo que queria, hasta el dia siguiente, que la providencia asistia en la mayor estrechez. Entre una de las muchas cosas, que le oí contar, se me quedó en la cabeza la que te voy á referir; y si me das audiencia, con quietud y reposo, oirás una cosa, que será muy de tu gusto, pues es muy á proposito y del caso.

Rey. Ya te permito que la refieras, pues no dudo será muy gustosa.

Bert. Mi padre decia, que quando hablaban los animales y las lechuzas texian manteles, el cangrejo y la langosta eran amigos estrechos. Dispusieron, pues, el ir á ver mundo, y ver como se vivia en las demas tierras (el cangrejo caminaba entonces adelante, como los demas animales, y lo mismo sucedia á la langosta, que no andaba de medio lado, como ahora camina); en fin, habiendo salido de casa de sus padres, caminaron mucho tiempo por el mundo, llegaron al pais de los saltones, despues pasaron á el de los gusanos de luz, el qual confinaba con el de las mariposas; de suerte, que corrieron todas aquellas tierras, y vieron varias costumbres entre aquellos animales; internaronse mas adentro, llegaron á la tierra de los erizos, los quales á la sazon estaban ocupados en una grandisima guerra contra los murciégalos, cuyos terminos eran in-

inmediatos y confinantes, por una sospecha de trayciones, y otras causas, que unos y otros alegaban. Llegaron, pues, estos dos compañeros al primer Lugar, y fueron descubiertos por una de las guardias avanzadas; creyendo ó sospechando que fuesen dos espías, los prendieron, y los conduxeron atados de pies y manos delante de su Capitan, el qual así que los vió, los exâminó por extenso del fin de su venida; y no habiendo hallado en ellos mas malicia, ni interes, que el deseo de caminar y ver mundo, se aquietó al punto; ellos dixeron, que la casualidad les habia llevado á aquella tierra, y que como eran forasteros, no estaban enterados de el pais, ni de lo que en él sucedia; que solo deseaban se les pusiese en libertad para volverse á su tierra; y si esto no se pudiese lograr por razones de estado, ó por política bélica, pedian se les diese partido en la Tropa para servir de soldados, dandoles el sueldo igualmente como á los de-

demas, y que de este modo servirian fielmente y muy gustosos en aquella guerra. Luego que el Capitan oyó tal proposicion, los mandó desatar, pareciendole que eran bestias de muchas acciones, por la gran cantidad de patas y brazos que tenian, haciendo que los pusieran en lista con todos los demas. Sucedió, pues, que habiendo mandado á el cangrejo fuese á espiar todo lo que pasaba en el campo del enemigo, como el pobre era nuevo en aquel pais, y caminaba con tanto silencio, y escondiendose la cabeza debaxo de su cola, se presumió no seria conocido tan facilmente. No obstante caminaba animosamente al campo del enemigo, y llegando, halló las guardias dormidas, pasó adelante, hasta llegar á la real tienda de la comadreja, pensando que tambien durmiesen las guardias; pero el pobre infeliz tuvo tan mala fortuna y encuentro, que estaban todos dispiertos. Divertianse las guardias al juego de paro y pinta, con

con que al tiempo que el cuitado fue á meter la cabeza dentro, para ver lo que pasaba, le vió uno de aquellos soldados, el qual se levantó del juego poco á poco, de manera que el cangrejo no le viese, y tomando un palo se lo tiró con tan buen ayre y destreza, que le dió en la cabeza; de suerte, que lo dexó como muerto con la violencia y fortaleza del golpe, y á no tener las armas, que le dió naturaleza, los sesos se los hubiera echado al ayre: el soldado, que le tiró, no sabia que era espía, antes bien creía que hubiese llegado alli por casualidad, y especialmente, viendole figura tan rara, quien habia de sospechar cosa semejante? No obstante, creyendo les habia muerto, le tomó por las hastas, y le tiró á una laguna de agua, que estaba alli inmediata, y sin mas novedad se volvió á sentar al juego. Luego que volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo quasi levantar la cabeza, por el gran golpe que habia recibido, juró y protestó

testó no volver á entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando entrar siempre, y caminar al contraria; pues así, si le sucedia otro semejante lance, mas queria le diesen en el espinazo, que en la cabeza. Volvióse al campo, hizo una relacion individual de todo lo acaecido, notició como las centinelas dormian; pero que en la real tienda de la comadreja se velaba. Oyendo esto el Capitan, hizo armar muy secretamente el tercio de las ardillas, y determinó con ellas dar un asalto al enemigo: así fue, pues hallandolos todos juntos en la tienda real, no dexó á ninguno libre, ni dió quartel: á todos pasó á cuchillo, tomando venganza de el infeliz apaleado cangrejo, el que dixo á la langosta, despues de todo este suceso, marchemos de este pais, que no quiero verme en otro semejante empeño, pues veo que la guerra no es buena para nosotros. Dices bien; pero como nos escaparemos (respondió la langosta), que

que es muy posible que nos vean y nos descubran por las pisadas? Respondió el cangrejo: Tú caminarás de lado, y yo andaré hácia atras, y así saldremos de toda dificultad. La determinacion le gustó mucho á la langosta, y poniendose luego en puntillas de los pies, empezó á caminar de lado con tanta ligereza, que apenas la podia alcanzar el cangrejo; y de esta suerte se pudieron escapar del campo por un parage escabroso. Llegaron á sus casas bien mortificados, por los peligros tan grandes en que se habian hallado: y á la hora de su muerte dexaron dicho en sus testamentos, que todos sus descendientes, en lo venidero, caminasen del mismo modo que ellos lo habian hecho, quando volvieron á sus casas, y que este mandato se observase rigurosamente, pues así era su ultima voluntad; y así, que desde entonces, en cumplimiento de lo ordenado por el cangrejo, caminan todos sus descendientes, como lo dexó man-

mandado. Y yo, conservando en la memoria este caso al tiempo de entrar en este quarto, he tenido por conveniente imitar al cangrejo; pues si alguno me descargaba algun golpe, era mejor que lo padeciese el trasero, que la cabeza. Ahora quiero saber, qué te parece? Y qué me respondes? Aunque yo discurro, que habrá sido de tu gusto la fabulilla.

Rey. Es cierto que lo es: con ella me has divertido, y me has dado entera satisfaccion, y ahora véte á tu casa; pero has de volver mañana delante de mi en tal conformidad, que te vea y no te vea, y me has de traer al mismo tiempo una huerta, una caballeriza y un molino.

Bert. Adivínala, grillo: ya me voy, y buscaré el modo de satisfacerte. A Dios.

ALE-




2.

ALEGORIA SEGUNDA.

LOS GRANDES, O POR AMOR, ó por fuerza quieren ser reverenciados, y quasi adorados de los inferiores; pero muchas veces tambien un rustico puede humillar la altivez de un soberbio. Las mugeres son vehementisimas en la ira, particularmente en el tiempo que se les toca en sus pasiones mas delicadas, que son la vanidad y la soberbia.

ASTUCIA DE BERTOLDO, para parecer delante del Rey en el modo que se ha dicho.

EL dia siguiente mandó á su madre, que le hiciese una torta de acelgas, manteca, requeson y queso, con bastante abundancia de harina por defuera, tomó despues un harnero, se le puso por delante del rostro, y con la torta en la mano volvió de esta suerte

á la presencia del Rey : viendole parecer en tan extraña figura, empezó á reir, y de esta suerte le dixo.

Rey. Qué significa ese harnero, que traes delante del rostro?

Bert. Pues no me mandaste que viniese delante de tí, de modo que me vieses y no me vieses?

Rey. Es cierto.

Bert. Pues ya me ves, y no me ves, por los agujeros de este harnero.

Rey. Ya veo yo que sales de todo bien con tus gracias y sutilezas; pero dime, donde está la huerta, caballeriza y molino, que te mandé me traxeses?

Bert. Aquí está todo en esta torta, en la qual estan comprehendidas las tres cosas: las acelgas significan la huerta: la manteca, queso y requeson la caballeriza; y la harina no es otra cosa mas que el molino.

Rey. Es cierto que no he visto, ni he tratado entendimiento mas perspicaz que el tuyo; y así desde hoy

en

en adelante pídeme quanto quisieres, y te doy permiso, para que te sirvas de mi Corte en todas tus necesidades.

ALEGRIA DE BERTOLDO.

CON la oferta, que el Rey le hizo, se apartó un poco distante, y retirándose á un patio, se baxó las bragas, y fingió querer hacer alguna necesidad: el Rey casualmente lo vió desde una ventana, y gritando fuertemente á Bertoldo, le dixo.

Rey. Bestia, incapaz, qué es lo que vas á hacer?

Bert. Pues no dices que me sirva yo de tu Corte en todas mis necesidades?

Rey. Es verdad que lo he dicho; pero no lo decia yo por tanto, ni yo pudiera pensar semejante atrevimiento.

Bert. Pues ya que me lo has dicho y me lo has ofrecido, quiero servirme de la oferta, y descargar el grave peso que tengo en el vientre, que me

me agrava mucho, y no puedo sufrirlo mas.

Viendo esto uno de aquellos guardias, alzó un palo para sacudirle, y le dixo con enfado: Bruto, insolente, véte á la quadra donde estan los asnos, mas racionales que tú, y otro dia no te atrevas á desverguenza semejante en palacio, y quasi delante del Rey, si no quieres que te rompa las costillas con este palo: Volvióse entonces Bertoldo á él, y le dice.

Bert. Hermano, véte poco á poco, y no seas tan pronto, ni te hagas tan zeloso; advierte, que tambien las moscas, que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos, se ponen sobre la real mesa, y se ensucian en la propia taza del Rey, y no obstante come la sopa sin escrúpulo ninguno, sin reparar en una cosa tan sumamente asquerosa; pues si esto es así, cómo reparas en que yo haga en el suelo esta cosa tan precisa, siendo tan necesaria? Fuera de que, si el Rey me manda que en mis necesi-

dades

dades me sirva de su Corte, qué mas necesidad me puede suceder, que la presente, para aprovecharme de ella? Por esta accion entendió el Rey la cifra de Bertoldo; y sacandose del dedo una sortija, se volvió á él, y le dixo.

Rey. Toma esta sortija por premio: y tú, Tesorero, traeme aquí mil escudos, que quiero hacer luego un presente á Bertoldo.

Bert. Yo no quiero que tú me interrumpas el sueño.

Rey. Pues por qué motivo te lo tengo de interrumpir?

Bert. Porque si yo tengo esa sortija con tanto dinero, no descansaré jamas, pues me estaré imaginando y alambicando los sesos continuamente, y no podré hallar sosiego de ningun modo; pues regularmente he oido decir, que quien de otro toma, á sí mismo se echa la maroma: á mi la naturaleza me hizo libre, y libre quiero conservarme.

Rey.

Rey. Pues qué te podré yo dar para gratificarte?

Bert. Demasiado paga quien conoce el beneficio.

Rey. No basta conocerlo solamente, tambien es menester para el reconocimiento hacer alguna gratificacion.

Bert. La buena intencion es bastante paga para el hombre de bien.

Rey. El superior no debe ceder al subdito en generosidad.

Bert. Tampoco debe el subdito aceptar nada, que corresponda á mas de lo que él se merece.

LA REYNA NUEVAMENTE insta al Rey para que la envie á Bertoldo.

EN el tiempo que estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reyna con una carta, en la qual suplicaba á el Rey le enviase á Bertoldo, pues queria divertirse con sus gracias; y el motivo era hallarse bastantemente melancolica; pero

pero era todo ficcion, pues tenia pensamiento de hacerle quitar la vida: á esto la movia haber sabido, que por su culpa habian recibido las matronas del Rey una afrenta y disgusto tan grande, como el pasado: por este motivo estaban tan rabiosas contra él, que si le hubieran podido agarrar entre las uñas, le hubieran desollado vivo. El Rey, habiendo leido la carta, y dando credito á su contenido, se volvió á Bertoldo, y le dixo.

Rey. Nuevamente me suplíca la Reyna, que te dé licencia para ir á su quarto, porque quiere divertirse con tus gracias, á causa de hallarse algo indispuesta; quiere que vayas un rato á divertirla, y quitarla el mal humor de su gran melancolía.

Bert. Tambien las zorras fingen algunas veces que estan enfermas, para poder mejor agarrar los pollos.

Rey. A qué intento dices esto?

Bert. La practica me sirve de libro.

Rey.

Rey. Enfado de muger noble presto se pasa.

Bert. Las ascuas cubiertas mantienen mucho tiempo la ceniza caliente.

Rey. No oyes el fin por qué te llama?

Bert. Buenas palabras, y malos hechos, engañan los locos y los cuerdos.

Rey. Ea, pues, al que se ha de ir, aviarle, que la agua pasada no es espada.

Bert. El que una vez se quemó con las sopas, para otra vez las sopla, aunque esten frias.

Rey. Vaya, que de corsario á corsario no hay mas pérdida que los toneles vacíos.

Bert. Tambien piensa el borracho una cosa, y otra el tabernero.

Rey. Pues por hacer un gusto, nunca se pierde nada.

Bert. Gusto que causa daño, Dios te dé mal año.

Rey. Estando tú en mi Corte, no tengas miedo de nada.

Bert. Mas vale ser páxaro de campo, que de jaula.

Rey.

Rey. Vé al punto, no te hagas desear mas; porque cosa muy rogada, suele ser poco agradecida.

Bert. Infeliz de aquel que da exemplo á otro.

Rey. Aquel que está mas, mas quisiera estar.

Bert. Quien empuja el navío á la mar, está mas expuesto al peligro.

Rey. Acaba, vé, y no temas.

Bert. Quando va el buey al matadero, suda por delante, y tiembla por atras.

Rey. Revístete con un ánimo de leon, y entra descaradamente.

Bert. No puede tener ánimo de leon, aquel que tiene el corazon de oveja.

Rey. Anda seguro, que la Reyna no tiene mas enfado contra ti, pues la burla pasada se le ha convertido en risa.

Bert. Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco, y trote de mula vieja, hacen una primera de pocos puntos.

Rey.

Rey. No hagas que te esperen, pues toda tardanza es enfadosa.

Bert. En fin, voy porque tú me lo mandas, salga lo que saliere, ó vaya como quisiere; porque de qualquier modo es menester entrar, sea por la puerta ó la cerradura.



ALE-




3.

ALEGORÍA TERCERA.

EL DAR AUDIENCIA *á los subditos es virtud y obligacion de Principes magnánimos y justos, siendo preciso escuchar hasta los pleytos de menos entidad, indagandolo todo por menudo, aunque sean ridiculeces femeniles; pues es el medio mas proporcionado para satisfacer al vulgo: y asi cada uno, que se halla constituido en tal obligacion, debe usar de la politica, en ocasiones de ver y no ver; diré, no hacer caso de unas, y atender á otras de mayor entidad. Al cortesano avisado, recatado y prudente no le falta medio ó arte para comprehender los preceptos de su Soberano, que aunque los manden con rebozo, es prudencia executarlos.*

CON

CON UNA BUENA INDUSTRIA se defiende Bertoldo del primer impetu de la Reyna.

LUego que Bertoldo se encaminó al quarto de la Reyna, al ir á entrar oyó casualmente como habia dado orden á los que cuidaban de los perros, que inmediatamente que le viesen entrar en su quarto los soltáran todos, para que por este medio quedase de ellos bien castigado: (es cierto, que es á quanto puede llegar la crueldad!) Aquel dia accidentalmente, quando venia á palacio, pasó por la plaza, tenia un hombre una liebre viva, y la compró: llevábala oculta debaxo de su capa, y subiendo arriba para cumplir con la orden, al llegar cerca del ante-camara de la Reyna, le soltaron los perros, que iban desesperados á acometerle; y es cierto que le hubieran hecho pedazos á dentelladas, si él, viendose en tan gran peligro, inmediatamente no soltára la liebre, la que apenas vieron

on los perros, empezaron á seguirle con anta precipitacion, que dexaron libre á Bertoldo, llevándoles mas la aficion de la iebre, propio impulso de su inclinacion natural á la caza. Bertoldo quedó leso de las crueles mordeduras que le speraban. Al mismo tiempo, que se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, entró, y se presentó delante de a Reyna, quien al verle se quedó sumamente admirada, pues ya habia conentido que le habrian hecho pedazos los perros; y así con gran cólera y enojo e dixo:

Reyn. Tú estás aqui, embustero, asesino?

Bert. Oxalá no estuviera como estoy.

Reyn. Pues cómo te has escapado de los dientes de mis perros fieros y crueles dogos?

Bert. La providencia ha previsto el caso.

Reyn. Calla, que no se rie siempre la muger del ladron.

Bert. Quien va al molino, preciso es que se empolvorice.

Reyn. Quien lleva el primero, no va vacío.

Bert. Aquel que le toca, es el que lleva.

Reyn. Pues á ti te toca esta vez.

Bert. No hay mas engaño sino para aquel que se fia.

Reyn. Prometer, y no dar, es gran locura.

Bert. Aquel que faltase, pague la res.

Reyn. El que no lo juega, lo mal gasta.

Bert. A quien le va bien, está en concepto de hombre prudente.

Reyn. Ir bestia, y volver bestia, es la misma cosa.

Bert. No entremos, dixo la zorra al lobo.

Reyn. Pero no obstante, yo he logrado que tú hayas entrado, aun con toda tu malicia, y preciandote de astuto.

Bert. Paciencia, dixo el lobo al borrico; tales andan las bodas, que no me llaman á la mesa.

Reyn. Su tiempo le llegará á aquel que lo espera.

Bert. Ventura me dé Dios, que el saber poco me vale.

Reyn.

Reyn. Detras del trueno viene la tempestad.

Bert. Es verdad, porque el pescado grande se come al chico.

Reyn. No todos los gallos conocen las habas.

Bert. Toda sierpe guarda el veneno en la cola; pero la muger airada lo tiene esparcido por todo el cuerpo.

Reyn. Yo te aseguro, que esta vez no te escaparás, aunque intentes las mas sutiles malicias, de que te vales: yo te aseguro, que ahora no te has de ir alabando de que has hecho burla: veamos si tus estratagemas contra las mugeres te valen siempre.

Bert. Al que no le toca una, le pilla la otra: el que camina mas presto, engaña al compañero: solo te pido, que ya que estás empeñada en castigarme, sea quanto antes, para salir del susto de una vez, y salga como saliere.

LA REYNA HACE METER á Bertoldo en un saco.

LA Reyna muy enfadada le hizo prender y atar fuertemente de pies y manos: mandó le llevasen á un quarto cerca del suyo; porque de nada se fiaba, temiendo no se escapase, como habia hecho otras muchas veces, valiendose de sus sutiles astucias: para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco, haciéndole atar para que no pudiese sacar la cabeza: púsole un Alguacil por centinela, para que tuviese cuidado hasta la siguiente mañana, en que su intencion era mandarle arrojar en la corriente de un rio, privándole de esta suerte el que volviese á dar mas chascos, y usase de sus industrias.

Quedó, pues, nuestro Bertoldo atado de pies y manos en el saco, y nunca consintió en su fin, ni tuvo mas miedo á la muerte, que en esta ocasion; pero en medio de tanto susto pensó una

nueva

nueva astucia para librarse del saco, y le salió del modo que lo pensó.

AGUDISIMA ASTUCIA DE BERTOLDO, para escaparse del saco.

VIéndose el pobre Bertoldo encerrado y atado en el saco, y con la guardia de un Alguacil al mismo tiempo, se le ocurrió una nueva burla, y fue fingir el hablar consigo mismo. Empezó á suspirar y á quejarse, diciendo: „O, „maldita fortuna, y cómo te alegras y „te gozas de mortificar tanto á los po„bres, como á los ricos! O, maldita „hacienda, en el estado en que me has „puesto! Mejor hubiera sido para mi, y „mas felicidad tendria si mi padre me hu„biera dexado pobre mendigo, pues de „esta forma no me hallaria en tan infeliz „conflicto! Ahora me desengaño de que „de nada me ha servido el disfrazarme, „ni vestirme de aqueste grueso sayal, „dando á entender con mi vestido que „era un pobre infeliz; no bastando mi

„hu-

„ humildad, ni abandonar todos mis bie-
„ nes, para que con todo esto no me ha-
„ yan descubierto y conocido por hom-
„ bre rico! Ellos de hecho no se han en-
„ gañado: pluguiese á Dios no lo fuese!
„ No otra cosa, sino la avaricia de gozar
„ mi hacienda, les hace querer emparen-
„ tar conmigo! Ello bien puedo padecer
„ trabajos; pero yo nunca consentiré, ni
„ admitiré la proposicion de casarme con
„ ella; pues siendo yo (aunque con rique-
„ zas) un hombre todo contrahecho y feo,
„ tengo por seguro, que la novia tendrá
„ tentaciones de no serme fiel; así, si la
„ Reyna insiste en que me case con ella,
„ contra todo mi gusto, ya me imagino per-
„ dido, y sin saber en semejante lance que
„ hacer, ni como escapar de tal violencia."

EL ALGUACIL DESEA SABER lo que entre sí habla Bertoldo.

EL Ministro, oyendo las palabras de Bertoldo, llevado de la curiosidad de saber la razon de semejante discurso,

mo-

movido tambien á compasion, le pregunta á Bertoldo.

Alg. Hombre, qué conversacion ó que discurso estás haciendo? Dime, infeliz, por qué te han metido en este saco?

Bert. Ha, hermano mio! Dexame, que nada te importa á tí el saber mis cuitas: solo te suplíco, que no me toques, ni preguntes ese asunto: dexame quejar de mi desgracia, y cumple tú con tu oficio.

Alg. Advierte, que aunque yo soy Alguacil, soy hombre humano y compasivo, y me mueven á lastima las calamidades del proximo; y si yo no pudiese ayudarte en el trabajo, que ahora padeces, porque mis fuerzas no lo alcanzan, á lo menos te daré algun consuelo, que te sirva de alivio.

Bert. Poco consuelo me puedes dar, porque el término es muy breve para todo lo que conmigo se ha de executar.

Al-

Alg. Pues qué te quieren dar dos cientos?

Bert. Peor.

Alg. Tormento?

Bert. Mucho peor.

Alg. Echarte á galeras?

Bert. Tres veces peor.

Alg. Ahorcarte y desquartizarte?

Bert. Todavia peor.

Alg. Quieren quemarte?

Bert. Mil veces peor.

Alg. Pues qué te pueden hacer, que sea peor?

Bert. Me quieren casar.

Alg. Hombre ó diablo, es peor eso que todo lo que se ha dicho? Yo creía, que eras hombre de entendimiento; pero ahora véo que eres un bestia, pues yo juzgué en tí un extraordinario delito, y veo sales con esa rara extravagancia, digna de risa mucho mas que de lástima.

Bert. Amigo, no digo yo que el casarme sea peor que todo lo que se ha dicho, lo peor consiste en el modo con que lo quieren executar, y para mi genio te

asegurо me ha de costar mas dificultad y trabajo, que todas las cosas dichas.

Alg. Pues qué modo es este? Explícate mas claro, para que pueda entenderte.

Bert. Ninguno, solo que no quisiera que me oyera nadie, pues sé claramente que acabarian conmigo.

Alg. Nadie hay mas que yo, habla con toda seguridad.

Bert. Te suplíco y ruego que no me seas despues traydor.

Alg. No te presumas de mi tal cosa; y así bien puedes hablar con toda seguridad, que te guardaré secreto, y te seré seguramente fiel.

Bert. Yo en fin, me fio de tí; pues en el modo de tu trato racional se conoce eres hombre de bien; y así espero y tengo confianza no faltarás á tu palabra.

Alg. Ea, pues, empiezá á contarme todo el caso, que yo te escucharé atentamente.

Bert. ,, Has de saber, que yo me hallaba con ,, abundancia de bienes, á que se junta- ,, ba el lustre de un honroso nacimien- ,, to, dotes ámbos con que quiso ador-

,, nar-

„ narme el cielo; pero como todo no
„ puede ser cabal en el mundo, he te-
„ nido la desgracia de nacer muy al
„ contrario de la regular figura de to-
„ dos los demas hombres; pues soy tan
„ sumamente disforme y monstruoso
„ de cuerpo, que no se hallará segundo
„ en el mundo. Con el motivo de au-
„ sencia, dexé mis poderes á un caba-
„ llero de mi patria para cuidar de mi
„ hacienda: este caballero tiene una hi-
„ ja muy bonita, y llevado de mis mu-
„ chas riquezas ha determinado (aun-
„ que yo soy tan feo, como te digo)
„ que me case con su hija; muchas ve-
„ ces son las que me ha rogado; varios
„ sugetos me han instado sobre el asun-
„ to, procurando reducirme á que con-
„ sienta: y yo, considerando que todas
„ estas diligencias no se exercitan por
„ el amor que me tenga la novia, ni
„ tampoco me puedo persuadir la haya
„ llevado la pasion de mi figura, por-
„ que discurro la ciega solamente el in-
„ teres de mi hacienda; me he resisti-
„ do,

,, do, sin dar oidos á pretension seme-
,, jante; y pienso que antes quisiera ver-
,, me ahorcado, que casado con ella.

Alg. Con qué tú eres tan rico?

Bert. Sí por cierto; tanto en raices, como en bienes muebles me ha dado mucho el cielo.

Alg. Y quanto tendrás de renta?

Bert. Un año con otro, hago cuenta, que tendré seis mil escudos de renta, antes mas que menos, y limpios de polvo y paja.

Alg. Ciruelas! muchos Marqueses hay que no tienen tanta renta; y dime, ese caballero, que tú dices, es muy rico?

Bert. Está bastante acomodado; pero á correspondencia de mi caudal es pobre.

Alg. No obstante, quanto tendrá de renta?

Bert. Tiene muy cerca de mil escudos.

Alg. No es tan pobre como tú dices: y dime, es bien nacido?

Bert. Eso sí, es caballero muy conocido.

Alg. Y no te quiere dar algo en dote?

Bert. Sí por cierto: espera, que te lo he de contar todo, supuesto que deseas saber-

lo:

lo: pero te aseguro, que no puedo hablar dentro de este saco, si no le desatas la boca un tanto, para que yo pueda sacar la cabeza fuera, y referirtelo sin tanto trabajo. Desata, que despues tú lo volverás á cerrar en habiendo oido mi historia, que es bien peregrina.

Alg. Con mucho gusto lo haré: Ea, pues ya está desatado, habla ahora á tu gusto: pero qué cara tan fea que tienes! Solo con ella puedes espantar una corrida de toros; y si lo demas del cuerpo corresponde á tu maldita fisonomía, serás un animal muy horrendo.

Bert. Sacame del todo fuera del saco, y verás mi persona, que bien plantada que está.

Alg. Yo lo haré; pero es menester que te vuelvas á meter dentro, luego que hayas acabado.

Bert. Quedemos de acuerdo en lo que me dices, y no te rezeles de nada, pues soy caballero, y basta.

ALE-




4.

ALEGORÍA QUARTA.

EL CORTESANO NO DEBE *parecer en la Corte, ni muy profano, ni muy pobre, ni muy poderoso, ni muy humilde, ni sabio, ni ignorante, por no exponerse á la envidia, ni al desprecio. Quien no sabe guardar un secreto, no es apto para ningun negocio, siendo este el alma, y lo mas endeble en las mugeres. El solo artificio no sirve á la fuerza, sino para salvar á otros de la ira de los poderosos.*

EL ALGUACIL SACA A BERTOLDO *fuera del costal.*

Alg. VAmos, sal á fuera.

Bert. Aquí me tienes: qué te parece esta prospopeya?

Alg. Es cierto que eres un bello caballero! Ay Dios mio! No he visto en mi vida mas horrorosa figura de bestia! Dime, te habia visto la novia por ventura?

Bert.

Bert. Nunca me ha visto, y para que ella no me vea me han encerrado en este saco, y quieren traerla aqui á este quarto para que yo me despose sin luz, y despues de estar desposado me desatarán, y me haré presente á su vista; y será forzoso que ella se contente por fuerza, que así lo tienen todo dispuesto; y á mi me darán luego dos mil doblones de oro, los que pagará la Reyna, pues así lo tiene ofrecido.

Alg. Cierto que es una buena ventura: Ay, y qué niño tan hermoso y gracioso! O, qué hacienda tan mal empleada! Quantos pobres hombres y mugeres de bien se contentarian con la tercera parte! Miren á este salvage, monstruo infernal, que por tener hacienda, y ser caballero, tiene á mucha fortuna el emparentar con él una de las primeras casas y mas distinguidas familias. Por esto dice bien aquel refran, que el interes obliga á estar al tiñoso asomado al balcon. Qué á mi, que soy pobre, y no soy monstruoso como este pollino,

llino, no me venga tal fortuna! Pero maldita sea la hacienda, que sirve para guerra de los hombres.

Bert. Si tú fueras hombre de bien, esta noche yo te hiciera hombre muy rico.

Alg. De qué suerte?

Bert. Mira, yo estoy resuelto á no casarme con ella, aunque mas fuerza me hagan; porque sabiendo yo que es tan hermosa como el sol, y adornada de todas las habilidades y gracias, envidiada de muchos, estoy cavilando y sospechando, que ella no será para mi solo: ademas de esto, en viendome ella tan feo y contrahecho, temo no la tiente el diablo, y me dé algun bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran Turco Soliman, y en pocas horas me haga dar un brinco al otro mundo; y así, si tú quieres entrar en este saco en mi lugar, yo te haré dueño de una fortuna tan grande y mucho mas dichosa, que la que podias esperar en tu vida.

Alg. Cáscara! Para el picaro, que hiciera tal locura! Ponerme yo á que despues

que me desatáran, y vieran que no eras tú, me hicieran contrapesar un nudo por el pescuezo, y dar el salto mortal? Eso no.

Bert. No rezeles de nada, porque luego que estés desposado, y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia, aunque lo sientan; fuera de que tú eres buen mozo y agraciado, y acaso se alegrarán, haciendose cargo de mi grande fealdad. Una vez hecho, ya no lo podrán deshacer; con esto te entregarán los dos mil doblones de oro, entrarás en posesion de toda mi hacienda y de la suya; porque su padre es ya viejo, y ya poco tiempo puede vivir, segun la edad en que se halla: en adelante podrás vivir con honra y grande esplendor, sin exercitar el baxo oficio que tienes, tan vituperable, infame y aborrecido del Pueblo.

Alg. El negocio tú lo facilitas muy bien; pero yo te digo, que no quiero ponerme en semejante riesgo; y así vuelvete á entrar en el saco.

Bert.

Bert. Ah, cuitado! Pues no sabes que al hombre audaz le sale bien tentar fortuna? Qué mal te puede resultar de este negocio? Quieres tú, una vez desposado con ella, que su padre te haga mal ninguno? La modestia de la novia, una vez hecho, temes que ponga dificultad, y que diga que no te quiere? Pues la Reyna siendo tan liberal, que llega al extremo de pródiga, piensas que ponga dificultad en desembolsar el dinero? No lo hará de ningun modo, por ser quien es, y por no parecer avarienta. Yo te aseguro, que todos se conformarán y conocerán que es permision clara del cielo, y lo llevarán con la debida prudencia, y tú vivirás despues muy regalado y contento con tu muger, servido de muchos criados, sin tener que envidiar á nadie en este mundo. Ea, pues, reflexîona bien esta gran fortuna, que te depara el cielo, que no se proporcionan cada dia ocasiones como estas. Ea, pues, vamos, entra en el saco, y

no lo pienses mas; porque si hubiera algun peligro, que te sirviese de riesgo, no te moveria yo á que executases cosa, que te pudiera ser perjudicial; ni tampoco has de pensar de mi que te engaño y finjo lo que te he dicho. Mañana, antes de comer, experimentarás lo mucho que yo té quiero; hagome cargo de tus meritos, y eso me mueve á hacer esto.

EL ALGUACIL EMPIEZA A CAER en el anzuelo.

ELlo es cierto, que tú me lo has pintado tan bien, que quasi quasi estoy determinado á arriesgarme, hecho cargo de lo que se suele decir, que quien no se arriesga no gana: quien puede saber los secretos del cielo, y lo que me tendrá destinado en semejante aventura?

ERTOLDO SE HACE DEL SORDO desentendido; pone dificultades al Alguacil, para que no entre en el saco, y de este modo consigue el hacerle venir mas en deseo.

Bert. YO no entiendo de bachillerías, solo sé, que aquél que no disfruta su fortuna, quando se le viene rodada á la mano, suele suceder despues, que quando la busca, la encuentra en el rio: pues ya que el cielo quiere concederte esta dicha, para qué tu la desprecias? Yo sé muy bien, que si tú conocieras mi sinceridad, no pondrias tantas dificultades: en fin, hermano mio, haz lo que te pareciere, que yo no quiero cansarme mas en persuadirte tu bien: ya me entro yo en el saco, vén á cerrar, que te aseguro no te tengo de decir nada mas por todo el oro del mundo; pues no quiero ser porfiado, que fuera ya necedad.

Alg.

Alg. Aguardate un poquito, que bastante tiempo hay para meterme en el saco.

Bert. Quien tiene tiempo, no espere tiempo: ya considero que desprecias tu fortuna, y así no quiero fatigar mas mi cabeza; á la verdad que loco es aquel que quiere hacer bien á otros, con perjuicio de sí mismo.

EL ALGUACIL SE DETERMINA á entrar en el saco.

Alg. YA conozco que tus persuasiones nacen solo del mucho amor que me tienes: tambien veo lo mucho que te has inquietado por mí; y así no quiero abusar de un bien, como el que me ofreces: ya me tienes convencido, y estoy resuelto á entrar en el saco, y hacer todo lo que me has dicho, sin faltar á la mas minima cosa; pues despues de desposado, forzoso será que quede señor y dueño de todo, y que todos tengan paciencia, y con lo hecho se conformen.

Bert.

Bert. Ea, vén, cierra este saco, que yo me quiero meter dentro.

Alg. Aguardate un poco mas, no entres tan prestò, pues ya estoy resuelto á entrar.

Bert. No quiero hablar mas sobre eso, vén acá, y atarás la boca del saco.

Alg. Detente, amigo, no me quites una dicha tan grande, como la que espero; suplícote no me quites mi fortuna.

Bert. Ea, pues, no quiero dexar de hacerte esta gracia, aunque es verdad que me has hecho no poco enfadar con tu timidez: entra en el saco, y no hables mas; solo lo que te advierto es, que tengas cuidado, y esperes lo que te ha de venir: por la mañana conocerás la obra tan buena, que yo he hecho por ti.

Alg. Si yo no hubiera formado concepto de que eres hombre de bien, no me hubiera reducido á encerrarme dentro de este saco.

Bert. Ya te he dicho, que no tienes que desconfiar, ni sospechar: mete bien dentro ese otro brazo, y baxa un poco la cabeza, porque eres mas alto que yo,

y

y no podré atar la boca del saco bien, sino te encoges: me entiendes?

Alg. Ay! Qué me desnuco, y el pescuezo se me tuerce! Aguarda un poco ::: ata ahora como quisieres, que yo juzgo no estaré aqui mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, segun lo que me has referido.

Bert. Dentro de dos ó tres horas, á lo mas, discurro estarás ya despachado. Ea, pues, ya estás atado: estáte quieto, y no hables palabra alguna; no sea que te conozcan, y se eche todo á perder.

Alg. Yo prometo no hablar mas; pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar en pie tanto tiempo.

Bert. Valgate Barrabás, y lo qué pesas! ya estás arrimado ::: Estás bien?

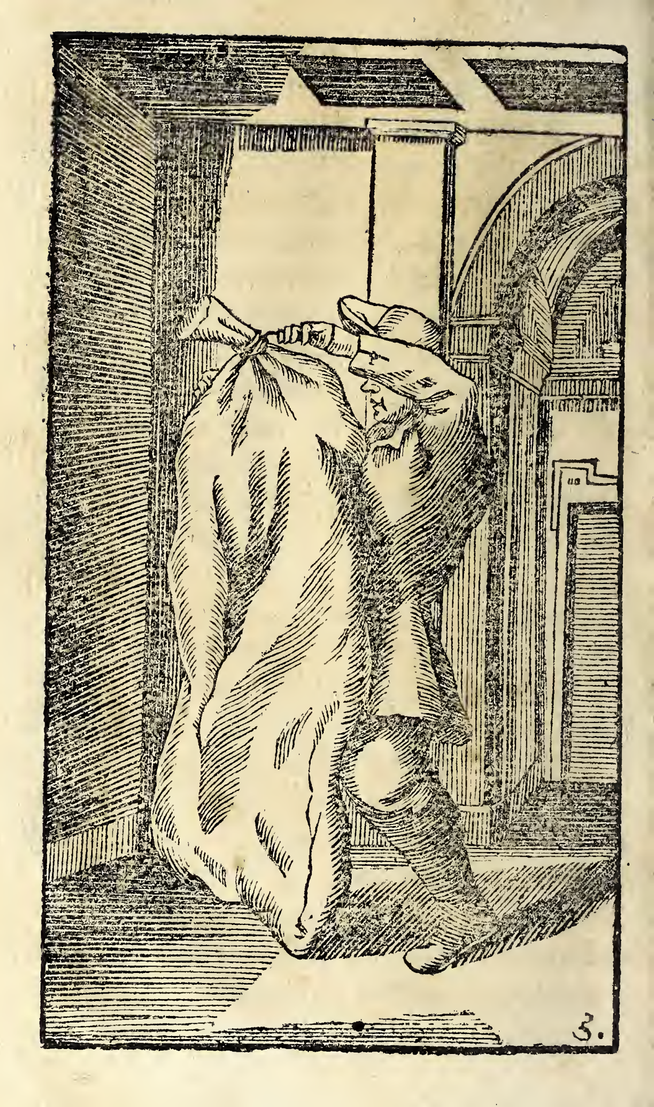
Alg. Muy bien.

Bert. Pues estáte en un profundo silencio, que eso es lo que importa, hasta que el lance se logre.

Alg. Yo no hablaré; pero estáte tú tambien quieto, hasta que llegue la novia.

ALE-




3.

ALEGORÍA QUINTA.

EL SABIO QUE SE HALLA en medio de los peligros, ó forzadamente los encuentra, ó con destreza buye de ellos: en las Cortes es antigua costumbre el salvarse á sí mismo con la ruina y precipicio de el proximo: el interes y el amor profano corrompen la prudencia de los hombres, y los exponen á gravisimos riesgos.

ESCAPASE BERTOLDO, DEXANDO en el saco al pobre Alguacil.

DEspues que Bertoldo puso al Alguacil dentro del saco, dexandole bien asegurado, determinó escapar, y no esperar la tempestad que le estaba amenazando: Determinóse á salir por la mañana temprano; pero siendo preciso pasar por los quartos de la Reyna, rezelaba el poder ser descubierto; no obstante se determinó, asechando antes muchas veces, inclinando el

el oido á la cerradura de la puerta, por si acaso oía algun ruido, y no oyendo á nadie por todos aquellos quartos (porque estaban en el mas profundo sueño), abrió con tiento la puerta del quarto en donde dormia la Reyna, y acercandose á la cama con gran silencio, observó que estaba dormida, y aquí imaginó pegarla otro nuevo chasco: pusole en execucion, pues tomando sus vestidos, se los vistió; y asi, disfrazado de muger, pasó por todos los otros quartos en donde dormian las damas, y cogiendo todas las llaves, que estaban colgadas cerca de la cama de la portera, abrió todas las puertas con gran presteza; y se vió bien presto fuera del recinto de palacio: acaeció que habia nevado en aquella noche; y temiendo ser descubierto por las pisadas, quitóse los zapatos, y se los puso al reves, de suerte que las pisadas denotaban ser de alguno que habia venido á palacio, y no de quien hubiese salido: En ninguna parte le parecia estaba seguro, hasta que al fin halló detras de la muralla de la Ciudad un horno, en el

que

que metiendose dentro, se aseguró del temor que le tenia asustado.

LA REYNA NO HALLANDO

sus vestidos, culpa al Alguacil de que los habia hurtado; y creyendo hablar con Bertoldo, habla con el Alguacil metido en el saco.

POR la mañana entraron las damas á vestir á la Reyna, y no hallando los vestidos, que habian dexado allí la noche antes, se quedaron admiradas y confusas, y no pudiendo encontrarlos, mandó la Reyna que le traxesen otros: levantóse tan sumamente enfadada, que inmediatamente se fue adonde habia dexado á Bertoldo en el saco, y no viendo el centinela, que habia puesto para segura custodia, pensó entre sí, que el guardia habia sido el ladron de los vestidos. Tan furiosa se puso, que aseguró que si le cogia, ó podia haberle á las manos, habia de mandarlo ahorcar al momento; no obstante el enfado, se arrimó al saco, y le dixo: Y bien (pensando hablar con

con Bertoldo), estás ahora de tan buen humor como el que siempre has gastado?

Alg. Señora, yo estoy ya dispuesto para desposarme con ella, quanto antes pueda ser.

Reyn. Pues qué es lo que quieres quanto antes? alguna purga?

Alg. La habeis ya dispuesto?

Reyn. No; pero haremos que luego al punto se disponga.

Alg. Quanto mas antes sea, lo estimaré mucho; porque deseo despachar con ello.

Reyn. No pasará mucho tiempo, sin que quedes consolado.

Alg. Mucha es el ansia que tengo de alcanzar esta dicha; y así haz que despachen, y venga luego sin dilacion.

Reyn. Digo que dentro de un poco te llevarán donde ella está, y con eso estarás contento y gustoso.

Alg. Pues si el concierto ha sido de que ella venga á este quarto, y que aquí nos hemos de desposar en secreto, y cobrar yo los dos mil doblones, cómo es eso de ir yo donde ella está? Procura

cura que la traygan aquí sin tardanza, que yo estoy pronto á cumplir lo contratado.

Reyn. Qué desatinos está hablando aquí este bestia! Qué dice de la esposa y de doblones? Sacadle la cabeza del saco, que quiero verle la cara.

EL ALGUACIL SALE FUERA del saco en lugar de Bertoldo, y la Reyna confusa le dice.

Reyn. HOmbre, quien te ha puesto en este saco?

Alg. Aquel que habia de ser novio me puso, quien no queriendo por esposa aquella que tú le querias dar, ha renunciado en mí esta fortuna: y así desde luego puedes mandar que la conduzcan aquí, juntamente con los doblones que tú en dote le ofreciste, que yo aquí estoy pronto para todo quanto con él estaba tratado.

Reyn. Qué esposa, ni qué doblones? Habla mas claro, para que pueda entenderte.

Alg.

Alg. La esposa y los doblones, que tú querias dar á aquel rustico, es lo que espero.

Reyn. Ay! ay! ya veo que aquel astuto le ha engañado.

Alg. Digo, que me aseguró quanto he dicho, y para que hiciera sus veces, me hizo entrar en este saco; y si se ha escapado, ha sido para que no le obliguen á casar con violencia; y así vamos al instante á celebrar el desposorio, pues yo estoy pronto á hacer gustoso lo que él haria obligado.

QUEDA EL POBRE ALGUACIL muy apaleado, vuelvenle á poner dentro del saco, y le manda la Reyna echar en el rio.

Reyn. ESpera un poco, que luego haré traer el dinero, pues es muy justo el que yo cumpla el contrato, y que sea á tu costa muy cumplido.

Alg. Ya estoy pronto; y aseguro, que cada hora se me hace un siglo para cón-

contar el dinero ; pero te advierto, que los doblones han de ser, para recibirlos, de peso.

Reyn. Primero los contarás; y si no fueran de peso, yo te los haré cambiar, y mientras tanto empieza á contar. Habiendo dicho esto llamó quatro criados, los que vinieron con un buen garrote en la mano, y empezaron á descargar con tal ayre sobre el pobre Alguacil, que viendose maltratar, empezó á gritar, y á pedir á voces perdon; pero no sirvió de nada, pues con mas denuedo le sacudian; de suerte, que le dexaron en el suelo como muerto. Aun no fue suficiente para la Reyna este solo castigo, sino que tambien mandó, que en el saco cerrado, como estaba, lo tirasen por el rio: De este modo cobró el pobre infeliz los dos mil doblones, á la verdad bien pesados, y en lugar de la ofrecida novia, fue el rio su sepultura.

MANDA LA REYNA QUE BUSQUEN por toda la Ciudad á Bertoldo.

DEspues de la infeliz tragedia del Alguacil, se hicieron las mas vivas diligencias para encontrar á Bertoldo; pero como las pisadas de la nieve las veían al reves, no podian presumir de que hubiese salido fuera de palacio; la Reyna insistia en que se buscase con las mas vivas diligencias por todas partes, con animo resuelto y firme, de que si le prendian, fuese ahorcado sin dilacion alguna, intentando vengar las dos burlas de llevarla los vestidos, y dexar al Alguacil encerrado en el saco.



ALE-




6.

ALEGORIA SEXTA.

QUANDO ESTÁ EN NUESTRO *arbitrio el poder escapar de un daño, es loco aquel que se le apropia contra sí mismo, no obstante que nuestro libre alvedrio es aquel, que entre todas nuestras pasiones voluntariamente escoge una, y que despues sirve esta de tormento á nuestra alma y de un continuo martírio: aquel que muere mas de quando nació, muere muy glorioso; pero el hombre christiano y prudente debe disponerse preventivamente para quando llegue este caso: el sabio debe de hacerse útil para el público, aun despues de muerto, dexando su buen exemplo, y dexando una buena doctrina.*

BER-

BERTOLDO ES DESCUBIERTO en el horno, habiendole visto por casualidad una vieja: divulgóse por toda la Ciudad que la Reyna estaba en el horno.

Estando, pues, Bertoldo metido en el horno, oía á los que pasaban en su busca preguntar, si le habian visto, y cada clamor de estos era una saeta que le atravesaba el corazon; y de hecho nunca tuvo tanto miedo á la muerte, como en este lance, hallandose sumamente arrepentido de lo que habia executado, y mucho mas de haberse familiarizado en palacio, abandonando la libertad de su aldéa: en medio de tanta confusion y penas, que le cercaban, no se atrevía á salir fuera del horno, por no ser descubierto, temiendo que le prendieran y castigárian, sabiendo ya por la experiencia la mala voluntad y grande aversion que la Reyna le tenia; y mucho mas precediendo la burla del Alguacil, y el hurto de los vestidos, y asi temblaba, y con razon, no le mandase ahor-

ahorcar al punto: Sucedió, pues, que como los vestidos le venian largos, no habiendolos recogido bien dentro del horno, se quedó fuera un pedazo de la bata: quiso su poca fortuna que pasó una vieja, é inclinada la vista hácia la boca del horno, vió las faldas, y conociendo los ribetes y guarniciones de la basquiña y la bata, conoció que aquellos vestidos eran de la Reyna, y certificandose mas, empezó á publicar, que la Reyna estaba escondida en el horno; fue á su casa, y lo contó á una vecina suya, asegurandola que la Reyna estaba en un horno metida; fue la vecina con ella para desengañarse mejor, y viendo y conociendo los vestidos, tuvo mas fundamento para decirselo á otra: fue pasando la voz de una en otra, de tal suerte, que á la mañana siguiente ya se hablaba publicamente por toda la Ciudad, que la Reyna estaba escondida dentro de un horno, detras de las murallas de la Ciudad.

DU-

DUDA EL REY SI BERTOLDO habia conducido á la Reyna á aquel horno, y va en persona para desengañarse de el caso.

OYendo el Rey semejante novedad, creyó que Bertoldo hubiese hecho una burla tan pesada, como era la de llevar á la Reyna á un lugar tan indecente, y como le tenia tan conocido, sabía muy bien que era capaz para cometer semejante exceso, y muchos mas, especialmente habiendola jugado las estratagemas pasadas; fuese luego al quarto de la Reyna, y la encontró tan furiosa y tan colérica, que parecia una arpia, refirióle la burla de los vestidos, ponderó el atrevimiento, audacia y poco respeto; entonces el Rey hizo que le enseñaran el horno, y asomandose, vió á Bertoldo, que estaba vestido con los vestidos de la Reyna, hizole sacar fuera, y le juró, que solo con la muerte habia de pagar semejante atrevimiento y desverguenza; quitaronle los vestidos, y se

se quedó con sus trapos, tan sumamente fatal, que ademas de ser tan feo de nacimiento, como se llenó la cara del negro tizne del horno, parecia un verdadero retrato y figura del demonio.

SACAN ARRASTRANDO Á BERTOLDO fuera del horno, y el Rey muy encolerizado le dice.

Rey. NO obstante, villano, infame, tus astucias, ya te he cogido; y te aseguro, que esta vez no te escaparás, aunque te vuelvas demonio.

Bert. Aquel que no está, no entra; y el que está, no se arrepienta.

Rey. Quien hace lo que no debe, le sucede lo que él no cree.

Bert. El que no va, no cae; y aquel que cae, no se levanta limpio.

Rey. Quien rie el viernes, llora el domingo.

Bert. Desahorca á el ahorcado, que él te ahorcará despues á ti.

Rey. Entre la carne y la mentira ninguno iguala.

Bert.

Bert. Quien es defectuoso, es sospechoso.

Rey. La lengua está sin hueso, y rompe el ceso.

Bert. La verdad ha de quedar encima.

Rey. Tambien la verdad se calla algunas veces.

Bert. No se debe hacer aquello, que no se quiere se diga de uno.

Rey. Quien se viste de lo ageno, en breve le desnudan.

Bert. Mejor es dar la lana que la oveja.

Rey. Pecado viejo, penitencia nueva.

Bert. Quien mea claro, mata al Medico.

Rey. El jugar de manos, hasta á los piojos disgusta.

Bert. Y menear los pies tambien disgusta á los que echan de una horca abaxo.

Rey. Dentro de poco tú serás uno de ellos.

Bert. Antes ciego que adivino.

Rey. Dexemos á parte estas disputas, y lo verás. Ola, Ministros, llevad á este hombre, y luego, luego, colgadle de un arbol; y lo que os encargo, es, que no atendais á sus palabras, ni súplicas, porque es un villano, infame, des-

desvengonzado y atrevido; tan sagaz y astuto, que es imposible no tenga el diablo en su cuerpo: vamos presto, conducidle sin detencion, y executad con brevedad lo mandado.

Bert. Señor, mirad, que las cosas hechas de priesa nunca salen bien.

Rey. Muy grave ha sido el ultraje que has hecho á la Reyna.

Bert. Quien tiene menos razon, grita mas alto; pero á lo menos te pido, que me dexes dar mis escusas, y alegar mis razones.

Rey. A las tres va la vencida, y tú has cometido mas de quatro, y todas han sido con grave ultraje de la Magestad Real; y así no quiero escucharte.

Bert. Por haber dicho la verdad, he de padecer la muerte? Ah, señor! no seas tan cruel contra mi: mira que de corazon te suplico me atiendas.

Rey. Tú sabes bien lo que dice aquel refran: Oir, ver y callar, quien del mundo ha de gozar. Y quien quiere bien al amo, ha de venerar al ama:

Ya

Ya te digo, que no he de escucharte, porque se ha de executar sin remision el castigo que mereces; y así llevadle, y cumplid mi orden al punto.

EXCLAMACIONES DE BERTOLDO
por la sentencia del Rey, que contra él pronunció.

QUE he de hacer? paciencia! Pues ya no hay remedio, preciso es morir para obedecer: Qué bien dice aquel proverbio: O sirve como siervo, ó corre como ciervo; y el otro que dice: Los ciervos con hastas no se sacan unos á otros los ojos, y nuestros parientes nos ven llevar á la horca; pero ellos no se ahorcan: con todo eso no es todo oro lo que reluce, y el que no executa no yerra: palabra dicha y piedra tirada, no puede volver atras una carrera de caballo: tengo la boca de risa, y en el interior la rabia; pues por lo que veo, es mejor una onza de libertad, que diez libras de oro; y por esto se dice: Que un lobo á otro no se muerden; y lo mismo se cuen-

ienta del cuervo, que por cantar perdió el
ueso, como á mi me ha sucedido, que por
aberme burlado, me veo ahora con el lazo
l cuello, de que no me librarán las alas de
Dédalo; pues el Rey ha dado ya la senten-
ia; y su palabra, como de Rey, es preciso
ue se cumpla; pero tambien se dice, que
uien puede hacer, puede deshacer.

ULTIMA ASTUCIA DE BERTOLDO,
para librarse de la muerte.

Bert. EA, pues, Bertoldo, en este lance es preciso tener animo, y mostrar generosidad y obediencia resignada, en un paso en que nada puede valer sino la conformidad. Y pues ya no hay redencion, aquí, Rey y senor mio, estoy pronto para que se execute en mí todo quanto has ordenado; pero, señor, antes que yo muera, te pido me concedas una gracia, que por ser la última, espero de tu piedad recibirla.

Rey. Di, que estoy pronto para concederte lo que me pidas; y así despacha, que

ya

ya que mueras, no quiero ser tan cruel, que me niegue á lo que por último me suplicas.

Bert. Pues lo que te ruego, es, que mandes á tus Ministros, que no me ahorquen mientres que yo no halle y señale un arbol que sea de mi gusto, donde se haga el castigo; pues siendo así, yo iré á morir muy contento y muy gustoso.

Rey. Si mas no pides, desde luego te concedo esta gracia: Ea, llevadle, y no le ahorqueis, sino del arbol que él señaláre. Asi lo mando, y así lo habeis de cumplir: quieres mas?

Bert. No pido mas; y por el favor que me haces, te doy las debidas gracias.

Rey. Ten paciencia, que es forzoso hacer justicia.

BERTOLDO NO HALLA ARBOL *que sea de su gusto, y enfadados los que le conducian, le dexan en libertad.*

EL Rey no entendió la metáfora de Bertoldo, y conduciendole los Ministros

á

á un bosque muy frondoso, poblado de varios arboles, viendo que no habia arbol alguno que le gustare, le llevaron despues á otro cercano; preguntaronle, si habia alli alguno que le agradase? No por cierto. Pues qual ha de ser? Respondia: De todos estos ninguno. Le llevaron á otros muchos, y nunca pudieron hallar alguno que le gustase: Enfadados los Ministros de viage tan dilatado, fatigados y cansados, y conociendo su astucia y su grande picardia, le desataron y dexaron en libertad; y volviendo á dar cuenta al Rey de quanto habia sucedido, se quedó absorto de tal astucia y sutileza de ingenio, admirando que cupiese en hombre de tal clase tan sutil entendimiento.

MANDA EL REY BUSCAR á Bertoldo, y habiendole encontrado, no quiere venir á ver al Rey, quien va en persona donde estaba, y con promesas y ruegos le hace volver á palacio.

DEspues que al Rey se le pasó el enfado, mandó nuevamente buscar á Bertoldo;

toldo; y hallado, que volviese á palacio al punto, diciendole ya estaba perdonado de todo: este fue el recado del Rey; pero él respondió: Que le dixeran, que berzas recalentadas, y amor de segunda vez, nunca se tuvieron por buenos, y que no habia tesoro, que pagase la libertad. Viendo el Rey, que era imposible reducirle á que viniese, fue en persona á buscarle, y despues de muchas súplicas, al fin (aunque contra su voluntad) le traxo á palacio, mandó se le pusiese en uno de los quartos mas inmediatos al de la persona de la Reyna, facilitando antes de esto que le perdonára: hizose muy confidente, de suerte, que todos le cortejaban, como á Privado; y lo que se vió, fue que con su consejo, mientras estuvo en palacio, todas las cosas caminaban con rectitud; pero como nada en este mundo es perpetuo, por entregarse á la variedad de manjares regalados y licores exquisitos, y estar él acostumbrado solo á comer yerbas gruesas, frutas y manjares silvestres, le dió una enfer-

medad

medad tan grave, que en pocos dias fue la causa de su muerte, con suma tristeza de Rey y Reyna; los quales despues por mucho tiempo no podian olvidarle, echando menos sus chistes, su agudeza y buen consejo.

MUERTE DE BERTOLDO.

LOS Medicos, no conociendo su complexion, le aplicaban remedios propios solo á los caballeros y señores palaciegos; pero como él sabia mejor su naturaleza, que aquellos que le asistian, muchas veces les rogó dexasen semejantes medicinas, y le traxesen una buena hortéra de judias cocidas ó guisadas, con sus ajos y cebollas, ú otros alimentos silvestres, pues él sabía que con tales alimentos en dos dias se pondria bueno del todo; pero los Medicos nunca quisieron darle este gusto, y con este deseo acabó su vida Bertoldo: hombre que le comparaban, y todos llamaban segundo Esopo, el oraculo del Reyno: lloraronle generalmente todos los de la Corte, y el

Rey le hizo enterrar con grande honor, fausto y pompa. Los Medicos, que le asistieron, se arrepintieron de no haber condescendido en quanto él pidió, y conocieron que habia muerto por no haberle saciado su apetito. El Rey, para perpetua memoria de tan grande hombre, hizo esculpir sobre la losa de su sepulcro, con letras de oro, los siguientes versos, en forma de epitafio, é hizo vestir toda la Corte de luto, como si uno de la casa real hubiera muerto.

EPITAFIO DE BERTOLDO.

Aqui yace en aquesta tumba obscura
Un rústico villano y un portento,
Que teniendo de bruto la figura,
Tuvo el alma con noble entendimiento.
Fue Bertoldo *su nombre, y asegura*
En la gracia del Rey su valimiento;
Pero esta pompa le acortó los dias,
Pues le privó de nabos y judias.

DICHOS SENTENCIOSOS,
que Bertoldo escribió antes de su muerte.

QUien está acostumbrado á comer nabos, no coma pasteles.

Quien está hecho á la azada, no tome lanza.

El que es campesino, no vaya á la Corte.

El que vence su apetito, es gran Capitan.

El que no come de todo, no es buena mona.

De el que mira al sol, y no estornudà, guardate de él.

Aquel que todos los dias se viste de nuevo, á cada hora tiene quimeras con el Sastre.

Quien dexa sus negocios, por hacer los de otros, no tiene juicio.

Quien quiere saludar á todos, presto rompe su sombrero.

El que castiga su muger, da que murmurar á los vecinos.

Quien gasta segun su hacienda, nunca será mendigo.

Quien rasca la sarna de otros, refresca la suya.

El que promete en el campo, debe cumplir la palabra en poblado.

Quien tiene miedo á los páxaros, no siembre alpiste.

Aquel que imita al rico, estará seguro en casa,

Quien va de viage, lleve el palo en la mano, y el pan en el seno.

El que cree en sueños, funda su pensamiento en la niebla.

Quien funda su esperanza en la tierra, se aleja del cielo.

El que fuese zeloso de sus manos, no vaya al tinte.

Aquel que te aconseja, pudiendo ayudarte, no es buen amigo.

Quando se castiga la perra, señal que el perro está lejos.

Quien imita la hormiga en el verano, no tendrá que pedir pan prestado en el invierno.

Quien tira la piedra al cielo, en la cabeza le cae.

Quien

Quien vá á un festin, y no sabe baylar, no sirve de nada, y oqupa lugar.

El marido que se casa con la muger por la hacienda, traerá la bolsa del dinero y no la muger.

Quien dé el mando de la casa á la muger, hallará siempre alfileres á la puerta.

Quien no puede con su pellejo, es una infeliz oveja.

Quien goza la hacienda mal ganada, á la muerte verá sus partidas.

Aquel que alaba á otro sin conocerle, muchas veces miente.

Quien da pan á perros de otros, los suyos le ladrarán.

Quien no paga el sudor del pobre, no da señales de hombre justo.

Quien come á gusto de otros, no come jamas cosa que le haga buen provecho.

El que oculta su saber, suele ser mas erudito.

Quien quiere corregir á otros, dé buen exemplo de sí mismo.

Quien huye de las delicias de la tierra, solo gusta de los regalos del cielo.

Aquel

Aquel que no tiene amigos, es como cuerpo sin alma.

Quien adelanta la lengua al pensamiento, no es hombre de juicio.

Quien al salir de casa piensa en lo que ha de hacer, quando vuelve ya tiene acabada su obra.

Quien da luego lo que promete, da dos veces.

Quien peca, y hace pecar á otros, de una vez le verás dos penitencias.

El que para sí mismo no es bueno, menos lo será para otros.

Quien quisiera seguir la virtud, destierre primero el vicio.

Quien desea aquello que no espera tener, á sí propio se niega la gracia.

Quien tiene buen vino en casa, tiene la bota á la puerta.

Quien elige armas, quiere reñir con ventaja.

El que navega en el mar de la sensualidad, se desembarca en el puerto de las miserias.

Quien se melancoliza del bien de otro, otros se rien de su mal.

Quien tiene la virtud por gracia, va seguro en su viage.

TESTAMENTO DE BERTOLDO,

que se halló debaxo de las almohadas de su cama, despues de su muerte.

TOdas estas sentencias las hizo el Rey imprimir con letras de oro, y las hizo poner sobre la puerta principal de palacio, á fin de que todos pudiesen verlas y leerlas: era imponderable el desconsuelo de Rey y Reyna, experimentando la pérdida de un hombre tan capaz, agudo, universal. Sucedió, pues, que aquellas personas que asistian á Bertoldo, al ir á quitar la cama donde murió, hallaron debaxo de las almohadas un envolvorio de trapos; moviéles la curiosidad á desatarlo, y despues de mucha trapería, hallaron unos papeles escritos, los que sin dilacion se los presentaron al Rey, quien despues de desdoblar una infinidad de ellos, al ultimo encontró el testamento, que Bertoldo habia hecho muchos dias antes de morir; y no habiendolo comuni-

municado á nadie, es de creer, que seria la causa el que nadie supiese de su generacion, ni donde habia nacido; pues de un hombre tan extravagante todo se puede creer. Mandó el Rey que llamáran luego á un Notario, para que lo leyese en su presencia: llamaron al mismo que lo habia hecho, y pareció al punto; y haciendo la debida reverencia, le dice al Rey.

Not. Aqui me tiene V.Mag. para obedecer sus mandatos, con la mayor veneracion.

Rey. Decidme, habeis hecho el testamento de Bertoldo?

Not. Sí, señor, yo lo he hecho.

Rey. Y quanto tiempo ha, que lo habeis hecho?

Not. Habrá tres meses, á lo mas.

Rey. Pues aquí está, tomadle y leedlo, que esta letra notaresca y cifras extravagantes, que vosotros acostumbrais hacer en los instrumentos, yo no las entiendo.

Not. Pues, señor, no sé como no lo entendeis, porque yo no uso aquellas frases de que se suelen valer otros de mi profesion, sin entender lo que en ellas quieren

ren decir; porque como solo sirvo para las contiendas y diferencias de estos pobres rusticos y aldeanos, yo me entiendo, y ellos con mis terminos me entienden tambien.

Rey. Decidme, cómo es vuestro nombre?

Not. Yo me llamo Cerfollo de los Villanos.

Rey. Cierto que teneis buen nombre, y tambien el apellido os corresponde; pero á mi parecer os estaria mejor el nombre de Embrollo, porque los de vuestro oficio embrollan el mundo entero. Leed, pues, Cerfollo, alto y claro, para que se pueda entender lo que dice el testamento.

EL SEÑOR CERFOLLO LEE EN PUBLICO el testamento.

EN el nombre del buen comenzamiento, y á la buena ventura, salga lo que saliere; y pues deseo sea con el mayor acierto y gozo de mis herederos, y para el mayor descargo de mi conciencia; digo: Que viendo y conociendo ser yo Bertoldo, hijo de

de Bertolazo, hijo que fue de Bertuzo de Bertin, y de Bertolina de Bretaña, conociendo que todos somos mortales, y que somos semejantes á las vexigas hinchadas, á quienes á la mas pequeña punzada se escapa el ayre: estando ya en los setenta años de edad, como á cosa de las once y media, estando para dar las doce, quiero disponer de mis cosas en la mejor forma posible, haciendo un poco de testamento, para satisfacer á mis parientes y amigos, á los que yo declaro serles muy agradecido; y así ruego al señor Notario Cerfollo sea servido hacer este mi testamento y mi última voluntad, que es como se sigue.

Al maestro Bortola, Zapatero de viejo, le dexo mis zapatos gordos de quatro suelas, y ocho quartos de moneda corriente, en memoria de haber tenido siempre conmigo una buena correspondencia, y haberme hecho la fineza algunas veces de prestarme la lesna para agujerear los tacones, y coserlos con algunos cabos, y otros infinitos gustos correspondientes á mis urgencias.

Item,

Item, al maestro Ambrosio, Barrendero de palacio, le mando diez quartos, por haberme llevado muchas veces el braguero á componer, y otros infinitos recados.

Item, á Barba de Sauco, el Hortelano, le dexo mi sombrero de paja, por haberme regalado, tal qual vez por la mañana, con algun manojo de puerros, comida muy de mi gusto, mas que los regalos de palacio.

Item, al maestro Alegria, Cardelero, le mando mi corréa larga y mi hortéra, por habermela llenado de berzas y nabos, cada vez que yo tenia necesidad, y otros muchos favores.

Item, al maestro Martin, el Cocinero, le mando mi cuchillo, con su vayna, por haber usado la atencion conmigo de haberme asado en el rescoldo muchos nabos, comida de todo mi gusto, y haberme compuesto algunos potages de judias, con sus cebollas, comida correspondiente á mi complexîon, mucho mas que si fueran faysanes, tórtolas y perdices.

Item,

Item, á la tia Pandura, la Lavandera, la mando mi xergon, sobre el qual yo duermo, con dos sillas rotas, y tres varas de estopa, para que se haga dos devantales; y esto es en pago de haberme lavado muchas veces la camisa, y limpiadome la cátedra necesaria.

Item, dexo mandado al muchacho de palacio, que se llama Fiqueto, veinte y cinco zurriagazos, y que sea con un buen látigo, en pena de la burla que ha hecho de mí muchas veces, ya por haberme agujereado el orinal, por cuya causa he puesto las sábanas hechas un rio de agua, y tambien por haber colgado un cencerro por debaxo de la cama, con animo de asustarme; sin otras muchas burlas que omito, por no gastar papel en referir picardiguelas propias de un muchacho insolente; y así mando y deseo, que sea executado quanto mas antes este mi legado, para escarmiento de pícaros, taymados y redomados.

Rey. Proseguid adelante, Cerfollo, que á eso se dará el debido cumplimiento.

Not. Item, digo: Que quando yo vine aquí,

aquí, dexé á Marcolfa mi muger, con un hijo, que se llama Bertoldino, que al presente tendrá como hasta diez años, y jamas quise avisarlos en donde me hallaba, á fin que no vinieran tras de mí, por no tener fisonomía para parecer delante de gentes, y especialmente en unos lugares como estos; pero teniendo algunas alhajuelas de que disponer, doy poder á Marcolfa, mi cara muger, para que disponga de todas, hasta que mi hijo tenga veinte y cinco años; pues entonces es mi voluntad, que sea él dueño absoluto de todo, con condicion, de que si se casa, procure no sea con muger que sea mas que él.

Que no sea llano con sus mayores.

Que no haga daño á sus vecinos.

Que coma quando lo tenga, y que trabaje quando pueda.

Que no tome consejos de gentes perdidas.

Que no se dexe curar de Medico enfermo.

Que no se dexe sangrar de Barbero que le tiemble el pulso.

Que pague á todos los que debiere.

Que sea vigilante en sus negocios.

Que no se inquiete por lo que no le va, ni le viene.

Que no se haga mercader de aquello que no entienda; y sobre todo, que se contente con su estado, y no desee mas de lo que le da su suerte: que considere, que tan presto va el cordero como la oveja; pues la muerte nunca dexa la guadaña de las manos para cortar igualmente la vida á los mozos, como á los viejos; y deseo que se le impresionen estos documentos en la memoria, pues haciendo á menudo conmemoracion de ellos, no estará en cosa que le sea de daño para el cuerpo, ni perjuicio para el alma, y tendrá un buen fin, si los guarda bien.

Item, declaro no haber querido aceptar jamas cosa de mi Rey, el qual no ha faltado á persuadirme que tomase de su mano sortijas, joyas, dinero, vestidos, caballos y otros ricos presentes, por considerar, que tal vez con semejantes riquezas no hubiera podido sosegar, y acaso haberme ensoberbecido,

becido, haber cometido mil infamias, y ser aborrecido de todos, como suele suceder á infinitos, que siendo de una esfera ruin y baxa de nacimiento, y que por su fortuna ascienden á grados eminentes y sublimes, sin hacerse cargo de que con tanta dignidad no pueden salir del lodo en que fueron amasados, se pierden por su altivez y soberbia; y así yo estoy contento con morir pobre, y con que sepan, que jamas he usado yo de adulacion con mi Rey, antes bien siempre le he aconsejado fielmente en qualquier ocasion que me ha llamado, hablandole claramente, sin que en mí reynase pasion particular, sino siempre con la mira hácia el público, y el mejor gobierno de sus Estados: y para dar á entender en este último fin el grande amor que le tengo, le dexo en escritos estos breves documentos, los que discurro no despreciará, antes bien confio los aceptará y observará, aunque salen de la boca de un villano: son los siguientes.

Tener la balanza justa, tanto para el pobre, como para el rico.

Exâ-

Exâminar los procesos muy por menudo, antes que llegue el fallo de la sentencia.

No dar audiencia nunca á uno que esté colerico.

Hacerse bien quisto de todos sus pueblos.

Premiar siempre los hombres de mérito y eruditos.

Castigar á los verdaderos reos.

Desterrar los perversos aduladores y las lenguas maldicientes, que son los incendiarios de los palacios y cortes.

No agraviar á sus súbditos.

Proteger las viudas, patrocinar los pueblos, y defender sus causas.

Hacer que se despachen los pleytos, pues de la falta de despacho viene el dexar en cueros á los pobres litigantes; de suerte, que el que consigue, queda en camisa; y el que pierde el pleyto, sin ella.

Si todas estas insinuaciones las observáre, vivirá quieto y contento, será grande Rey para todos, y señor justo, amado y temi-

temido de sus vasallos; y con esto concluyo el testamento.

Habiendolo oido el Rey, y viendo los grandes documentos que le dexaba, sin poder contenerse, en los ojos demostraba con la ternura el gran sentimiento que tenia de una perdida tan grande, reflexionando la gran prudencia, amor y fidelidad que le habia profesado durante su vida, y aun despues de su muerte. Mandó que diesen cincuenta ducados al Notario Cerfollo, y le despachó contento. Así como Alexandro Magno conservó entre las mas queridas joyas las Iliadas de Homero, así hizo poner este Rey el testamento entre las mas ricas y preciosas piedras que tenia. Empezó despues á indagar, y hacer diligencias para buscar donde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino, juntamente con su madre, intitulada Marcolfa, mandando que saliesen á buscarlos, y los conduxesen á la Ciudad, porque queria tenerlos en su casa para memoria de Bertoldo. Envió algunos caballeros á buscarlos por los bos-

L ques

ques y montañas, advirtiendoles antes de su partida, que no diesen vuelta á la Corte, si no venian con ellos Con esta orden marcharon los caballeros, y tanto anduvieron buscando y registrando por todas aquellas sierras, que por fin los encontraron; pero lo que les sucedió se verá en el segundo Tratado. Mientras tanto, amigo Lector, á Dios.

FIN DEL TRATADO PRIMERO.

LAS RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO,

HIJO DEL SUTIL Y ASTUTO

BERTOLDO,

Y

LAS AGUDAS RESPUESTAS

DE

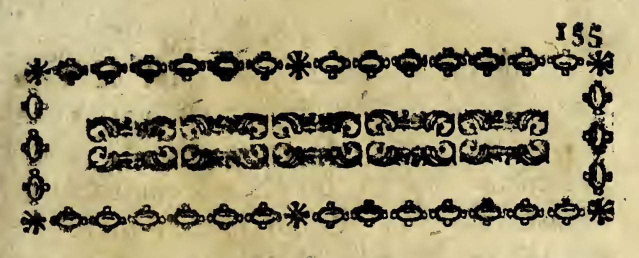
MARCOLFA,

SU MADRE:

OBRA DE TODA DIVERSION,

Y DE SUMA MORALIDAD.

NUEVAMENTE TRADUCIDA
de el Idioma Italiano al Español
por el mismo Autor.



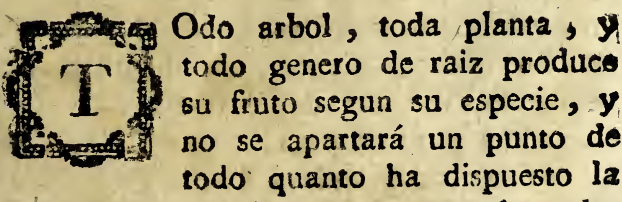
RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO.

TRATADO SEGUNDO.

INTRODUCCION.



Todo arbol, toda planta, y todo genero de raiz produce su fruto segun su especie, y no se apartará un punto de todo quanto ha dispuesto la naturaleza científica, maestra de todas las cosas; solo la planta de el hombre es la que se muda y se adultéra con el tiempo, no cumpliendo lo que su natural

tural le ha ordenado, lo qual la experiencia nos lo enseña; pues varias veces se ve, que de un padre de buena presencia nace un hijo contrahecho, monstruoso, feo y horroroso; otras veces de un hombre docto nace un ignorante, necio é incapaz de poderse limar los sentidos y potencias: me preguntarán la causa, y yo respondo, que este punto no es para que yo lo dispute, hable por mí quien lo entiende, porque yo no soy escolastico, ni erudíto para póder decidir en semejantes materias; y así, omitiendo el dar razon á la duda, voy á mi asunto, que es referirte la vida de Bertoldino, hijo de nuestro Bertoldo, tan diferente en todo de su padre, quanto hay de diferencia entre los quilates de el oro, y la baxeza del plomo; pues, como viste, Bertoldo era de grande urbanidad, su muger Marcolfa de un entendimiento elevado: pues á quien no admira, que de dos plantas tan sublimes hubiese nacido un fruto tan simple, como en adelante
ve-

-eremos? Muchas cosas se cuentan, que
se suelen tener por simplezas. Del hijo
de Migdone se dice, que solia pasar to-
do un dia á las orillas del mar, inten-
tando contar á punto fixo el número de
las ondas. De otro se escribe, que se
levantaba antes de la aurora, para ob-
servar, y ver crecer una higuera que
tenia en su jardin; pero de estas cosas
no leerás en este reducido Quaderno,
sino la vida y hechos de un simple y
barbaro idiota; pero al mismo tiempo
muy dichoso, habiendole asistido siem-
pre la fortuna muy propicia, porque
esta siempre es favorable á los tontos,
así nos lo explica Arriosto, diciendo:
Mala es la fortuna, quando á los ton-
tos no ayuda; y nada mas comunmen-
te se ve, que mostrarse contraria á los
hombres capaces y sabios, como cla-
ramente se experimenta todos los dias.
Voy, pues, ya á referir, como tengo
ofrecido, las simplicidades de un idio-
ta barbaro y rustico, aunque gracioso.
Y mientras tanto, amigo Lector, te
rue-

ruego tengas paciencia : solo te pido lo leas con reflexîon, pues si desmenuzas, cosa por cosa, estas que parecen tonterías y chufletas, ademas de la diversion del animo, yo te aseguro sacarás mucha utilidad y provecho. Dios sea contigo.



ALE-




7.

ALEGORÍA PRIMERA.

EN LAS SELVAS Y BOSQUES igualmente nacen los hombres sabios, como los fatuos; pero como á los primeros quasi siempre les faltan ocasiones de mostrar sus talentos y genio; tambien á los segundos, no obstante que estan compuestos de la misma organizacion corporea, está mal proporcionada á recibir y conservar.

EL REY ALBUYNO MANDA BUSCAR el hijo y la muger de Bertoldo.

DEspues de la muerte del gran Bertoldo como se quedó el Rey privado de un hombre de tan raro entendimiento, de cuya boca no salian mas que sentencias, y que con su prudencia habia librado á su Corte de muchos y muy extraños peligros, juzgó que le era imposible poder vivir, sin tener quien le aconsejase en sus dudas, como lo habia executado Bertoldo: acordabase de sus chistes y gracias, con los que olvidaba

sus

sus disgustos; y así andaba entre sí pensando inquirir si habia quedado alguno de su familia, contentandose con que fuese su pariente, aunque no le asistiesen todas las circunstancias que asistian á Bertoldo, pues pensaba que á lo menos tendria una apariencia de su semejanza y su genio, para tenerle mas en memoria. Estando, pues, con estas cavilaciones, acordóse que en el testamento habia hecho mencion Bertoldo de su muger, y su hijo Bertoldino, dexandole heredero universal de toda su hacienda; pero al mismo tiempo se acordó, que no habia declarado en donde, ni en que lugar habitaban; no obstante estuvo conjeturando, y juzgó, que sin duda semejantes gentes no serian habitadores de una Ciudad, sino personas rusticas, criados en alguna montaña, pues así lo daba á entender su lenguage y rustico trage. Determinó enviar algunas gentes por aquellas montañas y aldeas, para que indagasen y viesen si les podian encontrar. Hecha la determinacion, llamó á uno de sus domesticos de palacio, el qual se llamaba Herminio, y le en-

ncargó esta diligencia, mandandole que
o omitiese ni la mas leve, mirando, ob-
ervando y preguntando por todo aquel
aís, sin dexar villa, ni aldea, que no mi-
ase, hasta hallar al hijo y la muger de
Bertoldo; y hallados, los conduxese consigo
on la afabilidad y cariño posible, para
bligarles mas con este modo á que vinie-
en con gusto, expresandoles el mucho amor
que él habia tenido á su marido y su padre,
y que en pago de buena correspondencia y
de lo bien servido, que se halló de él, era
su voluntad el que viniesen sin dilacion á
gozar de su palacio, y de las amenidades,
cortejos y grandezas de su Corte.

MARCHAN LOS CRIADOS DEL REY para executar sus ordenes.

HAbiendo recibido Herminio la orden que le dió el Rey, no se detuvo un punto, y montando á caballo, en compañia de los demas caballeros, por todos los lugares iban preguntando á quantos encontraban, por si les podian dar razon de las gen-

tes

tes que buscaban, y no hallando á nadie que les diese noticia, estaban quasi desesperados, acordandose del precepto tan estrecho y riguroso, que el Rey les habia impuesto, de que no volviesen á su presencia, si no los conducian consigo. Ultimamente, despues de muchos y malos tratos que se dieron, determinaron subir por una penosa cuesta á la cumbre de la montaña, la mas aspera que habia en toda la cordillera: no era imaginable que allí pudiesen habitar gentes, siendo mas propia la situacion de animales indómitos y de fieras, que de racionales; pues no se veía otra cosa mas que peñas amenazando ruina. Estando en aquella situacion tan alta de la montaña, se arrepintieron mucho de haber subido; y volviendo las riendas á sus caballos para volver hácia atras, hallaron al baxar una llanada y una vereda, la qual guiaba á un bosque; marcharon por ella, y la hallaron bastantemente trillada de gentes y de animales: fueron mas adelante, y llegaron á la mitad del bosque, que estaba situado de la parte del septentrion, dominio de muchos y muy altos robles,

y

y de la parte del mediodia bastantemente abierto, pero circundado de grandisimas peñas; las quales servian de fortaleza á todo el sitio; en medio de el bosque habia una infeliz y pobre choza, hecha de tierra y ramas, cubierta con algunas pocas tablas: llegaron á ella, y vieron delante de la puerta sentada una muger, tan sumamente disforme, que no se puede ponderar bastantemente su fealdad: estaba con su rueca hilando, y tomando el sol. Viendo ella llegar tanta tropa de gentes, se levantó de su asiento, y se metió en su choza con gran priesa, cerrando la puerta; como se suele decir, á piedra y lodo, con gran temor, porque no estaba acostumbrada á ver gentes, y mas personages semejantes en el lugar: tomó una tranca, y por dentro de la puerta se fortificaba, temblando que fuesen algunos, que intentáran hacerla gran daño: esta era la muger de Bertoldo, la qual con su hijo Bertoldino vivia entre aquellas espesuras; siendo todo su exercicio apacentar cabras por aquellos bosques y fragosas montañas.

HER-

HERMINIO LLAMA A MARCOLFA, y la suplíca con buenos modos que le abra la puerta.

VIendo Herminio, que esta muger se habia fortificado dentro de su casa, (aunque de una puñada se podia echar la puerta al suelo) no quiso usar de ninguna hostilidad, antes bien llamandola con muchos ruegos, la suplicaba abriese la puerta, asegurandola que ellos no habian venido allí para hacerles ningun daño, antes bien habian ido por su provecho. Asomóse Marcolfa á una ventana pequeña, que tenia la choza, y les dixo.

Marc. Qué es lo que buscais por estos desiertos?

Herm. Señora, abrid la puerta, que nosotros no venimos aquí sino para haceros un beneficio muy grande.

Marc. No puede hacer beneficio á nadie, quien está fuera de su casa.

Herm. Aunque estamos fuera de nuestra casa te podemos hacer bien: venid acá fuera, que tenemos que hablaros.

Marc.

Marc. Quien desea sacarme de mi casa, mas procura matarme, que darme gusto; y así vete á la tuya, que ese sera el mayor gusto que me puedes hacer.

Herm. Decid, señora mia, teneis marido?

Marc. Quien desea saber los intereses de otros, es señal que cuida poco de sí mismo.

Herm. Esto es bueno: Yo te pregunto por favor, me digas si tienes marido ó no?

Marc. Yo le tendría, si él no hubiera comido.

Herm. Pues eso á qué proposito viene? Cómo le tendrias, si él no hubiera comido?

Marc. Si él no hubiese comido pavos, perdices, faysanes, tortolas y otros manjares delicados, contrarios á su complexîon y naturaleza, y á mí me hubiese creído, que le dixe, que no comiese mas que castañas, y las demas viandas con que se habia criado, aun viviria; pero ya está muerto.

Herm. Pues, decidme, quien era vuestro marido?

Marc. El hombre mas de bien de todo el mundo, y el mas hermoso de todos.

Herm. Y cómo era su nombre?

Marc. Ya que tanto deseas saberlo, te digo, que se llamaba Bertoldo.

Herm. De cierto era Bertoldo vuestro marido?

Marc. Sí señor.

Herm. Ay, qué buena noticia para nosotros! Y Bertoldo era el mas hermoso de todo el mundo?

Marc. Sí señor, y á mis ojos él parecia un Narciso, pues á la muger honrada la debe de gustar mas su marido, que todos los demas del mundo.

Herm. Y te amaba mucho?

Marc. Tanto me amaba, que me zelaba en extremo.

Herm. Y con razon, pues cada uno es preciso apetezca y ame su semejanza; y á la verdad tenia mucha razon para ser zeloso, porque ciertamente en vos hay partidas para ser apetecida.

Marc. Es muy cierto que la hermosura ha de estar en el rostro; pero mucho mas con-

consiste en la virtud, prendas y buenos procederes de la persona: hay hombres hermosos, los quales tienen en sí qualidades abominables, horribles y mal parecidas; como al contrario, hay otros muy feos, que no lo pueden negar á la vista, y estos tienen en sí propios ciertos dones, y tales gracias dispensadas del cielo, que por ellas se hacen amables, atractivos y graciosos á quien los trata, como se experimentaba en Bertoldo, mi querido y amado consorte.

Herm. Tienes razon; pero dime, tienes tú de él algun hijo?

Marc. Yo tengo uno, y no le tengo.

Herm. Pues cómo se puede entender tenerle y no tenerle?

Marc. Quando está en casa, puedo decir que le tengo; pero ahora, que no está, puedo decir que no le tengo.

Herm. Y adonde está ahora?

Marc. Preguntáselo á sus zapatos, que son los que andan con él.

Herm. Es cierto, que para ser muger,

criada en lo inculto de una montaña, muestras no poca agudeza.

Marc. Educóme un maestro muy sabio, bueno y capaz.

Herm. Así lo creo; pero, señora mia, dexando esto á un lado, debo deciros, que el Rey nuestro señor os llama á los dos; porque habiendo sido tan grande el cariño que siempre tuvo á Bertoldo vuestro marido, anhela y desea teneros inmediatos á su persona á vos y vuestro hijo; y así con toda seguridad podeis salir, á fin de que podamos hablar con mas comodidad.

Marc. Ya salgo ::: Aquí estoy, qué me quereis?

Herm. Ante todas cosas, qué tienes que podamos comer?

Marc. Quien desea saber lo que hay en la olla agena, da á entender que está limada la suya.

Herm. Muger, eres sumamente maliciosa, aunque discreta.

Marc. Como estos ayres son tan sutiles, los que aquí habitan no es mucho tengan

el

el entendimiento agudo; pero ya que deseas saber lo que tengo que comer, te lo diré: No se encierra en mi olla mas que unas yerbecillas silvestres, y estas sin sal.

Herm. Yerbas sin sal? Pues como las puedes comer sin sazonar?

Marc. El buen apetito es la mejor salsa de todo lo comestible, y te aseguro, que nuestra mesa es mas suntuosa y de mas provecho que la que tiene vuestro Rey; porque en estos montes silvestres la hambre es correspondiente á la digestion, el exercicio provoca á el apetito, la dieta hace la comida sabrosa, sirviendo todo de mucho nutrimento y provecho; y finalmente las aguas que aqui hay son tan dulces y sabrosas, que nunca son nocivas á nuestra complexîon.

Herm. Es cierto que se conoce en el modo con que hablais, que habeis sido discipula de Bertoldo, pues jamas echó por su boca palabra, que no fuese una sentencia; pero dime, cómo lograremos el poder ver á tu hijo?

Marc.

Marc. Abrid los ojos quando él venga, que si no sois ciegos, le vereis sin duda.

Herm. Pues mientras viene, hacednos el gusto de darnos de beber, llevandonos á vuestra bodega, pues venimos muy fatigados, tanto de andar á caballo, como de subir y baxar por estos montes, y no hemos podido hallar en tanto tiempo parte en donde poder beber.

Marc. Venid conmigo, que deseo serviros con sumo gusto.

MARCOLFA LOS LLEVA A UN manantial de agua muy cristalina, que distaba de alli muy pocos pasos.

Marc. HOnrados caballeros y señores mios, aquí teneis mi bodega, esta es la que usamos mi hijo y yo, aquí venimos todos los dias á apagar la sed con todos nuestros ganados; y supuesto que teneis sed, bebed todo lo que os diese gana, pues nuestras cubas siempre estan provistas; aunque las dexamos abiertas de noche y de dia; beba quien

qui-

quisiere, y si bebierais tres dias continuos de este licor, no hay miedo que os alterase los sentidos, ni que os viniese la gota, ni perlesía, como continuamente sucede á aquellos, que cargan en abundancia el estomago con vinos regalados y licores fuertes, sin proporcion, ni medida: estos sí, que privan del entendimiento al hombre, siendo causa de muchos accidentes y desgracias, pues quando al hombre se le calientan los cascos, facilmente se vence para executar las cosas mas ilicitas, y de poca estimacion contra su persona y de todos sus dependientes, dando que reir generalmente á todo el vulgo, y hacer llorar á todos los de su casa: esto es lo que acarrea el vicio de la embriaguez en todos los racionales, pues de lo poco se pasa á lo mas, y de lo mas á lo mucho, y de lo mucho al exceso, y de esto dimana la perdicion; pero quien bebiese de este licor estará siempre con su juicio muy cabal, y no dará que reir.

Herm.

Herm. Es cierto, que es muy noble vuestra bodega, y contexto con lo mismo que tú dices: no haya miedo que ninguno venga á espitarte las cubas; pero á lo menos no tendrás por ahí algun vaso para beber?

Marc. Aquí no tenemos barros, ni vasos, ni escudillas, y por lo general siempre bebemos con la taza que nos dió naturaleza; y para que me entiendas, esta taza son las manos, que nos sirven para beber, sin buscar mas artificio; y si tú quieres beber, no hay mas remedio que usar de la taza, que te he dicho, que verás te sirve de conveniencia, y si no te quedarás sin beber.

Herm. Tambien nosotros nos componemos, segun las ocasiones en que nos vemos; pero dime, quien es aquel que viene con unas cabras hácia este sitio?

Marc. Aquel es Bertoldino, mi hijo.

Herm Es cierto Bertoldino? Buena noticia me has dado; vén adelante, hijo mio.

BER-

BERTOLDINO SE ASOMBRA de ver tanta gente á caballo, lo que en su vida habia visto, y dice.

Bert. MAdre, qué gentes ó qué bestias son estos, que estan aquí?

Herm. Buenos habemos quedado: Este salvage á la primera salutacion nos trata de bestias.

Marc. Señal es, que no os ha conocido: vén mas adelante, hijo mio, que estos caballeros te quieren hablar.

Bert. Ay! con qué los caballeros son medio hombres y medio caballos?

Herm. Una tras de otra; con qué somos medio hombres y medio bestias?

Marc. No quiere decir eso; y lo que ha dicho solo es, porque os ve montados sobre estos caballos, siendo cosa que en su vida la ha visto en estos lugares hasta ahora, y ha creído que vosotros y el caballo, que teneis debaxo, sois una misma cosa.

Herm. Nada importa que así lo juzgue, y así hacedle que venga aquí.

Bert.

Bert. Ay! y las piernas que tienen, que á cada uno ya les he contado seis; zape, y cómo correrán!

Marc. Calla, tonto, que las quatro que tocan en el suelo, son las de los caballos, y las otras dos, que cuelgan de los lados, son las de los que estan encima montados.

Bert. Digo, no mira como estos animales se estan comiendo el hierro? Yo creo que sus tripas serán de plomo.

Herm. Sí, que las tienen de estaño. O, qué estupendo salvage! No se parece este á su padre; pues aquél era astuto y agudo, y este da muestras de ser un tonto; qué gusto podrá tener el Rey con este gran majadero? Pero no obstante, no haremos poco si podemos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente, porque es preciso que te vengas con nosotros.

Bert. Y donde me quereis llevar?

Herm. A la Corte de nuestro Rey.

Bert. Y qué tengo yo de hacer allá? Seré caballero lacayo?

Herm. Ay, ay, qué simple, qué mentecato!

Bert.

Bert. Y dime, esa Corte, que decís, es macho ó hembra; está en alto ó está en baxo?

Herm. Como tú quisieres estará: Vente con nosotros, que tú serás muy dichoso, y te espera una muy buena ventura.

Bert. De qué ropas va vestida la buena ventura, para que yo la pueda conocer quando la vea?

Herm. Va vestida de oro, plata y piedras preciosas; y tú tambien serás ricamente vestido como ella; tratarás con las señoras de mas distincion, y con los caballeros mas principales, de quienes estarás muy favorecido, reconociendote por caballero, y estimandote todos en la Corte, por estar en la mayor estimacion del Rey.

Bert. Y podré llevar mis cabras á la sala del Rey, quando yo quisiere?

Herm. Sí, sí, todo lo que tú quisieres y gustases: Y tú, señora, dinos; qual es tu nombre?

Marc. Marcolfa me llamo.

Herm. Pues, Marcolfa, si quieres venir, empieza

pieza á disponer tus cosas, quanto mas antes, para que marchemos sin detencion.

Marc. Tan facil será el que yo dexe mi choza (aunque ella sea de palos y tierra), quanto es facil el que los rusticos destierren sus malicias; y lo que deseo es, que quanto antes te vayas de aquí, porque el clima de estas montañas es muy diferente del de la Corte; y al mismo tiempo te suplíco, que no me prives de la vista de este hijo, porque si tú me le llevas, puedes creer ciertamente que no viviré quatro dias: Ademas de esto, la mayor razon es, que aunque soy madre, á quien podia engañar la pasion, conozco que el muchacho es material, rustico é ignorante; de suerte, que si le llevaseis, seria el hazme reir de la Corte; y bien sabeis, que en las Cortes no se admiten figurillas ridiculas y extravagantes, sino gentes astutas, entendidas, y que sepan la aguja de navegar, cosa que á mi y á él nos costará no poca dificultad.

Herm. No importa, que aquello que no supiere

piere se le enseñará; no faltarán maestros que le educarán, y le enterarán en las buenas costumbres; la cortesia y política: dexale que venga con nosotros, y no dificultes en nada.

Marc. Que dices tú, Bertoldino? Quieres ir ó no á la Corte?

Bert. Si vienes tú tambien, me resolveré; pero si no vienes, no quiero salir de aquí.

MARCOLFA SE DETERMINA ir á la Corte con Bertoldino.

Marc. YA yo estoy determinada á ir contigo, para que puedas por este medio lograr la fortuna que te aguarda; pero antes que yo parta, quiero encargar mi casa á una vecina, que vive de aquí muy cerca, para que de ella me cuide, hasta que vuelva, si Dios me lo permite.

Bert. Y á quien dexaré mis cabras?

Marc. A ella tambien se las entregarás.

Bert. No, no, que me las quiero llevar delante de mi.

Marc.

Marc. No es necesario que lleves ni las cabras, ni los machos; pues allá bastantes hay.

Bert. Y hay allá tambien padres de vacas?

Herm. Sí, y en mayor numero que aqui: Vamonos, que es lo que mas nos importa.

Bert. Ya estoy determinado á dexarlas, ya que por allá dices que no faltan otras: Ea, pues, madre mia, reciba mis cabras la vecina, y despachemonos luego.

Marc. Sin tardar dispondré todo lo preciso, para que al punto marchemos.

Marcolfa pasó luego á la casa de su vecina á encargarla el cuidado de su casa, hasta la vuelta; y luego cogiendo un poco de estopa, quatro husos y un par de zapatos viejos, tomó la gata y una gallina que tenia, y enfaldando en las sayas lo que pudo, marcharon con los caballeros hácia la Corte, los que queriendo poner á caballo á Bertoldino, no pudieron lograr hacerle abrir las piernas, y tomaron á mejor partido el ponerle atravesado encima de la silla, como si fuera un fardo ó tercio de peso. Puestos

to-

todos á caballo, y marchando á buen paso, dexaron ir á Marcolfa á pie, por darla gusto. Arribaron á la Ciudad, y llegando la noticia al Rey, les salió al encuentro con la mayor parte de su Corte; y viendo un bulto atravesado en un caballo, se empezó á reir, y despues le dice á Herminio.

Rey. Qué envoltorio ó qué talego es ese que traes á caballo?

Herm. Señor, este que ves es Bertoldino, hijo de Bertoldo, al qual le habemos hallado entre unos montes en un lugar tan sumamente intransitable y silvestre, que aun para lobos es pais inaccesible: tambien pongo en vuestra noticia, que viene su madre con él, y discurro no tardará mucho en llegar, porque camina á un buen paso de andadura, sin haberla podido vencer á que viniese á caballo.

Rey. Pues cómo no viene montado á caballo?

Herm. Porque no ha sido posible; pues con los mayores esfuerzos, que hemos hecho para montarlo en la silla, nunca ha querido abrir las piernas, y nos hemos visto

visto precisados á traerle de este modo atravesado. Yo juzgo, señor, que hubiera hecho mejor V. Mag. en dexarle en su rincon; porque ademas de ser muy puerco, es tan tonto, que con facilidad se le hará creer, que los borricos vuelan: tan necio es, que se le puso en la cabeza, que habia de traer sus cabras á la Corte; y qué no nos ha costado sacarle de sus gazpachos y migas! Pues estaba lo bastante tenaz en no querer salir de su choza.

Rey. Todo eso se puede dar por bien empleado: baxadle del caballo, y no le hagais mal, sea con tiento, pues como no está acostumbrado, es muy natural que le haya hecho novedad el haber venido á caballo: No se puede negar, al ver su rara figura, el que es hijo de Bertoldo. Y cómo ha dicho que se llama?

Herm. Su nombre es Bertoldino, y aquella que viene es su madre, quien dice, que se llama Marcolfa; y aseguro á V. Mag. que es muger perspicaz y tan aguda, que es para maravillarse el hombre mas enten-

entendido, lo que no tiene es pedazo de atún, que en eso es al reves del padre y de la madre, que lo engendraron.

SALUDA MARCOLFA AL REY.

Marc. SErenisimo Señor, el cielo te salve, mantenga tus Estados, y te aumente cada hora en mayor grandeza.

Rey. Y á tí te conceda quanto puedes desear. Marcolfa, vienes cansada?

Marc. Si no hubiera caminado, estaria mas cansada.

Rey. Qué es lo que dices? Si no hubieras caminado estarias mas cansada? Explícate, pues como hablas equivocamente, no es posible entenderte.

Marc. Me explicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior (como yo hago) nunca se cansa: Aquel que no sirve con buena voluntad se cansa, aunque vaya poco á poco; la causa es, porque ya tiene cansado el pensamiento y la voluntad antes que se ponga en camino.

Rey. Señal veridica es la que me das de que

has sido muger de mi apasionado Bertoldo; pues apenas has llegado, quando has dicho una gravisima sentencia. Ea, pues, haced vosotros que luego al punto se les disponga alojamiento, y se les vista ricamente, segun el uso de la Corte, y despues conducidlos para que los vea la Reyna.

Marc. Solo, Serenisimo Señor, espero que me concedais una gracia.

Rey. Di lo que quieres, que lo haré muy gustoso y muy contento.

Marc. Pues, señor, se reduce mi súplica á que no nos hagais quitar nuestros trapos, á los quales estamos tan acostumbrados, que si nos despojan de ellos, nos sucederá lo que al arbol, á quien se le desnuda de su antigua corteza, que no solamente no produce mas fruto, sino que al mismo tiempo luego al instante se seca. Si tú, señor, nos adornas de telas ricas de oro y plata, infundirá en nosotros una grande vanidad; y viendonos con tanta gala, es preciso se engañe el mundo, creyendo que somos personas de

de grande clase y distincion; de que se seguirá, ademas de esto, que nos olvidaremos inmediatamente de nuestra baxa esfera; y reynará en nuestras pasiones una soberbia grande, acompañada de todos los demas vicios, que siguen á esta; y nos haremos aborrecibles de todos, y al último vendrian á parar todas nuestras vanidades en quedarnos hechos escarnio de todos. Señor, la gente villana, puesta en zancos, es muy mala: no se puede hallar gente mas indómita; no se halla en su sabiduria otra cosa que malicias; y como vulgarmente se suele decir, todo su estudio ha sido solo la gramatica parda; y por experiencia se ve, que hallándose en lo alto de la fortuna, no se saben sostener, y se precipitan con sus propias ignorancias; y así no nos mandes desnudar, pues si nosotros dexamos nuestros vestidos, puede ser que nos suceda lo que llevo referido: al contrario será; teniendolos á la vista, cada instante meditaremos en nuestra pobreza, nos conservaremos humildes,
 con-

contemplando que nacimos para servir, y no para ser servidos.

Rey. Sentencias muy grandes y dignas de reflexîon has pronunciado; y muestras muy claramente la sinceridad de tu animo: conozco que el cielo te ha adornado de sus gracias; pero no me instes sobre eso, que quiero andes adornada de ricos vestidos, y que seas servida como mereces.

Marc. Señor, te suplíco que me escuches una gustosa burla, que aunque bien conozco que no viene ahora muy al caso, me la contó mi marido Bertoldo, de feliz memoria, una de las noches largas de invierno.

Rey. Cuentala, que la escucharé con gusto.

Marc. Me dixo pues, que habia oido contar á su abuelo, que habiendo pasado en una ocasion por las tierras de Trapisonda, en donde se suelen desembarcar las patas de las anguilas ahumadas, habia allí un asno muy grande: viendo este un dia ciertos caballos de regalo, con sus sillas guarnecidas de oro y plata,

los

los frenos con rosetas y broches dorados, gualdrapas y tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza, que tambien á él se le debia guarnecer en la misma forma, y alegaba sus razones, diciendo: Que aquello no se hacia por la nobleza del caballo, pues tambien habia nacido para servir, y habia sido destinado como las demas bestias del mundo; y que si era por antigüedad, no cedia él á ninguna otra qualesquiera bestia en lo antiguo. A semejantes razones el amo le respondió de esta suerte: Asno mio, no conoces que lo que dices es un grande desatino? Has de saber, que quando se criaron las bestias, á cada una se le atribuyó su oficio; v. g. El buey se crió para la carreta, el gato para coger ratones, el caballo para la silla, y el asno (que eres tú) para los palos y la carga: no ascenderás á mas, aunque tuvieses todo el oro del mundo, siempre serás conocido por asno; y aunque mucho te adornases, como tienes las orejas tan largas, nunca podrias ocultar

tu

tu figura de asno, dedicada para sufrir la carga y el palo. A estos cargos respondió el asno: Si las orejas han de descubrir que soy burro, presto se puede poner el remedio; y es, hacermelas cortar á la medida de las que tienen los caballos, verás como entonces yo pareceré como ellos, y despues que me halle sano de las heridas, poniendome la gualdrapa y los demas atavíos, no habrá ninguno que me conozca por asno; así haced que venga luego el herrador, y que quanto antes me corte las orejas. El amo por complacerle se las hizo cortar: aplicarónsele los conducentes remedios para curarle; y despues que estaba bueno, le hizo ricas guarniciones, de la misma forma que á los caballos: como era tan grande, todos creían fuese un caballo de regalo, y anduvo de esta suerte muchos dias sin ser conocido; pero como la naturaleza vence siempre, el infeliz animal vió pasar una burra por la calle, é inmediatamente, abandonando la compañia de los caballos, echó á

cor-

correr tras de la burra, con tan lamentables y fuertes rebuzos, que no habia persona que lo pudiese detener; tiró al suelo la silla y gualdrapa, rompió el freno, cometiendo otros mil males, y como se quedó sin los ricos aparejos, descubrió al punto que era un borrico vil y baxo de nacimiento; con que todos los que le habian tenido en el buen concepto de caballo, en los rebuznos y otras gracias, muy propias solo de un asno, reconocieron su engaño: Por último, le cogieron, y le llevaron á la caballeriza, en donde, despues de una buena tunda de palos, le volvieron á su primer oficio de llevar cargas, que es para lo que nació solamente.

Serenisimo Rey mio, este exemplo puede servir para nosotros: Si nos haces adornar con ricos vestidos, y que nos acompañemos con las personas principales de la Corte, todos nos honrarán y tendrán en buena opinion mientras estemos callando; pero en oyendonos ha-

hablar, nos tendraán por dos majaderos, rusticos, villanos y tontos, y todo lo que al principio tengamos de aprecio y estimacion, despues parará en hacer chanza y mofa de nosotros, cuyo chasco es forzoso que lo sientas; con que mas vale que nos dexes con nuestros pobres vestidos: y ya que tu voluntad es el vestirnos, manda que los hagan sin que tengan oro, ni seda, pues para nosotros no son buenos vestidos los sobresalientes, y mucho menos para este hijazo, que Dios me dió, tan desproporcionado y feo, tan ridículo y monstruoso.

Rey. Me has contado una fabula sentenciosa y exemplar, y confieso tienes razon en no asentir á mi intento: conozco me has convencido con las justas razones, que tan bien ha sabido ponderar tu grande entendimiento: quien te oyere, yo aseguro que no te tenga en concepto de muger ordinaria; pues aunque los vestidos y la vil corteza que te cubren lo demuestra, es muy al contrario de lo

que

que por fuera se mira ; y no te aflijas, aunque Bertoldino alguna vez haga ó hable alguna cosa, que parezca impertinente ; porque bien sé, que será menester perdonarle por inocente, escusarle por ser fatuo, y solamente acostumbrado á tratar con gente de su jaez ; pero con todo eso, tratando y comunicando con los cortesanos, aprenderá poco á poco el modo, la atencion y cortesía : así se le irá limando el entendimiento ; y quando se halle mas capaz, yo dispondré se le enseñen algunas habilidades : Ea, Herminio, llevalos á descansar á su quarto, procura que les hagan los vestidos del paño mas fino que se encontráre, y que nada les falte de todo lo necesario : despues que hayan descansado, los llevarás para que los vea la Reyna, quien los está esperando muy ansiosa.

Herm. Serás, señor, prontamente obedecido. Vamonos, Marcolfa, y trae contigo á tu hijo.

Bert. A donde nos quieres llevar?

Herm.

Herm. No tengas miedo: venid, que os llevo al quarto mismo de tu padre.

Bert. Mi padre está debaxo de tierra, y yo creo que tú nos quieres sepultar con él: Ay! madre mia, volvamonos á nuestra casa.

Marc. Salvage, no dice eso, sino que vamos á los quartos mismos donde se alojaba tu padre, quando vivia.

Bert. Con qué segun eso mi padre tenia posada!

Marc. Si, eso dudas?

Bert. Es que como oí que ibamos donde alojaba mi padre, pensé que habia sido posadero.

Marc. Quiere decir donde habitaba. Ay desdichada de mí, y qué bien lo dixe yo, que aquí me habia de volver loca con este bestia! Pluguiera al cielo, que me hubiera quedado en mi casa.

Herm. Vamos, vén conmigo, y no te dé pena alguna.

Herminio los llevó á un quarto muy ricamente adornado de tapicerías, cortinages de tisu, y dos camas con la colgadura de

bro-

brocado de oro, los cielos de realce, piramides y remates adornados con flexo correspondiente, colchas de seda con bordados muy suntuosos, y otras diferentes alhajas de exquisito y grande valor: hizo venir despues al Sastre para vestirlos con la decencia que el Rey habia mandado: hicieronles sus vestidos con la mayor brevedad, y al otro dia vino el Sastre para probar á Bertoldino su vestido, y al tiempo de ajustarle el jubon, se le tiró un poco hácia arriba, tropezandole en la garganta; y como estaba acostumbrado á llevar vestidos anchos, viendo lo que el Sastre le apretaba, comprehendió su ignorancia que le queria ahogar; y empezando á gritar con voces descompuestas, decia.

Bert. No sé por qué motivo el Rey me ha mandado ahorcar!

Sast. Qué es lo que dices de ahorcar? Qué es lo que hablas?

Bert. Pues no eres tú el verdugo?

Sast. No soy verdugo, que soy el Sastre del Rey.

Bert. Y tú le has ahorcado á él alguna vez?

Sast.

Sast. Cómo quieres que yo le ahorque, siendo mi Señor y mi Rey?

Bert. Pues por qué tú me ahorcas á mi, si no le has ahorcado jamas á él?

Sast. Cómo ó quando yo te ahorco? Qué es lo que hago para ahorcarte?

Bert. Es que tanto me estrechas la garganta, que no puedo respirar.

Sast. No adviertes que es el vestido, que debe de ser así cerrado, estrecho y ajustado á la garganta, y por esto te parece que te ahogo.

Bert. Mira, si tú me aprietas un poco mas, no lo he de poder sufrir, pues ya siento que del estomago me va subiendo á la garganta unas puches, que comí poco tiempo ha: mira, mira que suben sin poderlo remediar.

PROVOCA BERTOLDINO EN LA CARA del Sastre las puches, y muy enfadado dice.

Sast. HAbrá mas fiero animal! Mal torozon te dé Dios, puerco de todos los diablos! Mira bien como me has

has puesto la cara; puede darse semejante porquería? No rebentáras. Amen.

Bert. No te avisé que yo no podia mas; por qué me apretabas tanto? Dexame con mis vestidos viejos y holgados, que yo no quiero que me encaxes por fuerza en ese saco apretado.

Sast. En fin el villano, ó en ciudad ó en villa, siempre dará á conocer la muestra del paño, y por mas que se haga, nunca sacarán á la rana de estar entre el lodo: toma tus vestidos, y vistete á tu gusto, porque para tí el ponerte estos vestidos, es lo mismo que poner la silla á un cerdo.

El Sastre con el hocico emplastado de las puches se fue gruñendo á su casa, por la indecencia de tan grande majadero, se lavó muy bien, y despues se fue al Rey, á quien hizo relacion de todo lo que le habia sucedido: oyendo semejante cosa el Rey, reventaba de risa, considerando la inocencia de uno, y la formalidad del otro: dió orden para que viniese otro Sastre, el qual le hizo

otro vestido mas ancho, como él queria, y á Marcolfa al mismo tiempo la hizo una zamarra de paño fino; y despues que estaban vestidos los llevaron á que los viese la Reyna, quien mirando aquellas dos caras tan ridiculas y contrahecas, no pudo contener la risa: viendo Marcolfa esta mofa, despues de haberla hecho la cortesia á su estilo aldeano, la dixo de este modo.

FABULAS QUE CUENTA MARCOLFA á la Reyna contra los tontos, que quieren establecerse en la Corte.

Marc. SErenisima Reyna, una vez oí contar á una cierta vieja, allá arriba en mi montaña, en tiempo que los grajos hablaban como nosotros, lo que os voy á referir: Decia esta buena vieja, la que tendria como cosa de sus ciento y veinte años, que á estos animales siempre les ha gustado el vivir sobre los campanarios, como se ve en nuestros tiempos; determinaronse una vez á subir á la torre de Babilonia, desde cuya emi-

nencia

nencia empezaron á notar todos los sucesos del mundo: desde allí observaban como unos engañaban á otros; conocian á todos los arbitristas mentirosos, los amos desconocidos, los criados poco fieles, las criadas inobedientes, las madres nada modestas, los padres disolutos, los hijos viciosos, las viudas escandalosas, los cortesanos vanos, los valídos aduladores y lisonjeros, los bufones descarados, los jueces injustos, las rameras falsas, los terceros malvados; en fin veían todo el mundo revuelto y enredado, notando desde allí los hechos de cada uno; advertian referirse unos á otros el modo, que tenian para vivir, engañando al proximo; veían llegaba á tal extremo la desconfianza de los unos y los otros, que ya nadie se fiaba aun de sí mismo: todos los negocios andaban de mala fe, y cada cosa siempre peor; vieron los hombres públicos muchos de sus delitos ocultos. Descubrieron que estos paxaros eran los que los habian publicado, citaronlos delante

lance de la Reyna de los paxaros, acusandoles del delito enorme de su gran curiosidad, y de haber descubierto los vicios de unos, y las malas costumbres de otros, y que por su causa el mundo se hallaba notablemente infamado. La Reyna, oyendo tan bien fundadas quejas, llamó á los grajos; reprehendióles agriamente, y baxo la grave pena de ser con agua hirviendo peladas sus cabezas, les privó que hablasen lo que habian visto desde la torre: los grajos desde entonces, con el precepto que se les puso de que no hablasen, callan, y solo van continuamente gritando *cras, cras, cras*, que quiere decir *mañana, mañana, mañana*; y es, que de dia en dia estan esperando que se les conceda la facultad de poder hablar: si se les da libertad, ellos dirán muchas cosas, que ahora oculta la malicia solapada; pero al mismo tiempo, que contandome esta fabula la buena vieja me tenia embelesada, me contó otra, que yo referiré, si gustas de eso, y me das permiso: una y otra juz-

go

go que son á proposito de nuestro intento.

FABULA DE LAS ARDILLAS *y ratones de los higos secos.*

Marc. Dixeron, pues, estos paxaros, que en aquel tiempo, que los caracoles tenian pellejos, se hallaron en la Ciudad de las Sanguijuelas algunos ratones, que hacian mercancia de higos secos, y estos tenian provista la Ciudad y los lugares comarcanos: llegaron despues algunos Mercaderes de las Indias con un crecido número de nueces de especia, trayendolas con el fin de cambiarlas con otra cantidad igual de higos secos: hallandose un dia cansados del largo viage, se pusieron á descansar debaxo de una encina, que estaba en medio de un verde prado, en donde se quedaron dormidos, apretados del demasiado sueño y cansancio: mientras dormian llegó una manada de jabalies, y acercandose á los sacos, los rompieron á

hocicadas, y se comieron las nueces; pero bien pagaron la pena, pues como estaban acostumbrados á la bellota, luego que las hubieron comido, se les movió tal inquietud en el vientre, que no solo las vomitaron, sino que todas las tripas echaban al mismo tiempo. Despertaron los Mercaderes, y hallando los sacos rotos, y su mercancía comida, quedaron sumamente afligidos, mas no por esto quisieron dexar de proseguir su viage, y caminando mas adelante, hallaron unos pellejos de ardillas, y los destinaron para regalar al Rey de las Tencas fritas, y pasando por la Ciudad donde estaba, le hicieron el regalo, el que apreció mucho, remunerandoles con un gran presente, que fue una buena porcion de criadillas de tierra: con este regalo pasaron á la Ciudad de las Sanguijuelas, en donde vieron, que por falta de segadores se vieron obligadas ellas mismas á segar aquel año los campos: allí tuvieron forma de hacer negocio, y cambiaron las criadillas por higos secos, y aun

les

les dieron ademas una partida de hongos salados : embarcaronse, y llegaron al puerto de las Lagartijas, y abordaron en pocos dias en otro, que se llamaba el puerto de los Escarabajos; hallandose bastantemente cansados y molestados de la mar, se resolvieron desembarcar y descansar en aquella Ciudad algunos dias: hicieron llevar los barriles á la Aduana, y pagaron su entrada, como es costumbre. Los Mercaderes se fiaron de los que estaban en la Aduana, de los que fueron vendidos, porque quando los escarabajos vieron los barriles de los higos, idearon un chasco pesado, y de hecho lo executaron, y fue el de vaciar los higos, y llenar los barriles de excremento de los bueyes. Volvieron á componer los barriles, dieronles sus pasaportes, y se marcharon, y en pocos dias llegaron á su pais. Luego que los vieron, acudió la mayor parte de la Ciudad á darles el parabien de haber vuelto á su patria con felicidad. Deseaban ver todas las mercancias que habian conducido,

do, y les instaron que abriesen algun barril: acudió tanta multitud de gentes, y era tanta la confusion de los que querian comprar higos, que quasi estaban sitiados, y se hallaron en peligro de ser ahogados; al fin, como pudieron, abrieron los barriles, y en lugar de hallar higos, encontraron con las tortas excrementicias de buey; quedandose tan sumamente confusos, que no sabian que responder, ni decir, al mirarse tan burlados; resultando de esto, que fue tal el alboroto que se levantó de palmadas, silvidos y risotadas, que los pobres estuvieron quasi para ahorcarse de verguenza, y corridos y avergonzados se escaparon de la plaza: volvieronse á su aldéa, en donde habian nacido, y cayendo en una gran melancolia, por caso tan impensado, se murieron desesperados en pocos dias, sin poder tener consuelo.

Esta fabula me contó, señora, la vieja, y viene pintada á nuestro intento. El Rey nos mandó buscar, y nos sa-

cō de nuestro centro, que son las montañas y selvas, creyendo sin duda que nosotros seriamos domesticables, aptos y muy á proposito para vivir en la Corte, y cada dia estoy temiendo le suceda lo que á los pobres Mercaderes, teniendo muchos sonrojos, viendo que hacen todos mofa de la mercancia conducida, pues en lugar de barriles de higos dulces y sabrosos, se descubren otros de mercancia asquerosa, como lo somos nosotros, quienes imagino que en poco tiempo enfadaremos á todo el mundo, como ya por la experiencia lo hemos empezado á ver; siendo la causa las grandes ignorancias y tontadas de Bertoldino, que cada dia caminan mas en aumento; con que mejor hubiera hecho el Rey en dexarnos pacificos en nuestra casa, que habernos hecho venir á ser mofa de palacio; pero ya que su voluntad es esta, así sea, que yo estoy pronta para obedecer con todo rendimiento su gusto.

LA

LA REYNA SE MARAVILLA de la eloqüencia de Marcolfa.

Reyn. QUerida Marcolfa, no pudiera creer (si no te hubiera oido) tu grande eloqüencia, y los exemplos tan adequados que has traido al intento. No puedo creer que hayas nacido en una desierta montaña, donde todo es rustiquez: tu cultura, eloqüencia, retorica y culto modo de hablar, no pueden ser hijos de los montes y desiertos, sino de alguna populosa Ciudad, donde sin duda debiste de nacer y criarte, tratando con hombres doctos, y empleada en leer curiosos libros; y si tu marido, mientras vivió en esta Corte, la hizo maravillar con las sutíles astucias y doctas sentencias, que á cada paso le salian de su boca; tú no solo haces maravillar, sino que confundes á los ingenios mas grandes que te oyen en mi Corte; y para señal de mi amor y cariño que te tengo, toma este anillo, pon-

tele

tele en el dedo, y traele en señal de lo mucho que te estimo.

Marc. Una muger viuda no debe llevar otro anillo en el dedo, mas que aquel que la pusieron quando la desposaron con su marido: á mí solo me basta saber que puedo agradarte.

Reyn. Pues qué te podré yo dar, que ser pueda de tu gusto?

Marc. Tú nada tienes que poderme dar á mí, pues mas necesitas de un todo que yo.

Reyn. Yo nada he menester, pues como Reyna de toda la Italia me hallo con tantos tesoros y riquezas, que en la tierra no cedo á nadie en grandeza.

Marc. Ah! Tantas cosas te faltan, señora, que:::

Reyn. Qué me falta? Deseo que me lo digas.

Marc. No he de salir de esta Corte, ó no he de ser yo quien soy, si no te hago confesar que necesitas de muchas cosas; y como á la necesidad se sigue la pobreza, has de confesar que eres mas pobre que yo.

Reyn. Quando tú me desengañes, y me hagas

gas ver lo que dices, diré que eres la muger mayor de todo el mundo. Llevadla vosotros á su quarto para que descanse; y tú, Bertoldino, vendrás á menudo á visitarme.

Bert. Qué quiere decir visitar?

Reyn. Quiere decir que vengas á verme todos los dias.

Bert. Pues acaso soy yo algun mendrugo?

Marc. No lo dixe yo, señora? No veis este majadero como interpreta vuestro soberano mandato?

Reyn. No importa, que en las Cortes no hacen novedad estas ignorancias, y si no hubiera de todas especies de hombres dentro de ellas, no serian divertidas: ea, véte á dormir y descansar, Marcolfa, y lleva contigo á tu hijo.

CONVERSACION DE BERTOLDINO y la madre dentro de su quarto.

HAbiendolos acompañado á su quarto, que estaba maravillosamente compuesto, y habiendoles surtido de todo lo ne-

necesario, trabaron los dos conversacion, diciendo Bertoldino á su madre.

Bert. Madre mia, yo he oido decir, que la Reyna quiere estar sobre todas las demas mugeres, y seria muy bien hecho que quanto mas antes nos volvieramos á nuestra casa; porque si ella se pone encima de tí, te ha de hacer echar las tripas por la boca, porque es mas gorda, que la vaca que tenemos en nuestra casa: vamonos de aquí, porque si no verás como te hace reventar.

Marc. Mira, tonto, que quando se dice que la Reyna es sobre todas las mugeres, no es lo que tú entiendes de subirse encima de ellas, sino que como señora y dueña absoluta de todas, es mayor que todas, y como tal debe ser venerada y reverenciada de justicia.

Bert. Sí, sí. Ya lo verás, si ella se sube encima de tí, si te da gana de reir ó de llorar.

Marc. Calla, babieca, que no sé á quien te pareces, pues no puedo creer que de un hombre de tan elevado ingenio, como era

era el de tu padre, haya salido un zaquete semejante!

Bert. Y pregunto, quien nació primero, yo ó mi padre?

Marc. Valgame Dios! Qué mamalúco tan grande! Cómo quieres tú haber nacido primero que tu padre? Ay pobre de mi! Qué yo haya venido á la Corte con este gran pollino!

Bert. Dime, madre mia, al Rey se le da el tratamiento de maestro ó de señor?

Marc. Yo discurro, que aquel que tú le des será muy bueno, pues de qualquiera suerte que tú hables, siempre te explicarás peor. Pero no obstante, si tú quieres que no se rian de tí, te aconsejo que no abras jamas la boca.

Bert. Y si se me ofrece bostezar?

Marc. Ea, pues, abrela quando quisieres, que de qualquier suerte la Corte ya te ha conocido por un simplon, dando que reir á todos; y lo peor es, que siempre te sucederá lo mismo, pues tus bestiadas irán prosiguiendo á mas.

Bert.

Bert. Con qué las Cortes se rien? Y donde tienen la boca?

Marc. Calla, que viene gente, y me parece que el Rey viene entrando á nuestro quarto.

Bert. Y qué nos quiere á nosotros ese señor?

Marc. Calla, cierra la boca, y no digas nada ahora.

Bert. Ya la cierro, mirame bien como la tengo cerrada.

Marc. Sí, sí. Tenla bien cerrada, hasta que yo diga que hables.

EL REY CEDE A BERTOLDINO
y á su madre una posesion, que tenia fuera de las murallas de la Ciudad, para su recreo.

TOdo el tiempo que estuvieron hablando Bertoldino y su madre, el Rey les estuvo escuchando con grandisimo gusto y regocijo, ya por ver la inocencia de Bertoldino, y ya por la agudeza y talento grande de Marcolfa: llamóles el Rey, y les conduxo en su coche fuera de la Ciudad á

una

una casa de campo, en la que habia hermosos jardines, fuentes, bosques, y viñas, y un bellisimo estanque de peces, con otros varios recreos; y estando allí, habló á Marcolfa de esta suerte.

Rey. Conociendo yo, y haciendome el cargo que estás acostumbrada á tu libertad, y sirviendote solo de recreo el vivir en el campo, no dudo que te servirá de carcel estar dentro de la Ciudad; y así me ha parecido conveniente el que te diviertas en esta casa de campo, desfrutes de la hacienda que hay en ella, y goces de sus recreos, por lo qual te hago donacion de todo lo que en sí encierra; pero te advierto, que ha de ser con la obligacion de que Bertoldino me venga á ver á mi palacio, á lo menos una vez cada dia: Ea, entrad dentro, y hallareis la casa compuesta de todo lo necesario, y si faltáre alguna cosa, haré que luego se os trayga, y provea de todo quanto pidiereis.

Marc. Yo te doy millones de gracias, y agradezco, señor, tu magnanimidad generosa;

rosa; yo conozco que no tengo ningun merito para tanta honra, siendo yo, señor, una muger criada en rusticos pañales, nacida en paises silvestres: no hallo en mi persona circunstancia para habitar en unos sitios reales como estos: me convendria mejor, segun mi clase, vivir en los montuosos llanos de fieras, entre cuevas y peñascos, donde no habitan, ni la riqueza, ni la cortesia: mirad que á mi no me conviene tanta grandeza, ni á este bestia, el qual yo no sé si es de madera ó de yeso; pues es tan ignorante y necio, que no sirve de nada en este mundo, sino de hacer reir á todo el vulgo. Yo, señor, vivo aqui avergonzada y corrida de ver que sirve de irrision á todos; y cada dia mas pasmada de que de una agua tan clara y dulce haya salido un pescado tan amargo; de un padre, digo, tan entendido y sentencioso como Bertoldo, haya salido un hijo tan rudo y simple, de quien es tanta su ignorancia, que pregunta quando se levanta de la cama, qué

qual

qual es lo primero que se ha de poner en el suelo, si los pies ó la cabeza? Que es á quanto puede llegar la ignorancia.

Rey. Es verdad esto, Bertoldino? No respondes? Por qué tienes cerrada la boca?

Marc. Es que le he puesto precepto de que la tenga cerrada.

Rey. Y por qué?

Marc. Porque me ha preguntado la mayor necedad, que se pueda oir, y es, qué tratamiento se le da á vuestra real persona? y yo le he dicho, que de qualquier modo siempre hablará bien, como no abra la boca.

Rey. Yo discurria que hubiese dicho otro desatino mayor; y así no es razon privarle de el habla que Dios le dió, antes bien me caen en gusto estos genios, naturalmente inocentes de nacimiento, y no aquellos que se hacen tontos con artificio: Ea, Bertoldino, habla, que yo te doy licencia: qué dices? Abre la boca.

Bert. Si mi madre no quiere, y dice que yo la tenga cerrada.

Marc.

Marc. Habla, pues, que ya te doy licencia; pero mira lo que dices, reflexîona que estás delante del Rey.

Bert. Yo quisiera que se fuese de aquí quanto antes.

Marc. Ah, picaro ingrato! Son esas palabras decentes para decirlas á nuestro dueño y señor, despues que nos ha hecho tantos y tan grandes beneficios? Por qué quieres tú que se vaya?

Bert. Porque mientras está aquí, no puedo irme á merendar.

Marc. Admirable cortesía! Te parece, necio, que es buen modo de usar de tan villana descortesía? Señor, V. Mag. no haga caso de ese necio: yo os doy las gracias duplicadas por tanto bien como nos haceis, que no soy ingrata como ese bruto, que desea que os vayais de aqui, con el fin solo de saciar su apetito desordenado.

Rey. Tiene muchisima razon en lo que ha dicho, y ahora digo que no es tan tonto como le hacen: ya me voy, quedate

date en paz, y no te se olvide de venirme á ver todos los dias: haslo entendido?

Bert. Sí, señor maestro; pero pregunto, qual es el dia mas grande, el de la ciudad ó el de la villa?

Rey. Tan grande es el uno como el otro: ea, cuidado, no se te olvide lo que te digo.

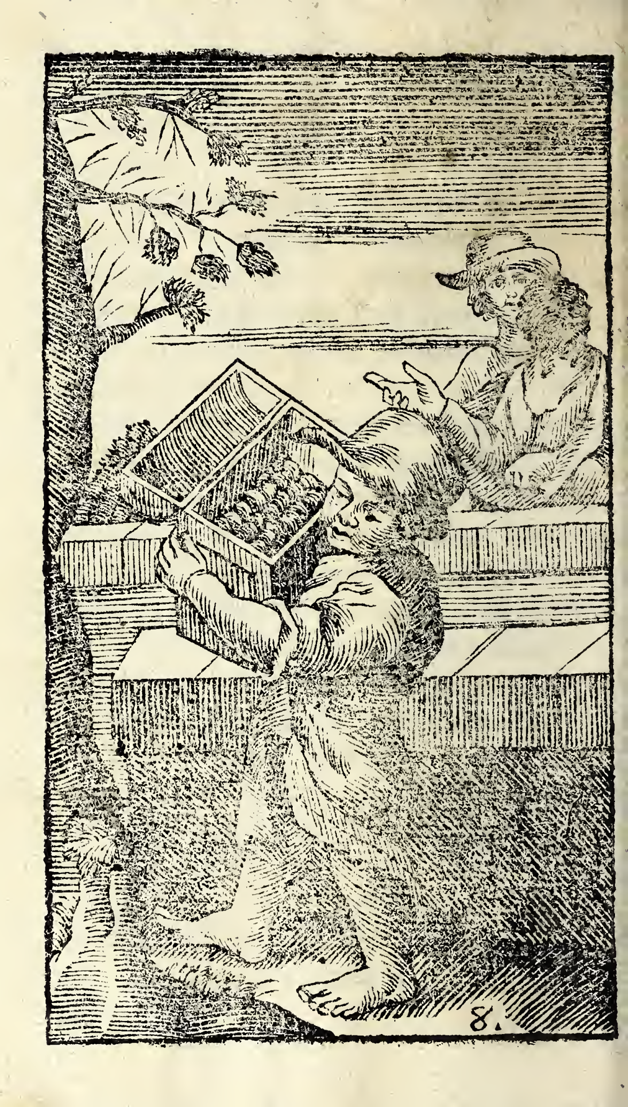
Marc. Ya escampa, y á cantaros llovia; miren, qué discreta pregunta! Valgame Dios, qué jumento! Señor, no faltaré yo á enviarle todos los dias por complacer vuestro gusto.

Rey. Tén cuidado de Bertoldino, Marcolfa; y á Dios, hasta la primera vista.

Marc. El cielo te dé buen viage, señor, y todo lo que dssea mi gratitud.

ALE-




8.

ALEGORÍA SEGUNDA.

LOS DISCURSOS DE LOS HOMBRES sabios dan sumo placer y fruto; y al contrario los ignorantes, que nos divierten exteriormente; pero de ninguna utilidad, y siempre suele ser muy peligroso el acostumbrarse con ellos mucho tiempo; ó porque corresponden ingratos á los beneficios, ó bien porque los disipan inutilmente.

RIDICULA SIMPLEZA de Bertoldino con las ranas que estaban en el estanque.

LUego que se fué el Rey, quedaron Marcolfa y Bertoldino hechos dueños propietarios de la casa de recreo, en fuerza de la cesion que el Rey les hizo: estaba adornada la casa de todo lo necesario para vivir en ella con las conveniencias, que pudiesen desearse, y entre los recreos deliciosos de los jardines habia un estanque, que contenia gran diversidad de pesca; pero entre

ella,

ella, como es natural, se criaban ranas: Sucedió, que un dia que Bertoldino estaba asomado en el borde de el estanque, divirtiendose mirando los peces, que corrian y saltaban en el agua, reparó que al mismo tiempo nadaban y cantaban muy recio un gran número de ranas; y como el modo de su canto es tan particular, que parece que dicen *quatro, quatro*, Bertoldino creyendo que le decian que el Rey no le habia dado mas que quatro escudos (habiendole dado mil), fuese corriendo á casa muy enfadado, y tomó el cofrecillo, en donde estaban los escudos con que el Rey le habia regalado; los llevó al estanque, y tomando puñados de ellos, los tiró hácia donde las ranas cantaban, diciendolas al mismo tiempo: *Tomad, animales de Barrabás, contad el dinero, y vereis si son mas de quatro*; pero como con todo esto las ranas no callaban, antes bien redoblaban mas su grito, tomando mas puñados, que la vez primera, decia: *Tomad, canallas, y vereis como el Rey nos ha dado aun mas de mil escudos*: Continuó con los puñados, y acabó con el dineso; pero no bastan-

bastando aun todo esto para aquietar su canto, se llenó de ira, y con grande enfado tiró al agua el cofrecillo de los escudos; y diciendolas muchos oprobrios, se volvió á casa tan colérico, que parecia un tigre furioso.

DESPUES DE LA LOCURA, *que habia executado, su madre le preguntó de este modo.*

Marc. QUé traes, Bertoldino, que vienes tan sufocado?

Bert. Estoy colérico con las ranas del estanque.

Marc. Pues por qué? Te han hecho algun daño?

Bert. Ellas lo saben muy bien.

Marc. Te han interrumpido con su gritería el sueño?

Bert. Mucho peor es lo que me ha sucedido.

Marc. Pues qué te han hecho? Acaba, dilo.

Bert. No te acuerdas que el Rey nos ha regalado

galado con un cofrecito lleno de escudos?

Marc. Sí, me acuerdo; pero por qué dices eso?

Bert. Pues has de saber, que dieron en decir aquellas malditas bestias, que no nos habia dado mas que quatro, y yo oyendo una mentira tan grande, para que se desengañáran, las eché un buen puñado pero con todo esto proseguian en decir *quatro, quatro*: echéles el segundo puñado, y siguiendo con su tema, me ví precisado á arrojarselos todos, y no obstante siempre metian mas algazára sin salir de sus quatro: viendo yo la obstinacion de semejante canalla, me encolericé, y les tiré tambien el cofrecillo, para que de este modo contasen la cantidad, y quedasen desengañadas de la porcion que el Rey nos ha dado; la qual ahora ellas volverán á poner todo en el cofre, é iré yo allá para que me lo entreguen, y lo volveré á traer á casa con todo el dinero dentro, pues son gentes muy seguras, y no faltará un escudo;

Ma-

Madre mia, qué dices de esto? No he obrado como hombre de bien, para desengañar aquellas bestias?

Marc. Con qué has arrojado los escudos en el estanque?

Bert. Si ellas decian que no eran más que quatro, he hecho muy bien en desengañarlas de que son mas de quatro, y aun de quatro cientos los escudos.

Marc. Ah pobre de mi! Ah desdichada Marcolfa! Salvage, loco, incapaz, no sé como no te ahogo entre mis uñas! Qué dirá el Rey quando tenga noticia de semejante locura? Es natural que se irrite, y nos despida por tu culpa, gran bestia: Si en sabiendolo te echase á una galera, seria bien merecido: Qué loco en su mayor manía pudiera hacer locura tan desatinada!

Bert. Su Maestranza diga lo que quisiere, él tiene la culpa, tuviera él enseñadas sus ranas á que supiesen los escudos que él regalaba: y lo peor de todo ha de ser, que si prosiguen ellas en gritar, me enfadarán de tal suerte, que las tiraré todos

dos quantos trastos y muebles halláre en casa ; yo espero que lo verás, como prosigan en marearme la cabeza, pues de este modo yo las enseñaré á que no hagan mofa de mí; y cuidado conmigo, que soy yo mas bestia que todas ellas.

Marc. En tu vida has dicho mayor verdad; y si cabe, eres mayor bestia que todas las bestias juntas.

Bert. Venid conmigo, y oiréis su maldita obstinacion, pues ahora hacen mas ruido : quiero ir allá, y echar sobre ellas toda esta casa.

Marc. Ay pobre de mi! A donde vas?

Bert. Pues haced que se estén quietas, y que callen; porque si no::::

Marc. Aquietate tú, que yo haré que los pescadores con cierto bocadito las cojan, y así no te darán mas enfado : esperame aquí en casa, que quiero ir á la Ciudad para ver si los encuentro : yo haré que las cojan todas, ya que has dado en ese tema : no te apartes de casa, para que no nos roben lo que hay en ella.

BER-

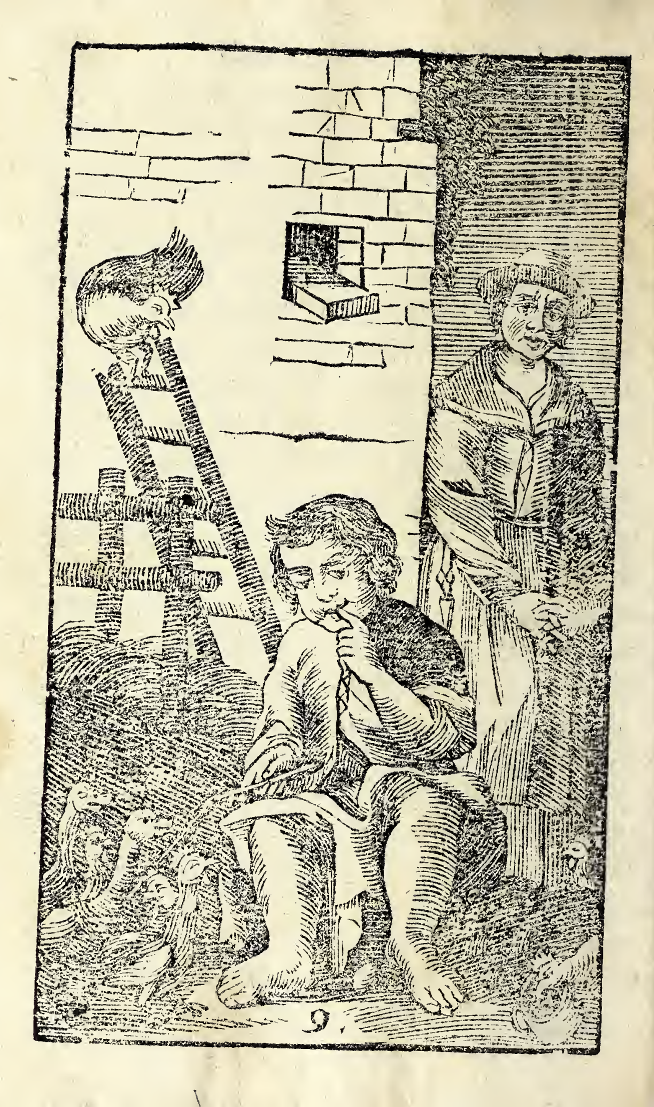
BERTOLDINO HIZO PEDAZOS todo el pan que babia en casa, y lo arrojó en el estanque.

DEspues que se fue Marcolfa, hizo Bertoldino otro desatino, y por mejor decir, otros dos aun mayores, que el primero. Habiendo oido decir á su madre, que las ranas se cogian con un bocado, imaginó que á fuerza de bocaditos de pan lo conseguiria antes que volviese su madre: oyó que cantaban de la misma forma, y no pudiendose contener de lo encolerizado que estaba, fuese adonde estaba el pan, lo partió todo en bocados, y llenó un saco de mendrugos: fuese al estanque, y todo lo echó dentro de golpe: al caer en el agua, todas las ranas se baxaron al hondo, y los peces se subieron arriba con el cebillo del pan; pero como eran los peces muchos, tropezaban los unos con los otros, de suerte que parecía que tenian una batalla muy sangrienta entre ellos. En fin, en muy poco tiempo die-

dieron fin al socorro de los mendrugos: viendo Bertoldino que se habian comidó el pan, y que las ranas no las podia coger, pensó vengarse en quitar la vista á los peces, porque se habian comido todo el pan: fuese á casa muy rabioso, cargó con un saco de harina, con el fin de echarsela en los ojos, y segun fuesen subiendo arriba cegarlos: traxo el saco, y con una pala iba echando harina sobre los peces, creyendo el pobre inocente, que con este arbitrio los dexaria todos ciegos; pero como ellos estaban debaxo del agua, no les ofendia, ya se ve, semejante industria. Con este disparate echó en el estanque todo el saco de la harina; volvióse á casa muy contento y satisfecho de qué habia tomado venganza por sus manos, dexando los peces ciegos.

ALE-




9

ALEGORÍA TERCERA.

LOS HOMBRES INSIPIDOS Y BUFONES, musicos y farsantes reducen á algunos locos á un tan grande y deplorable estado, que despues aunque caven y fomenten lo poco que les ha quedado, quedan hechos á lo último una tortilla: La prudencia ó el juicio, tarde ó nunca se recupera, sino con solo un dón puro particular del cielo, que se le conceda para remediarse.

BERTOLDINO SE METE DENTRO de un ceston, en donde habia una gallina clueca, y en lugar de ella se sienta él sobre los huevos.

HAbiendo hecho Bertoldino la bobada referida, volvió á casa, y reparó que en un rincon habia una gallina clueca en un ceston, empollando unos huevos, fuese á ella, quitóla de encima de ellos, y él se encaxó dentro de la cesta, poniendose en accion de empollarlos; pero lo mis-

mismo fue sentarse sobre los huevos, que romperlos todos, y la lastima fue que estaban ya quasi para empezar á nacer los pollitos: Estandose metido en la cesta, llegó Marcolfa, quien no habia ido á la Ciudad á buscar los pescadores, como le habia dicho al salir, sino que con este motivo fue á ver á la Reyna, y á darla un rato de diversion y de gusto, que le tenia muy grande cada vez que veía á Marcolfa; llegó á casa, y llamó á la puerta, pero no la respondia; volvió segunda vez á llamar, y lo mismo; golpeó tercera vez, y llamandole por su nombre, empezó á dar voces, diciendo.

Marc. Bertoldino, Bertoldino, vén, hijo, y abreme la puerta.

Bert. Yo no puedo ir á abrirte.

Marc. Por qué no puedes venir? Qué haces?

Bert. Estoy metido en la cesta de la clueca.

Marc. Y qué haces dentro del cesto?

Bert. Estoy sacando los pollitos.

Marc. Tú sacar pollos? Ay desdichada de mi! que habrá quebrado todos los huevos. Ea, vén, abre la puerta.

Bert.

Bert. Ya he dicho que no puedo ir, porque empiezan á nacer ahora, y siento ya que uno me está picando en las posaderas.

Marc. Hay muger mas infeliz! qué haré yo con este bruto! O nunca yo hubiera venido aquí con este tonto! Bertoldino, Bertoldino, abreme.

Bert. Madre, poquito á poco, que la clueca me está mirando, y no quiere apartarse del cesto.

Marc. Vén, hijo mio, y abreme la puerta.

Bert. Espera un poco, que ya voy.

Salió Bertoldino de la cesta, y abrió á su madre, la qual como lo vió tan pringado por detras de las claras y las yemas de los huevos, que habia roto, muy indignada empezó á gritar, diciendo.

Marc. Ah picaro, traydor, infame, qué has hecho?

Bert. Qué tienes? De qué te alborotas?

Marc. Grandisimo bestia, qué quieres que tenga? No ves qué buena hacienda que has hecho? Puerco, mira como estás pringado! ahora voy corriendo á pedir

al

al Rey licencia, para que me dexe volver á la montaña, pues con los desatinos y brutalidades tuyas no es posible poder vivir mas entre gentes; ahora conozco la prudencia de que usó tu padre, en no querer revelar á nadie que tenia hijos, pues bien previsto tenia, que tú no le servirias mas que de sonrojo y verguenza. Qué bestia hubiera hecho tal desatino, como romper los huevos, y ahogar los pollos, que empezaban á nacer? Fuera de eso, mirate bien, qué limpio estás. Qué dirá el Rey quando te llame y te pregunte por qué estás tan poco limpio y tan indecente? Y qué responderás tú á eso?

Bert. Diréle que yo he hecho una tortilla en mis asentaderas.

Marc. O! Qué respuesta tan decente, muy propia de tu grande discrecion! Ea, quitate al punto esas medias, ponte otras, y vamos á comer, que es preciso ir los dos á la Ciudad.

Bert. Y qué has de comer, si en casa no hay un bocado de pan?

Marc.

Marc. Cómo, qué no hay pan? No dexé yo mucho de sobra al salir?

Bert. Es verdad.

Marc. Pues á donde lo has eehado?

Bert. No me dixiste que las ranas se cogian con un bocado?

Marc. Sí dixe; y qué quieres decir con eso?

Bert. Pues en esa inteligencia todo el pan, que habia en casa, lo he echado en el estanque en bocados, para poder coger las ranas; pero los malditos peces acudieron luego al pan, y se lo comieron todo, de suerte que no han dexado á las ranas el mas pequeño bocado: pero no te dé cuidado, que despues les he hecho una burla; que has de reir mucho con ella: empieza á reir, ríete con Barrabás.

Marc. Qué yo me ria! Ah, infame, buena cosa has hecho pasa hacerme reir: mas seguro es el que con tus tonterias me hagas llorar: Veamos qué burla ó qué chasco les has pegado? Dilo, que bien discurro será otra locura mayor, que la antecedente.

Bert. No sabes qae habia un costal de harina en casa?

Marc. Sí, ya lo sé; que será esta segunda locura?

Bert. Pues como yo estaba tan enfadado con los peces, por ver que se habian comido el pan de las ranas, tomé el saco de harina, y todo se lo he tirado á los ojos.

Marc. Y para qué has hecho eso?

Bert. Con animo de cegarlos, y yo discurro que muchos habrán cegado, y no verán mas luz en su vida, pues á paladas les tiraba la harina sobre los ojos.

Marc. Valgame Dios, qué locura! Oxalá yo te hubiera ahogado al tiempo que te parí! O Bertoldo mio! Si tú vieras esto, qué dirias? Tú que eres un manantial de sentencias, qué harias al oir tales y tan extravagantes simplezas! Ea, vamos, disponte para ir á la Ciudad, porque el Rey te quiere ver.

Bert. Y por qué no viene él acá, si tiene gusto de verme?

Marc. Sí por cierto, mas razon era que el Rey

Rey te viniese á ver á ti: La merced, que me has de hacer, es callar, cerrar la boca, y no la abras, hasta que vuelvas á casa, y no sea como otras veces, que no obstante el habertelo mandado, no me has obedecido.

Bert. Y si el Rey me pregunta alguna cosa, si no puedo abrir la boca, cómo quieres que le responda?

Marc. Calla tú, y dexa eso á mi cuidado, que yo hablaré por los dos.

Bert. Pues ya la cierro, mira si está bien cerrada.

Marc. Así la has de tener, y no la abras, hasta que yo te lo mande, sino quieres pagarlo bien, quando volvamos á casa.

Despues de todos estos debates, Marcolfa y Bertoldino se fueron á la Ciudad, y luego que les llegó á ver el Rey, les hizo muchas demostraciones de cariño: preguntó á Bertoldino como estaba; pero él, con su boca cerrada, no respondia: Entonces el Rey se volvió á Marcolfa, y la dixo.

Rey. Por qué no responde á lo que yo le pregunto? Ha perdido acaso el habla? ó le ha dado algun accidente, que le impida poder hablar?

Marc. Mejor hubiera sido, señor, que hubiera nacido mudo, que de esa suerte no hablara tan enormes desatinos, ni hiciera tales locuras, como las que ahora acaba de executar, mientras yo me salí fuera de casa.

Rey. Qué es lo que ha hecho? Se ha meado acaso en la cama?

Marc. Señor, es mucho peor.

Rey. Se le ha movido ó afloxado el vientre?

Marc. Mil veces peor.

Rey. Pues qué cosa peor puede haber hecho? No sé que cosas sean mas sucias y mas indecentes que estas.

Marc. Señor, quando te lo diga, yo sé que te has de enfadar, y con muy justa razon; y asi te vuelvo á decir, que hubiera sido mejor que nos hubieras dexado en nuestras montañas, y no conducirnos aquí, donde sean conocidas de todo el mundo las tontadas de este necio.

Rey.

Rey. Pues qué ha hecho este pobre, que segun lo ponderas, das á entender ha cometido algun delito gravisimo? Dilo presto, y no te aflijas; que aunque sea el mas grave y mas enorme, que se pueda cometer, yo le perdono al instante.

Marcolfa contó al Rey todo lo que habia sucedido con Bertoldino, lo de los escudos, y el pan arrojado en el estanque á las ranas, y la harina á los peces; y por último la sacadura de los pollos, con todos los demas desatinos que habia executado. El Rey, en lugar de reprehenderle, empezó á reir de tal forma, que se vió obligado, por no poder mas, á echarse sobre la cama, hasta mucho tiempo despues, que se levantó como pudo; aunque disimulando la risa, y vuelto á Marcolfa, la dixo.

Rey. Son estas las culpas tan graves, que me querias decir? Yo imaginaba que fuese cosa de mas entidad; antes ha hecho muy bien en enseñar á las ranas como han de hablar: no te aflijas, que no te faltará dinero, ni pan, ni cosa de todo quanto hubieres menester.

Marc.

Marc. Señor, ya que á tí te gusta y te complaces de todo lo sucedido, por lo que á mí toca, no hablaré ya mas palabra: yo, viendo que este ignorante no tiene aquel respeto y comedimiento á V. Mag. debido, le he puesto precepto de que no abra la boca, hasta la vuelta de casa, porque tiemblo no prorumpa en tonterias indignas de tu presencia.

Rey. Pues yo nuevamente le doy licencia para que abra la boca, y que hable quanto quisiere; llevale al quarto de la Reyna, para que tenga un rato de gusto, y se divierta con su inocencia: Y tú, Bertoldino, aunque haya delante damas y señores, habla como quisieres con toda libertad y lo que te parezca, sin miedo, reparo, ni sujecion.

BERTOLDINO ARMA UNA QUIMERA con una de las doncellas de la Reyna, que se llamaba Librada.

ENtraron Marcolfa y Bertoldino en el quarto de la Reyna, la qual les recibió

bió con mucho agrado, haciendoles muchas expresiones de cariño; y como el Rey habia dicho á Bertoldido que hablase con libertad, interpretó este término con el nombre de una de las doncellas de la Reyna, que se llamaba Librada; hallabase esta presente quando él entró, y en lugar de llamarla por su nombre, empezó á saludarla con los mayores disparates y desverguenzas, que su corto entendimiento le dictaba; y con términos muy rusticos, y en extremo chavacanos, la dixo.

Bert. Libertada, quanto darias tú por ser bien apaleada?

Libr. Y por qué habia yo de ser apaleada? Los palos se emplean mejor en los burros como tú.

Bert. Yo seria burro, si tú fueras mi muger, pues hablando con verdad, tu presencia es solo de burra vieja.

Libr. Si me quito una chinela, te la he de tirar á la cara, villano, puerco, grosero y desatento con las mugeres; quien te ha dado libertad para ser tan descortes con una muger de mis circunstan-

cias

cias y de mi esfera? Véte á tu aldea, villano, á guardar cabras monteses, que es mas propio para tí, que el trater con racionales.

Bert. Yo no espero ver mejor cabra que tú, pues te pareces á ellas hasta en el rumiar, quando se comen la sal.

Libr. Guardate de mí, insolente, que si te cojo, te he de romper ese hocico de lechon.

Bert. Si tú me rompes los hocicos, yo tambien he de aplanarte con mi zapato esa nariz de lechuza.

Reyn. Calla, Bertoldino, y dime, quien te ha mandado que digas semejantes picardias á mi doncella?

Bert. El Rey me lo mandó; y si no preguntaselo á mi madre, que ella dirá como es cierto.

Reyn. Es cierto esto, Marcolfa?

Marc. Serenisima Señora, yo varias veces tengo hechas mis protestas, he dicho al Rey que este muchacho no conviene dentro de la Corte, y que puede ser perjudicial en alguna ocasion; y ya tiene

ne enfadados á muchos; pues no todos se hacen el cargo, ni reflexîonan el que está fatuo: yo, porque no dixese algun desatino delante del Rey, le puse precepto de que tuviese la boca cerrada, hasta que volviese á casa; pero no solo le ha dado licencia vuestro esposo para que hable, sino que permitió que hablase como le pareciera y con toda libertad; y como este bruto todo lo entiende como suena, y al reves; habiendo oido llamar vuestra doncella con el nombre de Librada, ha pensado el gran salvage, que el Rey le habia dicho que la dixese lo que se le viniese á la boca: este es el motivo de haberla tratado con la descortesía que has visto.

EL REY REGALA SEGUNDA VEZ á Bertoldino con cincuenta escudos.

QUando la Reyna oyó semejante tontería echó á reir de tal forma, que no habia modo de poder contener la risa: llegó el Rey en este punto, y preguntó el motivo,

tivo, dieronle noticia de todo lo sucedido: renovóse la risa en el Rey, y despues que se aquietó, le hizo regalar (qué fortuna en un villano indiscreto!) con cincuenta escudos de oro, y se volviese á su casa; pero antes que se despidiese, la Reyna le dió una buena reprehension, diciendole: Que en adelante no se desvergonzara mas con sus damas, que mirase muy bien lo que hacia, si no queria, como descortes y desatento, experimentar un riguroso castigo: que se agarrase de la modestia, que esa era en la Corte la mejor prenda. Bertoldino, callando á todo, correspondió con una gran cortesia al uso de la montaña, prometiendo á la Reyna hacer lo que le mandaba, y así se partieron á su casería.

BERTOLDINO POR LAS PALABRAS que la Reyna le dixo, se agarra á los guardapieses de la muger del Hortelano, que se llamaba Modestia.

HAbiendo llegado á su casería, como Bertoldino llevaba en la memoria lo

que

que la Reyna le habia dicho, y prometido el executarlo, comprehendió al reves, segun su rudo entendimiento, y fue, que se encontró con la muger del Hortelano, que se llamaba Modestia: él creyó que le habian dicho que aquella era la modestia, y sin decir nada se tiró á ella, sujetandola de los guardapieses de tal suerte, que la llevaba tras de sí, dandole muchos tirones, con tal fuerza, como quando un lobo tira de una pobre oveja: era tal el esfuerzo y la inquietud con que la traía, que quasi la tiró las faldas sobre la cabeza: viendose arrastrar de ese loco (que así es bien que se le trate), empezó á gritar de tal forma, que llegandola á oir su marido, acudió prontamente con un buen palo en la mano, y viendo que arrastraban á su muger de aquel modo, iba á tirarle el garrote á la cabeza; mas por respeto de lo que el Rey le queria, dexó de hacer en sus costillas lo que merecia; pero agarrandole, aunque con harto trabajo, se la quitó de las manos, y despues le dixo así.

Hort. Bestia, incapaz, quien te ha enseñado

do á usar con las mugeres una accion tan rustica y tan villana como esta?

Bert. La Reyna.

Hort. La Reyna! Qué mal ha hecho á la Reyna mi muger, para mandarla arrastrar de esta suerte?

Bert. Vé tú á preguntarselo, que ella te lo dirá; despachate luego, y vuelve.

Hort. Ya voy con deseo de averiguar esta infamia.

Bert. Anda, vé y vuelve presto, para que yo pueda aprender cortesía, pues tambien me dixo la Reyna que la estudiase.

MARCHA EL HORTELANO á la Ciudad, para verificar si la Reyna era el motivo de la accion de Bertoldino.

DEspues de todo lo acaecido, sin detenerse, marchó el Hortelano (ciego de colera y rabia), y se echó á los pies de la Reyna, refiriendole el caso sucedido, y al mismo tiempo la rogaba le dixese, si habia sido su voluntad el que Bertoldino

co-

cometiese tal infamia, como la que habia executado de llevar arrastrando á su muger publicamente, levantandola los vestidos sobre la cabeza, con otras muchas indecencias, dignas de callarse: la Reyna le respondió, que tal cosa no le habia mandado, antes bien le habia predicado, á fin de que aprendiese el modo y la cortesía de que habia de usar para vivir en la Corte, y que tuviese siempre presente la buena correspondencia, para lo qual le seria muy util el abrazarse con la modestia, pues este seria el camino verdadero para que todo el mundo le tuviese en buen concepto; pero yo, ni le he dicho, ni le he mandado, ni me ha pasado por el pensamiento, que se agarre con tu muger, ni se abraze con otra qualquiera de la Ciudad.

Hort. Ay, señora, que mi muger se llama Modestia!

Reyn. Modestia se llama tu muger?

Hort. Sí señora.

Reyn. Ya comprehendo bien lo que es, lo mismo que sucedió con mi Camarera Librada ha hecho con tu muger, él lo ha

ha interpretado al contrario; pues le dixo el Rey que hablase con libertad, y pensó el majadero tener licencia para desvergonzarse con ella; de tal suerte, qus ha sido menester valerse de la fuerza para apartarle de ella.

Hort. Esto ha sido mayor bestialidad, y siento que el nombre de mi muger haya sido la causa de tal desorden en este idiota: bien me hice cargo, que una señora de vuestras prendas, y de prudencia tan grande no habia de haber mandado una accion tan indecente; y así, si me dais vuestra licencia, me volveré al punto á casa, pues estoy con alguna inquietud, no sea el diablo que haga algo peor aquel bestia que lo pasado.

Reyn. Véte, y di á Marcolfa que venga á verme quanto antes, que tengo precision de hablar con ella.

Hort. Señora, voy al punto para obedecer tus ordenes.

Marchó el Hortelano á su casa, y encerró á su muger en un quarto, temiendo que cometiese

metiese alguna otra picardía aquel salvage: le aplacaron su enojo, y se aquietó el alboroto, sin haber sucedido daño alguno. El Hortelano avisó á Marcolfa, para que fuese á ver á la Reyna, encargandola fuese quanto mas antes pudiese: ella, sin perder tiempo, se fue á la Corte, y se presentó delante de la Reyna, haciendola su cortesía muy humilde y obsequiosa: la Reyna la recibió con cariño; y haciendola sentar junto á sí, con sumo amor y apacible rostro, la dixo.

Reyn. Querida Marcoifa, yo tengo precision de tu persona, y necesito de tí: en tanto grado, que no lo creo haya jamas habido menester de ninguna otra persona de este mundo, como te necesito yo ahora.

Marc. El haber de menester, nace de la necesidad; la necesidad, viene de la pobreza; y la pobreza, viene de aquello que se carece: y habiendome tú menester, vienes á ser mas pobre que yo; pues no teniendo yo necesidad de tí ni de tu riqueza, claramente te he probado,

do, que por grande y poderoso que sea uno, siempre ha de menester á otro.

Reyn. Es verdad; y con una razon tan concluyente me lo has probado, que te aseguro, que nunca mas me alabaré que soy tan feliz, que no tenga en este mundo de nadie necesidad; pues como tú dices, ahora que te he menester, vengo á ser mas pobre que tú, que no me has menester á mi: pero dexemos por ahora este discurso, y vamos á lo que mas me importa, y es, el que me ayudes en una cosa mia de bastante importancia.

Marc. Como sea cosa que pertenezca y sea decente á tu persona, aquí me tienes pronta para servirte.

Reyn. Si no fuera decente y correspondiente, no te hubiera hecho venir con tanta instancia. Has de saber que esta noche pasada la tuvimos divertida, con una gran musica, cantando y baylando, con grande alegria y regocijo, y al último se determinó hacer un juego entre todas las damas y caballeros, en que el que perdia pagaba una prenda; y para

ra rescatarlas, se mandaban varias penitencias: á unos se les hacia representar: á otros se les mandaba, que echasen una decima de repente: á otros, que dixesen versos heroycos: y á otros, que escribiesen cartas amorosas; en suma, á unos una cosa, y á otros otra, segun el parecer de aquel que tenia las prendas: y habiendome tambien á mi tocado pagar una prenda, he dado una sortija con un diamante, y me han dado un enigma, para que le explique esta noche, y mientras que no lo acierte, no me volverán mi prenda; el enigma es este: *No tengo agua, y bebó agua; y sí yo tuviera agua, beberia vino.* Siendo tan dificil, despues de haberme quebrado la cabeza mucho tiempo, no lo he podido adivinar; y quanto mas pienso en ello, mucho menos acierto, y mi diamante corre peligro, si no descifro lo que significa la pregunta. Esta es la precision que tengo de tu persona: sé muy bien que Dios te dió un ingenio agudo y sutil, y me acuerdo, que me dixistes en una ocasion

lo que queria decir este misterioso enigma, pero á mi no se me acuerda la explicacion; y así en este lance es menester que recorras la memoria, para que yo pueda acertar, y cobrar así mi prenda.

Marc. Si no es mas que esto, por mi cuenta queda el que quedeis con lucimiento; esta es cosa que la saben los pastores en mi montaña.

Reyn. Cómo es posible? Y la tengo yo por una cosa tan dificultosa!

Marc. Yo te la descifraré al instante.

Reyn. Me será de sumo gusto.

Marc. El enigma se descifra, diciendo: Que es el Molinero, el qual se halla en un molino de aquellos que no tienen agua bastante para moler; este, como no muele, no puede ganar para poder comprar vino, y así le es preciso beber agua por necesidad, porque si tuviera agua para moler, entonces tendria dinero para comprar vino, y no le seria preciso beber agua. Esta es la explicacion del enigma; estais ya enterada de ella?

Reyn. Ya quedo hecha cargo; y verdaderamente

ramente

ramente conozco, que esta es su interpretacion, la que yo nunca hubiera adivinado; y ahora estoy asegurada de que cobraré mi prenda: y así sigamos en hablar de otra materia, para divertirme en mi melancolía, pues con tu conversacion me olvido de ella.

Marc. Mala cosa es quando el rio sale de madre; pero mucho peor quando estan de mal humor el hombre y la muger poderosa.

Reyn Pues por qué?

Marc. Porque el rio espanta solamente á los campos que estan vecinos á él; pero el hombre poderoso, que se halla con mal humor, espanta á todos sus estados, y atemoriza á sus subditos.

Reyn. Es verdad; pero eso seria quando el humor procediese de algun extraño pensamiento, ó de alguna vaga imaginacion, ó de haber recibido algun ultraje, con deseos de aspirar á la venganza, ó por deseo de alguna empresa, y no poderla lograr; pero mi humor no procede de ninguna de estas cosas, ni tam-

poco te puedo decir qual sea el motivo de este mal humor que me aflige.

Marc. Quien tiene humor, no tiene sabor.

Reyn. No te entiendo.

Marc. Hablaré de manera que me entiendas: El agua por qué se dice que es húmeda?

Reyn. Porque es un humor que moja, humedece y ablanda por donde pasa.

Marc. Dices bien; pero quando se bebe, qué sabor dexa en la boca?

Reyn. Ninguno, porque es insípida.

Marc. Pues ved ahí claramente porque aquel que está de mal humor no tiene sabor alguno, porque no da gusto á aquel que le comunica, y suele causar enfado á todos los que le tratan; aunque es verdad que hay humores diferentes, alegres, melancolicos, pacificos, gustosos, enfadosos, falsos, ligeros, simples y tontos, como se ve patentemente en mi hijo Bertoldino, el qual, por ser tan gran bestia, tiene entre todos los tontos el primer lugar su simpleza.

Reyn.

Reyn. No me admira á mi el que sea tonto, lo que mas me maravilla es, que haya salido de unos padres tan agudos un hijo tan falto de juicio.

Marc. Ya sabeis, señora, que quando las mugeres estamos embarazadas se nos antojan cosas muy extrañas, y ha sucedido el antojarsele á una el comer sesos de liebre y mollejas de mosquitos, de suerte que unas desean cosas muy faciles, y otras las mas dificiles y extrañas, segun á su imaginacion se les previene; y hay mugeres tan antojadizas, que apetecen quanto ven: quiero, pues, explicarte lo que á mi me sucedió, quando me hallaba embarazada de este zangano, se me antojaron los sesos de una anade, y como el antojo fue nacido de mi aprehension y delirio en la cabeza, este la ha sacado igual á la del mosquito, con unos sesos de anade, que es uno de los animales mas tontos, que Dios crió en este mundo; siendo tan privado de instinto, que por la noche no sabe, ni halla su cama ó nido, en que

que acostumbra á dormir : este es el motivo y causa de que sea Bertoldino tan necio, siendo tan agudo su padre, y yo no tan tonta como él.

Reyn. Marcolfa, es preciso tener paciencia, que otros hay que son peores que él, y yo no veo que haga cosas tan insufribles, que no se puedan tolerar: basta por ahora: véte, y dale de merendar, que ya discurro será hora para él.

Marc. Voyme á mi casa al momento: yo creo, que quando llegue hallaré alguna cosa de nuevo.

Reyn. Anda, véte muy enhorabuena, y te encargo que me vengas á ver mas á menudo.



ALE-




10.

ALEGORÍA QUARTA.

UN GENIO RUSTICO Y VILLANO trata indistintamente á las libres, como á las viciosas, virtuosas y modestas: La ignorancia va siempre unida de la presuncion y espanto, y muchas veces seguida con la confusion y de la verguenza, por lo qual el hombre de juicio se sirve de otros vicios para dar mas brillo á su sabiduria, y ganar ó conquistar mas honor, y ser alabado.

BERTOLDINO VUELA con las grullas.

INterin que la Reyna estaba hablando con Marcolfa, Bertoldino se habia ido á casa, y entrando en el corral, vió volar una infinidad de grullas, y al punto imaginó que las podria coger con grande facilidad; pues habia reparado que baxaban al suelo á beber en una artesa, que habia para el uso del ganado: discurrió va-

varios arbitrios, y no halló otro mas fácil, que el de ver como las habia de emborrachar, como de hecho asi lo executó: fuese á la bodega, y tomó un barril de vino muy especial, con que el Rey habia regalado á su madre, y cargando con él, lo echó dentro de la artesa: despues se escondió en un rincon para ver beber las grullas, y qué efecto les causaba: apenas lo executó, quando baxaron todas al olor de tan buen vino: cercaron toda la artesa, empezaron á gustar de una tan dulce bebida: tanto bebieron, que llegaron de tal suerte á emborracharse, que cayeron todas, unas por un lado, y otras por otro; de modo, que parecia al que las veía, que todas se habian quedado muertas: viendo Bertoldino tal espectaculo, fue corriendo con grande alegria, y una por una las fue cogiendo, y poniendolas al rededor de el cinto ó ceñidor que tenia, llevandolas todas ensartadas por los pescuezos: determinó salir asi á recibir á su madre quando viniese, creyendo haber ganado un gran trofeo; luego que vió á lo lejos á su madre,

dre, saltaba de alegria y gritaba, diciendo: Mira las grullas, mira las grullas. Sucedió la fatalidad, que con su inquietud tan continua, y el haber pasado algun tiempo, habiendo las grullas digerido el vino, empezaron á sentir la opresion del cinto; y viendose oprimidas con mortales y terribles angustias, empezaron á sacudir las alas, esforzandose para ver si podian escaparse de aquel lazo: de tal suerte apretaron los vuelos, que como eran muchas, no pudo resistir con su fuerza á la de las grullas, y consiguieron levantarle en alto, llevandoselo hasta una muy distante altura. Venia de la Ciudad á su casa Marcolfa, y reparó que Bertoldino andaba levantandose en el ayre, y no sabiendo el motivo de una cosa tan extraña, toda trémula, confusa y afanada, empezó á gritar, diciendo.

Marc. Ay pobre de mi, qué es lo que veo! Ha, Bertoldino, qué es lo que te ha sucedido? Dimelo. Adonde vas?

Bert. Voy á cenar con las grullas: sosiegate, que yo volveré muy presto.

Marc.

Marc. Desdichada de mi! Bertoldino? Bertoldino?

Bert. Ya no soy Bertoldino, que soy grulla.

Marc. Ay de mi, que las grullas se llevan á mi hijo! Dios sabe si le volveré á ver mas; vén, muerte, y acaba conmigo, que no quiero estar mas en este mundo; vén, y con esto me quitarás tantos disgustos como paso.



ALE-





11.

ALEGORÍA QUINTA.

TODO AQUEL QUE DESEA ensalzarse con plumas y con el sudor de otros, ordinariamente fabrica su precipicio, y da compasion á los hombres capaces y juiciosos, que de antemano ya lo tienen previsto; y á otros les causa gusto sus propios males, que le acaecen; y por no privarse de esta loca delicia, se encierran y fian de los medios de la razon, esperando que se les serán subministrados para librarse de todo riesgo.

VUELVEN LAS GRULLAS EL VUELO hácia el sitio donde habian bebido: rompese el cinto á Bertoldino, y cae en el estanque.

MIentras Marcolfa se quejaba de su desdicha, las grullas habian levantado ya á Bertoldino á una altura muy bastante: volvieron el vuelo hácia el sitio donde habian bebido, y casualmente sucedió la desgracia, de que atravesando por encima de un estanque de agua, en donde habia bastante pesca, se rompió el cinto con que ellas estaban sujetas,

tas, y el pobre, á imitacion de el infeliz Icaro, cayó de cabeza, con las piernas hácia arriba, dando con todo su cuerpo un terrible golpe dentro del agua; de tal suerte, que con el estruendo toda la pesca se salió á la orilla; pero como la fortuna está guardada solo para los tontos, despues de haberse zambullido muchas veces en el agua, salió fuera sin lesion alguna; llegó Marcolfa en este tiempo, y viendole hecho una sopa de agua, le preguntó lo sucedido, diciendo.

Marc. Pobrecito mio, dime, cómo te llevaban por el ayre las grullas?

Bert. Las emborraché con aquel barril de vino, que nos envió el Rey de regalo.

Marc. Ay desdichada de mi! Qué has hecho, majadero, infame, tonto?

Bert. No hice mas que vaciarlo dentro de la artesa de el ganado, baxaron las grullas al olorcillo, y se lo bebieron todo: despues que estaban embriagadas cayeron en el suelo como muertas: yo que las vi así, las fui cogiendo, y metiendo sus cabezas entre mi cinto: de este modo iba á salir á recibirte; pero quando yo llegaba cer-

cerca de la puerta, empezaron á volver de su letargo, dando con tal fuerza continuas aletadas, que pidieron mas que yo, y me levantaron en el ayre lo que viste: mi desgracia quiso que se rompiese el cinto, que si no yo volaba como ellas, y queria que me lleváran á la casa de la luna, y desde allí al pais de Guticolonia, que es una tierra en donde son hembras todas las mugeres.

Marc. No, que serán machos. Bruto, qué pan tan mal empleado el que comes! Vamos á casa, te quitarás ese vestido, y te pondrás otro enxuto. Qué bien dice aquel proverbio: *A los locos no se les da nada, aunque se hundan todas las estrellas del cielo!* Mirese por experiencia en este: el peligro tan grande en que se ha hallado, y él lo toma por modo de juguete: yo no sé lo que me haga con este grande jumento; pues cada dia hace mas horribles disparates. Ea, marcha á casa.

Bert. No quiero ir, que aqui me secaré al sol: anda tú, y traeme aqui un cesto, que quiero llenarlo de aquellos peces, que

han

han salido fuera del agua quando yo me caí dentro, pues quiero hacer un regalo al Rey, que yo creo que lo apreciará, y mas quando yo le cuente la estratagema de que me he valido para cogerlos; yo sé que ha de reir bien con esta moda de pescar.

Marc. Es cierto que reirá: simplon, no conoces que has perdido el juicio, y que no tienes mas sesos, que los que tiene una mosca?

Bert. Asi los tuvieras tú, y quantos hay en el mundo; pues yo aseguro sucederian mejor todas las cosas: y así, dime, quando tú me hiciste estaba yo presente?

Marc. Quitáteme de delante, que ya no puedo sufrir tan amontonadas simplezas y tan grandes ignorancias; y otra vez te vuelvo á decir que vayas á casa al punto.

Bert. Ya te he dicho que quiero coger los peces, y que me traygas una cesta; y si no, me los pondré por dentro de los calzones, y se los llevaré así al Rey: lo has entendido ya?

Marc. Ay infeliz de mi? Pues ello no tiene mas; que este bruto, conforme lo dice, lo hará: espera, te traeré la cesta y el vestido, que quiero darte ese gusto.

ALE-




12

ALEGORÍA QUARTA.

ES PROPIEDAD DE TONTOS lisonjearse, y de querer desechar de si mismos una pasion, que combate con otra mayor, y esta tal vez suele acontecer, que es mas perjudicial que la primera: La razon y el conocimiento no dexa de hacernos presente el verdadero remedio; pero si este llega tarde, no sirve al enfermo, y ofende al Medico.

TIENE BERTOLDINO UNA BATALLA grande y cruel con las moscas.

MIentras que Marcolfa fue á buscar la cesta y el vestido, Bertoldino se puso en cueros, y puso á secar su vestido al sol, y como era en lo mas ardiente del mes de Julio, y la hora de mediodia, se le empezaron á pegar las moscas de tal suerte, que le acribillaban, sin poderse librar de su furor; una le picaba en una espalda; otra en un brazo; otras en el pescuezo; y en suma, unas de un

un lado, y otras de otro, le dieron tal salto por todo su cuerpo, que llegó á enfadarse tan de veras, que cogiendo un manojo de mimbres y otro de cambroneras, compuso dos manojos, á modo de escobas, y las empezó á desafiar á una muy sangrienta batalla; pero como ellas se pegaban al cuerpo de Bertoldino, daba encima, y ellas saltaban de un lado á otro, y él segundaba con furia en quantas partes se le pegaban; tanto se sacudió con las cambroneras y mimbres, que se llenó de llagas; mas viendo que no se podia librar de una plaga tan grande, empezó á llamar á su madre para que le viniera á defender, diciendo á las moscas: Esperad, que ahora vendrá mi madre, y os dará el pago que mereceis: madre, corre, que las moscas me quieren comer: á estas voces salió de casa Marcolfa, creyendo que le hubiese sucedido alguna desgracia; y viendo que con tan blandos algodones se desollaba vivo, se los quitó de las manos, cubriendole sus sangrientas carnes: púsole en la cama, porque no podia ya estar en pie, ya por la caída en el estanque, ya por lo desangrado que estaba,

ba, y ya por haber estado tanto tiempo sufriendo el rigor del sol; de suerte, que estaba tan fatigado, y tenia tan dolorido y sangriento todo el cuerpo, que era un lastimoso espectaculo: Fue Marcolfa á el punto á buscar un Medico, y de camino pasó á ver á la Reyna; entró en su quarto, saludándola como acostumbraba; pero la Reyna, haciéndola novedad que viniese á verla á hora tan intempestiva, la dixo.

Reyn. Qué buena suerte te trae, Marcolfa, á estas horas, y con este calor?

Marc. No es mi buena suerte, sino la mala, la que aqui me trae ahora.

Reyn. Pues qué te ha sucedido? Se ha muerto acaso Bertoldino, que parece que vienes muy angustiada?

Marc. Señora de mi vida, para mí seria grande suerte el que se me hubiera muerto.

Reyn. Por qué? Qué te ha hecho?

MAR-

MARCOLFA CUENTA A LA REYNA todo lo que habia sucedido á Bertoldino, y despues de haber reído con grande exceso, la dice.

Reyn. DIgo que tienes mucha razon, yo siento infinito tus desazones; pero dime, donde le has dexado, quando saliste de casa?

Marc. Lo he dexado en la cama todo molido, y hecho pedazos; pues con la fuerza que ha hecho, por defenderse de las moscas, se ha dado un golpe (entre los muchos) muy fuerte.

Reyn. Es menester que vaya el Medico para que recete lo necesario, pues estando en el estado que dices, será preciso, ó que le echen unas ventosas saxadas, ó sangrarle, ú otro remedio perteneciente á su mal; vayan á buscar al Medico, y que sin dilacion venga á visitar á Bertoldino, y le ponga luego en cura, pues importa mucho el restablecimiento de su salud: Y tú, Marcolfa, véte antes, para que

quan-

quando el Medico llegue, estés pronta para ver lo que ordenáre: Consuelate, que yo espero no sea cosa de cuidado; todo lo que se te ofreciere se aprontará al momento; con que asi no te congojes, que los golpes de los muchachos hacen poca impresion en ellos; quando el Rey lo sepa, ha de tener un buen rato de gusto, aunque segun le quiere, ha de sentir verle malo.

Marc. Ya sé, señora, que los locos dan gusto, y divierten los extraños; pero no sirven de diversion á los que son de su casa. Yo me voy; pero mucho dificulto que quiera permitir que el Medico se le acerque, porque es tan fatal cabeza, que creerá que le va á matar; mas con todo eso quisiera que no dexase de ir, que una vez que yo le regsitre, á mi me dirá despues lo que se ha de executar, y yo por mi lo haré, pues de ese modo nada se rezelará; y así, señora, quedad con Dios.

Reyn. Anda en paz.

VA

VA EL MEDICO A VER A BERTOLDINO, y entre los dos hay grandes coloquios.

DEspues que Marcolfa se fue, y llegó á su casa, entró en el quarto de Bertoldino, el qual estaba durmiendo, y abriendo el balcon, se fue hácia la cama: llamóle diversas veces; pero como estaba en la mayor fuerza de su dormir, no respondia: en este tiempo llegó el Medico, y acercandose á la cama, le descubrió un poquito para ver como estaba de sus heridas, y hallandole bastante maltratado, y en especialidad de la caída, dixo á Marcolfa.

Med. Mira si le puedes despertar para registrarle bien, y despues te diré lo que has de hacer.

Marc. Despierta, Bertoldino, Bertoldino, no oyes?

Bert. No puedo despertar.

Marc. Por qué no puedes?

Bert. Pues no sabes que estoy durmiendo?

Marc. Vaya, despierta; mira, que si no, te tiraré de la cama al suelo.

Bert.

Bert. Anda á hilar, y no me enfades; por cierto que nos vienes ahora con buena fresca: estoy durmiendo á mas dormir, y quieres que despierte?

Med. Ay, valgame Dios! Esto es bueno, está hablando, y dice que está durmiendo! No he oido mayor tontada en mi vida.

Bert. Quien es ese hombre barbudo que está contigo? Es algun capador? Pero no importa, que á ti no te capará. Señor figura, quítese delante de mi; porque:::: Agradece el que estoy durmiendo, que si no, me habia de levantar, y te habia de dar tantos palos, como puede llevar un borrico de Yesero.

Med. Solo esto me faltaba; vaya, duerme, duerme, que es cierto que para mi es fortuna el que tú no estés despierto. Marcolfa, ya he conocido la enfermedad: yo te enviaré cinco pildoras capitales, con las que se le descargará la cabeza: quisiera que le echáras una lavativa; pero veo que será dificultoso el poderlo conseguir; y así para mas facilidad le pondrás una cala, y por tres mañanas

con-

consecutivas le darás un poco de cañafistola en pedacitos, que con eso espero que en pocos dias se pondrá bueno, y no hay que tener cuidado, que todo esto no será nada; y á Dios, hasta otra vez.

Marc. El te acompañe, y agradezco tus favores, y perdona mi desatencion, en no haber mandado que te saquen de beber, porque las grullas se bebieron todo el vino.

Med. Mucho estimo tu atencion; pero yo de nada necesito. A Dios, y dexale dormir lo que quisiere.

Despidióse el Medico, riyendo de la gran simpleza de tan grande majadero, que aun se quedaba gruñendo, y decia que dormia: llegó á palacio, refirió á la Reyna el suceso, la qual echó á reir con tan buenas ganas, que por mucho tiempo no fue posible dexarlo; sucediendo lo mismo con el Rey, quien mandó que al punto llevasen los medicamentos, y se los entregasen á Marcolfa, la que luego que los recibió se fue con ellos á la cama de Bertoldino, diciendo.

Marc.

Marc. Duermes todavia, simplon?
Bert. Sí duermo; qué me quieres?
Marc. Te quiero dar un medicamento, que te ha recetado el Medico, y con él ha dicho que luego te pondrás bueno.
Bert. Yo duermo: Yo duermo. Tomale tú por mí.
Marc. Vamos, sientate, tomarás un poco de casia, y despues te untaré las espaldas con el unguento de altéa, y verás como con esto te quedas al punto bueno.
Bert. Qué has dicho? Qué yo me coma una casa? Que se la coma por mí el Medico, si tiene hambre.
Marc. No digo una casa, tonton, sino casia, tomátela en bocaditos; y si no te gustase así, te la daré en la caña, ó desleída en el vino, ú de otro qualquier modo, que te pueda hacer provecho.
Bert. Cómo quiere ese barbaro, que yo pueda tragar una casa y cañas enteras? Mejor hubiera sido el que hubiera recetado que me hicieras unas puches: Sin duda que el tal Medico es grandisimo ignorante.

Marc.

Marc. Yo te haré las puches, despues de tomar las medicinas; y si no quieres la casia, tomarás estas quatro pildoras, y despues te pondré esta cala, que esto solo te descargará la cabeza.

Bert. Bien está, haré lo que tú quisieres, con el con que me hagas las puches.

Marc. Doyte palabra de que yo te las haré: toma las pildoras ahora, y trágalas presto, para que vayan abaxo, que esta cala te la pondré yo despues.

Bert. No, no: dámelo todo á mí, que ya estoy hecho cargo de lo que me dices, y lo executaré como mandas.

Marc. Vaya, pues tómalo todo, y esfuerzate á echarlas presto abaxo: Ea, hijo, buen animo, tén esfuerzo.

BERTOLDINO SE TRAGA LA CALA, y las píldoras se las aplica en el orificio, y Marcolfa le dice.

Marc. QUE haces, bestia? Espera, que eso no va bien de ese modo: desdichada de mí! Lo que ha de tomar

mar por arriba se lo aplica por abaxo; todo lo hace al contrario.

Bert. Dexame, que bien lo entiendo: piensas tú que yo soy algun lerdo? Tú eres la que no has entendido al Medico: Quieres que yo me ponga por abaxo este tarúgo, estando bañado en miel? Eso seria bueno para un tonto: esto se ha de tomar por la boca; y estas balas por abaxo, no creas que sea yo tan falto de conocimiento.

Marcolfa, por mas gritos que le dió, ya no lo pudo remediar, porque la cala ya se la habia tragado; y las pildoras hacia todos sus esfuerzos para encaxarselas por la parte posterior. Bien le pesó al desdichado la tomadura de la cala; pues como estaba tan enmelada, se le atarugó en la garganta, de tal suerte, que no habia modo de pasarla, y llegó quasi á terminos de ahogarse, causando á un tiempo lastima y risa en ver los visages y gestos que hacia. Viendo Marcolfa este lastimoso suceso, envió luego al punto á llamar al Medico, el que vino prontamente con la orden de la Reyna:

na: vióle, y hallandole con temblores convulsivos, le dió un vomito, con el qual le hizo arrojar de la garganta el impedimento que tenia en ella. El pobre Medico no se pudo apartar con tiempo, y con la fuerza le tiró todo el vómito en los ojos; tuvo bastante trabajo para limpiarse: marchó á su casa furioso y colérico, maldiciendo y renegando de los locos, y de quien le habia enviado á visitar tan gran bruto.

MARCOLFA PREGUNTA á Bertoldino cómo se halla? Y la respuesta que la da, es decir que quiere puches.

Marc. Y Bien, Bertoldino, cómo estás?

Bert. Bueno, y estaré mejor, despues que me hayas traido las puches, que me ofreciste.

Marc. Es cierto que por tu habilidad las mereces, pues has dexado quasi ciego al pobre Medico con la cala, que le arrojaste, con tal fuerza, como si hubiera sido una bala.

Bert.

Bert. Para él ha sido el daño, y es razon que quien tiene la culpa, pague la pena, pues yo no le he llamado.

Marc. Ya sé que tú no le llamaste; pero tampoco podias, porque tenias con la cala impedida la garganta para hablar.

Bert. Mejor estaba yo quando tenia aquel bocado en la garganta; pues con él no me habia de morir de hambre, como ahora me sucede: y si quieres darme vida, hazme luego una grande artesa de puches, porque me siento tan debilitado, que no puedo hablar de hambre.

Marc. Voy á hacerlas al momento, ya que mi desgracia así lo quiere.

Bert. Despachate presto para sacarme de afliccion y desmayo.

MARCOLFA HIZO UNA BUENA porcion de puches, las que se comió Bertoldino, y con el peso de ellas, se fue debaxo de un olmo para aligerarse, y alli se quedó dormido. Noticioso el Rey le envió á buscar en un coche, y al verle, le dixo asi.

Rey. COmo estás, Bertoldino?

Bert. Yo estoy de pie derecho.

Rey. Ya lo veo; pero quiero decir, cómo te sientes?

Bert. Yo siento tocar las campanas.

Rey. Lo que te digo es, si te sientes malo ó bueno.

Bert. Pues si ya he dicho que siento tocar las campanas, no siento bien?

Rey. Te parece que son adequadas esas respuestas? Ea, pues, no quiere responder, conducidle al quarto de la Reyna, porque quiero que le vea.

Bert. Traedmela aqui donde estoy.

No queria ir, pero le llevaron para que la Reyna le viese; y luego que estuvo en su presencia, con grande risa le dixo.

Reyn.

Reyn. O! Aqui tenemos á Bertoldino! Y qué se hace Marcolfa?

Bert. Las que hacen son las vacas, que estan preñadas, y no yo, señora Reyna.

Reyn. Dime, te sientes mas aliviado de tus indisposiciones, pues he tenido noticia que has estado enfermo?

Bert. Hasta ahora yo no he salido de casa, con que mira tú como puedo haber estado en el infierno, ni tampoco tengo noticias en donde está: lo que te estimaré es, que me digas si es algun palomar ó pajar ese infierno?

Reyn. Sí, sí, palomar es: dime, qué se ha hecho tu madre?

Bert. Quando yo la dexé en casa, quedaba dando de beber á los hijos de nuestra clueca, que ha parido hasta unos treinta hijitos.

Reyn. Pues tu clueca pare hijos?

Bert. Y cómo que los pare! Y por qué no haces tú lo mismo? Te falta por ventura algun buen gallo?

Reyn. Soy yo gallina, para que necesite de gallo?

Bert. Mi madre dice, que si nuestras gallinas no tuvieran un buen gallo, que nunca tendrian hijos. Pues dime, las gallinas no son hembras como tú? Pues si deseas tener hijos, yo te buscaré un buen gallo; y si no, te prestaremos el nuestro: mira si le quieres, te le traeré al instante.

Reyn. Yo no he menester gallo alguno, y te doy las gracias por el cuidado: Ola, criados, venga uno, y lleve á merendar este cuitado.

Bert. Te suplíco, antes de merendar, que me hagas el gusto de mandar que me lleven á hacer mis necesidades, que es lo que mas me importa, y necesito al presente.

Reyn. Tienes sobrada razon: Filandro, vén presto.

Fil. Señora, aqui estoy, qué me mandais?

Reyn. Lleva este pobrecillo donde él te diga, y sea quanto antes, no le suceda algun trabajo.

Fil. Donde quieres que te lleve?

Bert. A hacer aguas mayores.

Fil.

Fil. Yo creo que este descomulgado ha de soltar la carga, antes que llegue al lugar comun. Ea, vamos, vén conmigo: Qué brava caña de pescar me han entregado! Yo no sé qué gustos tan raros tienen estos Principes en permitir junto á sí esta casta de bufones, y mas este, que es un bruto: ello, lo que vemos es, que hoy dia mas se aprecian, protegen y patrocinan semejantes gentes, que un hombre erudíto, cansado de quemarse las cejas en los estudios; estos no se premian, y á este bruto todos los dias le hacen vestidos ricos y regalos exquisitos, sin ninguna economía; sucediendo todo al contrario con los hombres habiles, como sucede en palacio con muchos criados antiguos y envejecidos en el servicio, sin haber tenido jamas la mas pequeña gratificacion, en atencion á sus dilatados meritos; manteniendose solo estos pobres con el humo, la sombra y vana esperanza, en la que acaban, sin mas asenso que su miseria: cada uno corre con ansia, y afana por la Corte,

y

y en ella se hallan cortas recompensas, y muy dilatados los deseos; y si estos no vivieran con esperanza, mas presto correrian á buscar su muerte, que pasar acelerados á la Corte: entre los muchos soy yo uno de estos; pues habiendo servido en ella tantos años, con la mayor fidelidad y zelo correspondiente, no he recibido jamas de su mano el mas minimo reconocimiento; y ahora, para mi mayor desgracia, me veo reducido á llevar á descomer á este bruto: buen pago por cierto, despues de tantos servicios, hallarme reducido á un exercicio tan baxo y tan indecoroso! O pobre Filandro! Vamos, descomulgado.

Bert. Donde me quieres llevar?

Fil. Te llevo al cantaro, para que hagas tu menester.

Bert. Yo no quiero cantar ahora; y asi llevame al campo, y despues dexame á mi.

Fil. Vamos, que yo te llevaré donde tu gustes; ya que mi fortuna así lo quiere, tendré paciencia. Por esta vez me han pillado; pero para otra muy dificultoso será.

Con-

Conduxole Filandro á lo último del jardin, donde hizo su precision; y luego le llevó á la despensa: le dió pan, y un pedazo de salchichon, con un buen trago de vino; y despues que merendó, le llevó adonde estaba la Reyna, quien le preguntó.

Reyn Has merendado bien?

Bert. Si señora.

Reyn. Y qué te han dado de bueno?

EN CINCO VECES NO PUDO acertar Bertoldino á decir, que habia comido salchichon.

Bert. PAN y lasamo.

Reyn. Qué?

Bert. No he dicho que tamalo?

Reyn. No te entiendo.

Bert. Quiero decir malasco.

Reyn. Peor, que peor.

Bert. Ahora sí que lo dirá: te digo que he comido lamaso; ya discurro me habrás entendido, pues bien claro me he explicado: vuelvo á decir, que se llama masallo: esta vez me habrás entendido mejor.

Reyn.

Reyn. Qué desatinos estás diciendo? Qué infiernos de nombres son estos que tú dices del lasamo, samalo, malaso, lamaso y masallo? No entiendo lo que tú quieres decir: dime tú, Filandro, qué es lo que le has dado á merendar? Porque este majadero no lo ha de acertar á decir.

Fil. Señora, quiere decir salchichon; vea V. Mag. qué buena cabeza tiene, pues de cinco veces no lo ha acertado á nombrar, como si esto fuera un punto de dificultosa gramatica.

El Lector podrá presumir lo que la Reyna reiria con semejante paso. Llegó el Rey á la sazon, y le contaron el ya referido lance; de manera, que volvió de nuevo la risa: y como se divulgó en todo palacio, generalmente reían todos; duró la fiesta todo aquel dia, y mucho despues: á todos se les habian quedado tan impresas en la memoria las cinco palabras de lamaso, samalo, malaso, lasamo y masallo, que quando llegaba la ocasion de poner en qualquier mesa algun salchichon, ninguno acertaba á llamarle por su nombre propio,

sino

sino con los nombres extravagantes ya dichos: mandó finalmente la Reyna que llevasen á Bertoldino á su casa; pero que pusieran un coche, porque era su gusto fuera con esta decencia, y asi que llegó, le preguntó Marcolfa.

Marc. Qué has visto en la Ciudad de tu gusto?

Bert. La olla que hay en la cocina del Rey.

Marc. Qué particularidad tiene la olla de la cocina del Rey?

Bert. Que caben en ella mas de mil tazas de sopas; porque es muy alta, y tiene una gran barriga.

Marc. Reniego de tí, que siempre estás pensando en comer.

Bert. Quien no piensa en comer, no piensa en vivir; y si yo no comiera, me moriria.

Marc. Es mucha verdad; pero ahora quiero que me digas, qué es lo que has aprendido de bueno en la Corte?

Bert. El andar subiendo y baxando escaleras por mi gusto.

Marc. Es cierto que eres gran sugeto, y das muestra de tus grandes talentazos.

Bert.

Bert. Pregunto: Y los gansos son anades?

Marc. Bueno va. Sí, sí. Porque me dexes.

Bert. Una cosa te queria preguntar, y se me ha olvidado.

Marc. Tal seria ella.

Bert. Ya, ya me acuerdo: Dime, quando tú me engendraste estabas presente?

Marc. Ay pobre de mi! Ya te he dicho, que no me rompas mas la cabeza con tus grandes desatinos; pues con tus tontadas me das tanto enfado, que ya te tengo aborrecimiento.

Bert. No te enfades: Escuchame, y te contaré una gracia, que yo he observado. Estando en el quarto de la Reyna, he visto que no tiene mas que dos piernas: cosa que me ha maravillado, porque nuestra vaca tiene quatro; qué te parece? Responde.

Marc. Qué quieres que responda? Digo que quando te hice, hubiera sido mejor el haber hecho una torta.

Bert. Mejor hubiera sido; pues con está mí me hubieras dado un pedazo.

ALE-




13.

ALEGORIA SEPTIMA.

EN ESTA NOVELA VAN metaforicamente comprehendidos los verdaderos remedios para vivir sano: abstenerse todo lo mas posible de medicamentos, y dexar obrar la naturaleza por sí sola: divertirse honestamente, comer con moderacion, no matarse por saber mas de lo que alcanza, y puede llevar nuestro entendimiento: desechar y alejarse de todo vicio, y no dar lugar que reyne ninguna pasion particular en nuestro corazon; porque estas son tambien debilidades, que crian malas consequencias.

MARCOLFA SE VA A LA CIUDAD: le queda encargado á Bertoldino el cuidado de los pollos, y los dexa llevar á un gavilan.

EN esta conversacion llegó la hora de irse á acostar. Por la mañana temprano se levantaron, y Marcolfa dixo que tenia

nia que pasar á la Ciudad á comprar ciertas cosas precisas para la casa: Encargó á Bertoldino el cuidado de ella, y sobre todo con los pollitos, que quedaban sueltos en el corral, que zelase no se los llevára el gavilan. Fuese Marcolfa, y como si le hubiera dicho que se los entregára al gavilan, así lo hizo, pues tomó todos los pollos, y los fue atando uno por uno por un pie, haciendo una sarta de todos juntos; y uno de ellos, que era todo blanco, le ató en una punta para que fuese el primero; y de este modo los subió al texado, y luego los dexó allí, y se baxó á un sobradillo, desde donde estaba observando lo que habia de suceder; y lo logró en breve tiempo, pues un gavilan, que de continuo revoloteaba al rededor de la casa, como los vió en el texado, baxó poco á poco, y se tiró sobre ellos; y como el blanco era el primero de todos, empezó á picarle, levantandole en el ayre con todos los demas, que estaban asidos á él. Entonces empezó á reir Bertoldino, y con grande bulla decia: *al blanco, al blanco, tira bien del blanco,*

co,

co, y llevarás los demas. Asi sucedió, pues los llevó, sin dexar ni uno. Quando volvió Marcolfa de la Ciudad, la salió á recibir Bertoldino, dando muchas carcaxadas de risa, y su madre le preguntó.

Marc. Qué tienes, que tanto te ries? Hay alguna cosa de nuevo?

Bert. Ay, madre mia, que he tenido un gusto muy grande; y te aseguro, que quando sepas el motivo, tú tambien has de reir sin consuelo.

Marc. Yo discurro que será una de las tuyas: dime el gusto y gozo tan grande que has tenido.

Bert. Te suplíco, que te empieces á reir. Ay! Y qué gusto? No se puede dar mas grande.

Marc. Salvage, por qué quieres que me ria, si no me dices el motivo?

Bert. No me encargaste los pollos?

Marc. Sí: prosigue.

Bert. Pues le he pegado un gran chasco á el gavilan.

Marc. El cielo me ampare! Y qué chasco es? Dilo presto.

Bert.

Bert. Los he atado todos juntos en una sarta, y ha venido el gavilan, y todos se los llevó de una vez; pero no te puedo ponderar el trabajo, que le ha costado el llevarlos, pues aunque yo le gritaba que agarrase primero á el blanco, pues con eso mas facilmente llevaria los demas, no me entendia; pero al último se esforzó, y executó lo mismo que yo le decia. Si lo hubieras visto, te habias de haber tendido de risa, de ver que aquel paxaron tan grande apenas podia llevar una manada de pollos: dime, no le he pegado buen petardo á aquel paxaron?

Marc. Tú eres el paxaron, bestia indómita: no sé como me detengo, pues me estan dando impulsos de agarrarte por el pescuezo, y ahogarte entre mis uñas. Ah, Rey Albuyno! Ya no te tengo en elevado y grande concepto, viendo que te pagas, entretienes y complaces con los desatinos de este loco, que no tiene ni aun visos de racional: es cierto, que cada uno en este mundo tiene su ramito

to de locura; pero con tanto exceso ya es insufrible, ni hay para tanto paciencia: pero qué remedio tiene, ni cómo ha de dexar de cometer insolencias, si quandó sepa el Rey el desatino, que ha hecho, en lugar de reprehenderle y hacerle castigar, lo celebrará por gran gracia, y despues le hará algun regalo en premio? Ay pobres Filósofos! Aprended con este exemplo, aplicáos, sudad, trabajad, perdiendo la vida en los estudios, que por mas que hagais, pobres vivireis, y pobres moriréis; pues en esta Corte mas protegido está, y mejor premiado un loco ignorante y simple, que cien hombres eruditos, aunque esten llenos de méritos: paciencia, que este pago acostumbra dar el mundo. Y dime, bruto, la gallina donde está?

Bert. La tengo cerrada en el gallinero, con el fin de que no impidiera al gavilan el poder llevar los hijos: entiendes tu que yo soy tonto!

Marc. Paciencia: á lo hecho buen pecho.

Entra en casa, que ya estoy satisfecha de que eres un mozo muy discreto: Pero dime, si esto llega á los oidos del Rey, qué te parece que dirá? No podrá menos de darle sumo enfado, teniéndote por un necio, ignorante y mentecato.

Bert. Y quien quieres tú que se lo diga al Rey?

Marc. Te parece á tí, que no hay orejas por aquí al rededor, que todo lo estan oyendo?

Bert. Pues yo no veo otras que las del burro del Hortelano; y ciertamente me parece que está aquí cerca para observar y oir lo que se pasa; repárale bien, y verás como las tiene tiesas: pues yo te aseguro, que ahora, ahora tomaré yo la providencia debida.

ALE-




14.

ALEGORÍA OCTAVA.

EL OIR UNO NEGOCIOS DE OTROS es cosa muy descortés y de mal criado, y merece castigo; y no obstante los Príncipes y Grandes remuneran, mantienen y engordan bestias de tan mala raza: Quien se pone á exercer un oficio, que no sabe, se expone á su daño y riesgo vergonzoso.

BERTOLDINO CORTA LAS OREJAS á el borrico del Hortelano.

Marc. ESpera, qué vas á hacer?

Bert. Voy á cortar las orejas á este pollino, que está escuchando todo quanto hablamos los dos, y ha de pagar la curiosidad, porque aprenda á ser cortés.

Marc. Ay infeliz de mi! Ya cortó las orejas al borrico del Hortelano! Qué dirá ahora? Esta es la ocasion, en que si él va delante del Rey á querellarse de nosotros,

nos

nos ha de enviar enhoramala, y tendrá muy justa razon: Ah, traydor!

Bert. El pícaro, traydor es el borrico, que se emplea en ir á contar lo que pasa entre nosotros; pero yo le aseguro que ya no oirá mas en su vida.

Marc. Ea, ya viene aquí el Hortelano, ya que su borrico no oye, tú oirás lo que no quisieras, y le sobrará la razon para obligarte á que se lo pagues; pues sin orejas no se querrá mas servir de él.

Hort. Quien ha cortado las orejas á mi borrico?

Bert. Yo he sido.

Hort. Por qué motivo?

Bert. Porque estaba escuchando lo que parlabamos.

Hort. Aquí no necesitamos de bufones, págame al punto mi borrico; y si no, me voy á dar querella de tí al Rey, para que me haga justicia.

Marc. Escucha, aguarda, no vayas á dar querella, que yo te satisfaré el valor de tu borrico; y déxalo á mi, que yo lo compondré todo.

Hort.

Hort. No, no. Quiero que el Rey lo sepa; pues tambien el otro dia sucedió lo que sabes con mi muger: no quiero dar lugar á que algun dia se le antoje hacer otra locura mayor, que me pese mucho mas, si tanto se tolera; y así, voyme corriendo á la Ciudad á quejarme ante el Rey.

EL HORTELANO DA QUERELLA al Rey contra Bertoldino, al qual luego envió á llamar: viene con las orejas del burro en el pecho, y el Rey le dice.

Rey. VEN hácia acá, Bertoldino.

Bert. Aquí estoy, señor maestrisimo.

Rey. Ponte aqui mas adelante, Hortelano.

Hort. Serenísimo Señor y Rey mio, aqui estoy.

Rey. Qual es la queja que traes?

Hort. Señor, que este majadero me ha estrópeado mi borrico, y vengo á pediros justicia.

Rey. Es verdad esto, Bertoldino?

Bert.

Bert. Es verdad, porque el asno, señor :::

Rey. Tú eres el asno, prosigue.

Bert. Estaba con las orejas tiesas para escuchar lo que hablamos mi madre y yo; y porque no oyera jamas negocios de otros, le he cortado las orejas; y para que te enteres de la verdad, míralas aquí, que las he traido conmigo; tómalas, y llama quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará despues lo que costase el ponérselas.

A ESTAS RAZONES SE PUSO EL REY á reir, de modo que apenas podia respirar, y despues que se sosegó, dixo.

Rey. HOrtelano, ya sabes que Bertoldino no es hombre honrado y de bien, y si te ha estropeado el borrico, no quiere quedar deudor tuyo; toma tu alhaja, que son las orejas del asno; y mando ademas, para escarmiento y castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el borrico desorejado, acompañándole tú hasta su casa. Dime, Hor-

Hortelano, te gusta esta sentencia dada contra Bertoldino?

Hort. Señor, ese es un castigo, que mas es en detrimento mio que suyo; lo que pido es, que se me satisfaga lo que me costó el borrico, y despues monte quien quisiere en él, que yo solo deseo lo justo; pero no será razon que pierda lo que me ha costado.

Rey. Dices bien: Quanto quieres por tu asno?

Hort. Yo, señor, no quiero ganar, ni perder nada; lo que aseguro con toda verdad es, que el año pasado me costó ocho ducados.

Rey. Muy bien está, se te pagarán al punto. Herminio, vén acá.

Herm. Señor, aqui estoy.

Rey. Paga luego á este hombre ocho ducados; y tu, Bertoldino, toma el borrico, que quiero regalarte con él, para que te vayas á casa: Ea, pues, marchad juntos, y correspondéos como buenos vecinos y amigos.

Hort.

Hort. Asi lo haremos, señor: Vamos, Bertoldino, monta, y volvamos á casa: arre, chó, qué diablos haces, que te vas cayendo de la otra parte?

Bert. Es, que me pesa mas la cabeza que el tafanario, y por esto me caygo del otro lado; tén bien, só, chó, trú, toma, arre allá, hombre de los diablos, déxame á mi la brida, arre, va, camina; á Dios, señor.

EL BORRICO TIRA AL SUELO á Bertoldino, y de la caida tan grande, que dió, se rompió una costilla: Marcolfa se va á la Ciudad á ver Rey y Reyna, cuéntales una novela, y logra el real permiso para volverse á vivir de asiento á su casa ó choza de su montaña.

LUego que llegó Marcolfa á la Ciudad, fue á visitar á los Reyes, y los halló ambos juntos, que aun estaban riyendo la simplicidad de Bertoldino: el Rey, luego que la vió, la dixo.

Rey. Querida Marcolfa, qué buena ventura es la que te trae por acá?

Marc.

Marc. No tengo ventura buena, pues ninguna me es propicia.

Rey. Por qué ? Te ha sucedido algun trabajo ?

Marc. Qué ha de ser ! A Bertoldino le ha dexado caer el borrico, y se ha quebrado una costilla ; vengo á buscar una bizma para curarle ; y mientras que me despachan, tendré tiempo para contaros una novela, que viene muy adequada al suceso ; si me daís permiso, y gustais de escucharla, os la contaré brevemente.

Rey. Sea muy enhorabuena : empieza, que para nosotros será de mucho placer el oirla, pues todas tus conversaciones nos son muy gustosas y apreciables.

Marc. En aquel tiempo en que los hormigones iban á caza de cinches preñadas, hallándose en la Ciudad de Berlinches una mosca viuda, á causa de haber muerto á su marido pocos dias habia una homicida lombriz con una vara larga de torear, que habia quitado á un moscon de campo, que marchaba á la conquista

de

de la miel de la Alcarria, año muy señalado, porque se vieron muchos Alcarreños en aquella tierra: sucedió, que pasando en derechura á la casa de la viuda mosca una araña, macho de corpulencia muy grande, vió asomada á la ventana la mosca, que como era Domingo se habia compuesto y lavado, y tenia la cabeza puesta, como se suele decir, de veinte y cinco alfileres; tan bonita le pareció al araño, que enamorado de su hermosura, la hizo una guiñadita á la ventana donde estaba, y como le habia tocado en el corazon la flecha de Cupido, empezó á pasear la calle arriba y abaxo, haciendo de petimetre, y alzandose en puntillas, se paseaba con mucha ligereza por la calle: la desdeñosa viudilla conoció la intencion de su enamorado, y haciéndose desentendida, se retiraba hácia dentro, escondiéndose, como suelen hacer las viudillas zalameras: una vez se asomaba, y le hacia un gestillo; otra vez una guiñada, todo con el fin de chasquearle y darle poste;

de

de manera, que el pobre arañon se dexó llevar de su cariño, quedando abrasado con tanto fuego, como sentia en su pecho; pero no pudiendo resistir á su amoroso incendio, pensó en ver como podia facilitar el subir por la tapia, para entrar por la ventana: púsolo en obra, y empezó á subir, llevando consentido, que era alguna de las que ya usted me entiende: prosiguió su empresa hácia el balcon, con el animo de, despues de haber él logrado su fin, el qual esperaba de ella alcanzar, volverse por el mismo camino á la calle: con estas cuentas, que se iba haciendo consigo, subia muy alegre mi buen enamorado, quando ella se asomó al mismo tiempo; y viendo atrevimiento y desverguenza tan grande, pareciéndola poco atento, presuntuoso y nada cortes, fue corriendo á buscar una caldera de lexía, que tenia pronta para cocer en ella unos calzones de un piojo opilado, que tenia en su casa de huesped; y apenas vió que echaba las garras al balcon para entrar dentro, le

en-

encaxó toda la caldera de lexía cociendo sobre la cabeza, á fin de pelarle bien, y castigar su osadía; pero el araño era muy pícaro, y conoció la intencion, y para resguardo se puso un yelmo de una cáscara de nuez; luego que vió el diluvio de agua hirviendo sobre sí, se puso para recibirla de tal suerte, que si le cayese algo fuese sobre la cabeza, de lo que no se le daba nada, por la prevencion de el yelmo que le defendió mucho, y fue poco el daño que recibió: libróse con esta prevencion del primer golpe de esta desgracia; pero como duró algo mas tiempo el chorréo del agua, aun mas de lo que él gastó para caer en el suelo, le sucedió la fatalidad de que con el golpe, que dió en tierra, se le cayó el yelmo, y le cogió la cabeza el agua; de suerte, que se le cocieron los sesos, y se pasaron de la mollera á otra parte, y desde entonces hasta ahora han tenido siempre las arañas los sesos atras; por lo que hicieron juramento de vengarse de un hecho tan afrentoso: y así

así se ve al presente, que las arañas andan siempre á caza de moscas, por venganza del ultraje que recibieron de la viudilla; y por esto en todos los desvanes, rincones y agujeros tienden sus redes como homicidas, y toman venganza de ellas; y es muy comun, quando prenden á una, arrancarla la cabeza, y el resto lo dexan libre: esto mismo creo que le ha sucedido á mi hijo, al qual le aconteció, que una vez que iba corriendo detras de una cabra por una cuesta arriba, se cayó hácia atras, y rodando como venia, dió con la cabeza en un tronco de sahuco, de lo que desde entonces le sobrevino habérsele escapado el juicio á la parte posterior, y por esto ha quedado tan ligero de cabeza como el sahuco, y desde entonces tambien anda siempre cogiendo y matando moscas. Esta es la causa del poco juicio que tiene, con que así Vuestras Magestades harian una accion muy loable en darnos licencia para volvernos á nuestra choza; porque yo, si no me

engaño, creo que se ha de cumplir la sentencia de mi marido Bertoldo (de felice memoria), que dixo: *Que el que esté acostumbrado á cebollas, no busque pasteles*; y asi, siendo nosotros nacidos y criados en lugares rústisos é incultos, no debemos pretender, ni es razon salir fuera de nuestro centro: en la corte el cortesano, y en la aldea el aldeano.

Reyn. Has dicho muy bien, Marcolfa; pero quien ha bebido en la mar, bien puede tambien beber en un rio: yo te aseguro, que bastante siento la simplicidad de Bertoldino; pero al mismo tiempo pienso, que estando mas en la Corte, conversando con las gentes, puede suceder llegue á lograr mas juicio de el que tiene; y así no hay que desesperar de su curacion.

Marc. Quien nació loco, no sanó nunca.

Reyn. Quien mal bayla, bien enfada.

Marc. Quien tiene vicio desde su infancia, hasta el sepulcro le alcanza.

Reyn. El que no tiene juicio, tenga piernas.

Marc.

Marc. A un mal mortal, no vale ni Médico, ni medicina.

Reyn. Mas vale un páxaro en la mano, que ciento volando.

Marc. Mas vale ser páxaro en el campo, que estar regalado en jaula.

Reyn. Todo dérecho tiene su reves.

Marc. Todas las cabezas suelen tener pelo; pero no todas tienen sesos.

Reyn. Todas las cosas se pueden suportar, excepto el mal tiempo.

Marc. Nunca jamas se hizo lexía, que no lloviese.

Reyn. Una hora de buen sol seca mil lexías.

Marc. Quien no tuerce bien la ropa, no la secará en tres dias.

Reyn. Habla mas claro, que no te entiendo.

Marc. No hay peor sordo, que aquel que no quiere oir.

Reyn. Prosigue, que ya te escucho; y como cuentes otra fábula adequada á el asunto, que me persuada con razones concluyentes, yo daré licencia para que os retireis á vuestra aldea, dándoos palabra, como quien soy, de no hacer

X opo-

oposicion, ni impedirlo (aunque lo siento de corazon); y os ofrezco daros con que toda la vida seais ricos, y lo paseis bien en las montañas.

MARCOLFA REFIERE otra gustosa fábula.

Marc. YA que Vuestras Magestades me prestan atencion, habrán de saber, que en tiempo que los gusanos de luz eran mercaderes de linternas, habia un caracolazo de los que tienen quatro hástas: este se enamoró de una de aquellas caracolillas, que suelen andar sin cáscara al rededor de las fuentes: era esta de muy buena vista, y en un todo muy graciosa; y habiéndola caído una noche encima el rocío del mes de Abril, estaba mucho mas lustrosa y bella. Sucedió, pues, que en aquella misma noche la vió el caracol, diéronse palabra de esposos, y se la conduxo á su casa, la hizo un suntuoso banquete, y concurrieron á él y al

al sarao todos los deudos y amigos: entre el concurso tan grande eran muchas las habilidades que habia, y en especial la que tenian quatro cangrejos de muy buen porte, y mejor traza en tocar viola: seguíase á estos un galapago, que tocaba el arpa con perfeccion; sonaron un poco, interin llegaba la hora de la cena, y despues de ella se volvió á la diversion de la música, y una mariposa cantó unas tonadillas graciosas con la guitarra; pero como estaba un poco resfriada, no pudo dar á el auditorio toda la satisfaccion y gusto que deseaba: despues de esto se determinó saliesen algunos, que tenian habilidad, á baylar: se hizo la seña, y en un instante los instrumentos todos á un tiempo empezaron á sonar: comenzóse el bayle, siendo los primeros un galapago y una mariposa, los que hicieron un bayle muy gracioso y muy extraño, por las diferencias raras y nunca vistas de que usaron, pero los segundos, que salieron, que fueron un grillo blanco

y una chicharra, hicieron, como se suele decir, raya, pues baylaron la españoleta con la mayor destreza, de suerte, que hicieron maravillar á todos los concurrentes: acabaron el bayle, y molidos y cansados se pusieron á hacer juegos, y dieron el mando para que los gobernase á una pulga, que era muy decididora y jocosa; aceptó el encargo, sin hacerse de rogar, inventó varios y bellísimos juegos de prendas, y para la restitucion de ellas imponiendo al que perdia penitencias, que eran todas muy agudas y discretas sentencias, varios motes, preguntas y respuestas muy elegantes, de modo, que la fiesta duró mucho tiempo con general diversion de todos; pero la mayor imperfeccion y falta, que tuvo esta diversion, fue haber sido tan dilatada y larga, que muchos de cansados se fueron quedando dormidos, y otros se fueron molidos: pues así somos nosotros, que con nuestra fiesta se ha pasado muy bien este tiempo;
pe-

pero nuestro juego, no solamente no se acaba, pero cada dia se va dilatando mas, con que es cierto, que si durara mas el juego, Bertoldino sé quedará cada dia mas dormido; y asi, señores, será mejor el que mudemos de clima, que puede ser suceda que le haga despertar el ayre de la montaña, aunque bien dificil es: ademas de esto, siempre oí decir, que todo páxaro canta mejor en su nido, que en el ageno, y así deseo volver á este páxaro en su nido; y por lo tocante á mi, deseo el vivir en mi cabaña, del modo que mas me convenga, sin que yo sirva de tedio á humana persona: y así, Serenísimos Señores, os suplicamos con toda veneracion nos concedais para irnos vuestra licencia, pues ya no habeis de sacar ningun gusto, ni del uno, ni del otro, pues aunque Bertoldino sea mi hijo, razon no quita conocimiento.

Rey. Marcolfa, nosotros deseamos el complacerte, pues es cierto que nos dexas muy pagados y satisfechos: todo el tiem-

tiempo, que has estado en la Corte, hemos estado gustosos con tu agudeza, la qual es tal, que verdaderamente no se puede creer que seas muger rústica, ni silvestre, antes bien se te puede llamar un oráculo, que bien mereciste estar empleada con un hombre de las mayores circunstancias, como lo era Bertoldo, de quien sus sentencias las tengo esculpidas con letras de oro encima de la puerta principal de mi palacio, para perpetua memoria de una sabiduria tan sublime, como era la suya; pero pues es preciso darte licencia, por condescender á tus deseos, que tanto has encarecido, Herminio, vé á mi quarto, y toma aquel cofrecito cubierto de terciopelo negro, en donde hay dos mil escudos de oro, y traémele aquí para dárselo á Marcolfa, y despues pasarás en casa de algun mercader de paños, y le dirás que te entregue quatro piezas de paño fino, y dos cientas varas de lienzo para camisas y sábanas, y harás que luego dispongan una litera, en la que han de

de llevar á estos á su lugar con el mayor cuidado, y luego les enviarás hasta doce sacos de harina, con doce barríles de vino, y en suma, todo quanto pidiesen se les ha de dar al instante; de suerte, que no les haga falta nada para su viage, y para vivir con quietud y descanso en su albergue. Ea, pues, Marcolfa, ya la gracia te se ha concedido de poder volver á tu casa, y vivir en ella á tu gusto; pero si gustases, aunque sea de tarde en tarde, de venir á vernos, será para nosotros de gran complacencia y gusto: y yo ya te he significado el sentimiento que tenemos la Reyna y yo de tu partida; pero cómo no deseamos mas de lo que tú deseas, no queremos impedírtelo como pudiéramos.

MARCOLFA DA LAS GRACIAS á Rey y Reyna por los beneficios recibidos.

Marc. MAgnánimos Señores: Me falta lengua para daros las debidas gracias por tantos favores, como he recibido

cibido de las piadosas clemencias de Vuestras Magestades; y así suplíco encarecidamente, y espero que en todo quanto hubiesemos faltado, y en adelante podamos faltar, lo suplireis con vuestra innata piedad. Mi deseo es de que os conceda Dios gracia para conservaros en vuestro Reyno; paz y sosiego, y con la mayor felicidad; valor y fuerzas contra vuestros enemigos; que veais cumplidos todos vuestros deseos; que os dé el mayor gusto á uno y á otro; y en suma sin cesar pediré á Dios, que os galardone con la bienaventuranza: y ahora aquí me teneis rendida y humildemente postrada á vuestros reales pies, pidiéndoos perdon de todo; y si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa, ó con palabras ú obras, ó en algun otro modo que haya faltado con poco respeto y reverencia, os pido me perdoneis; y así con vuestra licencia iré á disponer mis trastos, y voy con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra humilde sierva y vasalla.

Con

Con las expresiones y razones tan humildes de Marcolfa, el Rey y la Reyna no pudieron contenerse, ni disimular la ternura de las lágrimas, y luego que se despidió, se retiraron á sus gabinetes, en donde tuvieron suma tristeza y melancolía por la ausencia de Marcolfa, la que se partió con su Bertoldino, cargada de escudos y otras muchas dádivas. Los conduxeron en la litera hasta que los dexaron en la infeliz choza de su nacimiento: á su llegada acudieron todos los vecinos muy alegres á darles la bienvenida, y se hicieron muchas fiestas y alborozos rústicos por algunos dias en aquellas sierras, de que resultó el que se pegase fuego á dos montes ó bosques cercanos de pura alegria. Todo se acaba en esta vida, y tambien se acabaron los festejos de aquellos villanos; pero los dos cortesanos vivieron en la montaña muy gustosos lo restante de su vida quietos y tranquilos, sin tener nada que desear; y Bertoldino entre los patanes ó palurdos era el hombre mas discreto y politico: en fin, como hombre ya práctico en la Corte, pegó diversos chascos

cos á aquellas pobres agrestes gentes; pero como en aquellas asperezas no habia ninguno que supiese escribir, no se puede hacer mencion de ellos, ni de lo que despues sucedió; no obstante por raros caminos se supo, que quando Bertoldino llegó á la edad de treinta años, le habia vuelto un entendimiento tan perspicaz, discreto y agudo, que no daba muestras de haber sido tan gran tonto, como queda referido; pero por lo que á mi toca, se me hace muy dificultoso el creerlo, porque aunque Dios puede hacerlo, tambien sé, que vulgarmente hablando, se dice que tres cosas son muy dificiles de curarse, las que son: la locura de un tonto, las deudas de un tramposo, y la gangrena declarada.

FIN DEL TRATADO SEGUNDO.

HISTORIA

DE

CACASENO,

HIJO DEL SIMPLE

BERTOLDINO.

OBRA MUY GUSTOSA

Y DIVERTIDA,

ABUNDANTE DE REFRANES SENTENCIOSOS, CON MUCHAS Y AGUDAS RESPUESTAS.

AÑADIDA

POR EL Sr. CAMILO SCALLIGERI.

TRADUCIDA

DEL IDIOMA ITALIANO AL CASTELLANO por el mismo Autor DON JUAN BARTHOLOME.

TRATADO TERCERO.

VIDA DE CACASENO,

HIJO DEL SIMPLE

BERTOLDINO.

TRATADO TERCERO.

INTRODUCCION.

EL astuto Bertoldo y la sagaz Marcolfa, su muger, no obstante de haber nacido y criádose en lo inculto de la montaña, con sus dichos, sentencias morales y agudas respuestas, no solo hicieron maravillar á los particulares que los oían; sí tambien al mismo Rey Albuyno y á su muger la Reyna Ipsicratea, de quien estos rústicos eran vasallos, y por esta causa recibieron de sus Soberanos muchos favores y dádivas, correspondientes á su grandeza. Tuvieron estos la felicidad de lograr el fruto matrimonial, concediéndoles el cielo la sucesion en un hijo: eran grandes las alegrias que tenian los dos esposos por muchos motivos, y el mayor de ellos era, porque presumian que este nuevo infante se pareceria á su padre Bertoldo, y para que hasta en el nombre le pareciese,

reciese, tomaron la nominacion paterna, y le pusieron por nombre Bertoldino: pero la esperanza que fundaron salió vana, pues despues de grandecito, si Bertoldo era agudo y sagaz, este otro era tan simple, aturdido y bruto, que desdecia de su nacimiento. El pobre padre, viendo tal contrariedad, se ausentó, y se fue á la Corte, no pudiendo sufrir las tontadas de su hijo, donde, como vimos, acabó y dió fin á su vida. Quedó Marcolfa viuda con Bertoldino: tuvo noticia de ellos el Rey, y con curiosidad de ver y saber, hizo venir á la Corte á Marcolfa con su hijo; y creyendo esta pobre hallar en el Rey algun enfado, ó ser llamada por mal fin, la sucedió muy al contrario; pues Bertoldino con sus inocencias dió tanto gusto en la Corte, que quando se retiró de ella, el Rey le mandó dar dos mil escudos de oro, con otras innumerables cosas de sumo valor y precio. Todas estas alhajas las vendió Marcolfa, y con el dinero compró tierras y raices para vivir el resto de sus dias. Bertoldino se casó, y tuvo un hijo, que se llamó Cacaseno, de quien referiremos su graciosa vida.

ALE-




15.

ALEGORÍA PRIMERA.

ES PROVIDENCIA DIVINA que tambien las familias de los Rústicos y Pastores esten tan aptas á la propagacion, como cosa tan necesaria para el vivir humano y bien de las Repúblicas: Las mugeres muchas veces se abstienen del exercicio de alguna habilidad, que les adorna, por temor de no manifestar sus defectos naturales.

MARCOLFA BIEN HALLADA con la quietud de su montaña, dispuso que la hicieran habitacion decente, pues tenia bien con que pasar: Despues de algunos años va un Criado del Rey por aquella montaña: visita á Marcolfa, de lo que se regocija, por llevarle al Rey alguna buena nueva.

HErminio, de quien ya hablamos, era Criado del Rey Albuyno: este con órden del Rey, acompañado de un Cria-

do suyo, recorrió por muchos dias todos los Pueblos que incluia una Provincia de la Corona, para hacer diferentes negocios particulares de la Corte: accidentalmente pasó por la falda de una montaña, sobre la qual habitaba la memorable Marcolfa, con el célebre y nunca bien alabado Bertoldino: juzgó hacer una cosa muy grata y de mérito, si llevase noticia á los Reyes de ellos, y así determinó el verlos: subió á la montaña, y quando estuvo en la eminencia, observó la buena situacion del Pais, y una Casa allí inmediata, hecha de fábrica muy decente: llamó á la puerta, se asomó á la ventana Marcolfa, baxo abaxo, y conociendo á Herminio, le hizo entrar con grande alegria, bulla y regocijo: hízole muchos agasajos y expresiones, y entre los muchos asuntos que se la ofrecieron, le contó como su hijo Bertoldino habia casado muy bien, con el dinero y alhajas que le habian dado los Reyes, aunque quando fueron ellos á la Corte ya tenian algunos pocos bienes y muebles para poder pasar: añadió mas, que Bertoldino,

dino, despues que pasó los años de su juventud, habia dado tal vuelta, que no le conocerian, con la discrecion que se le habia infundido, y que vivian con suma alegria y tranquilidad, no molestándoles mas que una cosa, y era, que despues de tanto tiempo que habia que Bertoldino se habia casado, no tenia mas que un hijo, el qual ya se hallaba en la edad de siete años cumplidos, y con el desconsuelo de haber salido mas simple y necio que su padre. Tuvo Herminio un gran gozo con esta conversacion, y determinó á toda priesa llevar noticias á los Reyes de quanto habia escuchado; y así la dixo.

HERMINIO Y MARCOLFA.

Herm. DIme, Marcolfa, donde está Bertoldino y su hijo?

Marc. Han ido aqui cerca á la choza de un Pastor nuestro, y discurro que no podrán tardar en volver, ya se acerca la hora de ir á amasar.

Herm. Y el hijo que me dices, cómo se llama?

Marc. Su nombre propio es Arsenio; pero como estos Montañeses siempre inventan, añaden y quitan nombres, los nombres propios no suelen servir; y así te pondré un exemplo. Entre nosotros se llama uno Antonio; y este si es de estatura crecida, le llaman Toñon; si es de baxa, Toño; si es de mas diminuta, Toñeto; si es pequeño y gordo, le llaman Toñolo; y si es pequeño y flaco, Toñino; de modo, que reducen el nombre de Antonio en tantas piezas, que no se conoce ya el primer nombre que tuvo, como al presente sucede á mi nieto, que llamándose Arsenio, como es pequeño, y un poco simple, le han puesto el ridículo nombre de Cacaseno.

Herminio quando oyó el nombre tan ridículo de Cacaseno, le dió sumo gusto, y se le encendió mucho mas el deseo de conducirle á la Corte: mientras echaba sus líneas del modo que habia de usar para llevársele, oyó en la calle á Dominga, muger de Bertoldino, que venia cantando esta coplilla.

ES.

ESTRAMBOTE.

Todos me dicen soy tan linda y bella,
Que de algun gran señor hija parezco:
Uno me llama de Diana estrella;
Otro que amor flechero ser merezco:
Todo el Lugar me dice sin querella,
Que en mi frente las flores reverdezco;
Y un mancebo ante ayer al verme clama,
Por qué no hay de estas pulgas en mi cama?

En este tiempo vino Bertoldino, y despues Dominga y Cacaseno con manojos de espárragos, fresas y requesones, que todo esto traian de su cortijo; hiciéronse muchos cumplimientos unos y otros, y Herminio dixo.

HERMINIO, MARCOLFA,
Bertoldino y Dominga.

Herm. ERes tú aquella mocita que cantaba?

Dom No, señor, que era una Pastora nuestra.

Marc. Ha embustera! Mira que no parece bien

bien decir mentiras. Sí, señor, ella era, y sabe cantar muchas coplillas graciosas.

Herm. Dominguita, hazme el favor de volverla á cantar, ú otra cosa que sea de tu agrado.

Dom. De veras no puedo cantar, porque estoy ronca.

Bert. Vamos, canta; de qué tienes miedo?

Dom. Ciertamente que no puedo, y ahora no me acuerdo de ninguna.

Marc. Despáchate: quieres hacerte de rogar, y dexar desayrado este Caballero?

Bert. No hacen mas las grandes Músicas, que se hacen de rogar mucho tiempo, y quando llegan á cantar, ya tienen enfadado el auditorio: Ea, Dominguita, canta, canta.

Dom. Por lo mismo que tiras á sonrojarme, no quiero cantar.

Herm. No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea contigo.

Marc. Canta, hija, que parece mal el hacerse tanto de rogar.

Dom. Yo lo haré; pero no aquí.

Herm. Como tu cantes, sea donde quisieres.

Mien-

Mientras que Dominga fue á cantar, Marcolfa y Bertoldino se despidieron de Herminio, porque iban á disponer su comida; al mismo tiempo llegó Cacaseno, que venia de almorzar, y Herminio le agarró de la mano.

ESTRAMBOTE.

Si te vienes conmigo, prenda mia,
A caballo vendrás en mi pollino.
Verás hecha un espejo mi alquería,
Todo su axuar el gallo y el cochino:
Del gilguero la acorde melodia
Oirás entre las plumas que previno,
Y tendrás el contento duplicado,
Tordos cazando, y mirlos en el prado.

Asi que acabó de cantar Dominga, le dixo.

HERMINIO A CACASENO.

Herm. NIño hermoso, qué haces?
Cac. En este instante acabo de almorzar.
Herm. Buen principio. Dime, cómo es tú nombre?

Cac.

Cac. No, señor, no soy hombre, que soy muchacho.

Herm. No pregunto si eres hombre; te digo, cómo te llamas?

Cac. Quando uno me llama, yo le respondo.

Herm. Y si yo te hubiese de llamar, cómo tengo de decir?

Cac. Di como tú quisieres; pero cuidado, ten las manos quietas, que parece me quieres sacar los ojos, y no me enfades de suerte, que te sacuda en la cabeza con este garrote, pues no me conoces aun quien soy.

Es menester advertir, que Herminio, mientras hablaba con él, hacia varios movimientos y ademanes con las manos; Cacaseno creyó que le queria sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo, y le quiso dar en la cabeza; pero Marcolfa llegó al punto, y le sacudió un buen bofeton, con que le hizo muy presto baxar el palo; empezó á gritar Cacaseno, que parecia un becerro, ó por mejor decir un lechon quando le deguellan, corrió Dominga, y le llevó un gazpacho para aquietarle, y dice.

ALE-




16.

ALEGORÍA SEGUNDA.

UN HOMBRE QUE ESTÁ ricamente vestido, y con ayre de Cortesano, ordinariamente vence la soberbia de las mugeres, porque lisonjea su vanidad; pero despues de tantas veces, á estos les suelen acontecer cien chascos y mil desgracias.

DOMINGA, CACASENO y Herminio.

Dom. QUé tienes tú, Cacaseno mio, que tanto chillas?

Cac. U, ú, ú, la abuela me ha pegado, porque me he defendido, ú, ú, ú, de este hombre que me queria sacar los ojos con los dedos, á, á, á.

Dom. Calla, Cacasenito mio, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza á la cama, sí, sí? hijo mio? Ea, escupe, y verás como la casco.

Herm. No es cierto lo que dice, de que le que-

queria sacar los ojos; vamos, hijo mio, toma un tres, y hagamos las amistades. Viendo Cacaseno el tres, ó por mejor decir el quarto, se sosegó, y al mismo tiempo Dominga le dice, haz un besamanos á este señor, y besa la mano á la abuela. Herminio estuvo observando los movimientos que hacia, no pudiendo contener la risa, en considerar el gusto que tendrian los Reyes de verle, porque era de extravagante figura; pues era sumamente gordo de cintura, la frente muy baxa, los ojos muy saltados, las cejas largas y cerdudas, las narices chatas, y la boca tan aguzada, que parecia gato montés: Así que llegó la hora de comer, todos se lavaron las manos, y se sentaron á la mesa. Y aquí dexo á la consideracion del curioso Lector el sufrimiento de la risa que padeceria el pobre Herminio, durante la comida, y despues de concluida.

HERMINIO, DOMINGA, Marcolfa y Bertoldino.

Herm. HAbeis de saber, que la otra mañana el Comprador de Palacio, estando en la Plaza comprando unos cabritos de un Montañes de estas Sierras (discurro será conocido vuestro) estuvo contando de la suerte que os tratabais, dando noticia de vuestro Cacaseno; llegó esta voz á los oidos del Rey, y me ha mandado que venga personalmente para que yo le lleve á su vista, está muy ansioso de verle, con que estais en la obligacion, por cortesanía, agradecimiento y obligacion precisa, de darle gusto en una cosa tan facil, que solo pende de vuestra buena voluntad y fiel afecto al Soberano.

Dom. Qué se entiende! no, señor, no puede ser, porque mi hijo es tan simple y tan bruto, que estoy muy cierta que si va á la Corte, le ha de suceder algun trabajo.

Marc.

Marc. Nuera querida, hija mia, no tengais miedo por eso, que yo iré en su compañia, y has de estar entendida, que los brazos de los Soberanos son muy largos, y llegan á lo mas dilatado del mundo; y considerando esto, es menester obedecerlos con precepto ó sin él; y sobre todo por obligacion, en la qual estamos constituidos.

Bert. Y con especialidad al Rey Albuyno, á quien debemos todo lo que tenemos; con que así, Dominga, sosiégate que esta es nuestra mayor fortuna.



ALE-




17.

ALEGORÍA TERCERA.

LOS HIJOS NATURALMENTE siempre siguen las huellas y la indole de los padres, por lo que cada hombre, por vil que sea, debe imitar las operaciones de sus mayores, siendo siempre las costumbres de la edad pasada menos depravadas, que de los modernos. Tambien en las aldeas y chozas procura cada uno conservar la memoria de la honradez y gloria de sus abuelos.

MARCOLFA CONSIGUE DE DOMINGA, su nuera, que la permita llevar á Cacaseno á palacio: pónenle sus vestidos buenos, y dan inmediatamente principio á la jornada.

CON las razones de Marcolfa y Bertoldino, no replicó palabra Dominga: vistió á su hijo con el vestido de los dias de fiesta: se lo entregó á su abuela Marcolfa:

hiciéronse aquellos agasajos y cariños paternos, que es natural con un hijo; y se despidieron, quedándose Bertoldino y Dominga para cuidar de la casa. Herminio con el criado, Marcolfa y Cacaseno baxaron la montaña, y tomaron el camino de la Corte: Herminio, así que llegó á la primera posada, hizo desmontar á su criado del caballo, y le hizo dar una posta, para que diese noticia á sus Soberanos de lo que le habia sucedido: despidióse, y quedó el caballo del criado sin ginete: Herminio se volvió á Marcolfa, que llevaba á Cacaseno, y la dixo.



HER-

HERMINIO MARCOLFA y Cacaseno.

Herm. MArcolfa, me parece mas conveniente, que Cacaseno monte á caballo, ya que estamos en llanura, que de este modo no se cansará en el viage.

Marc. Dices muy bien, y has hallado un arbitrio muy prudente, pues ya que está de vacío ese caballo, mejor será que le ocupe Cacaseno: Vamos, te montaré encima de él.

Cac. No quiero, que tengo miedo de que me muerda.

Marc. Y por qué te ha de morder?

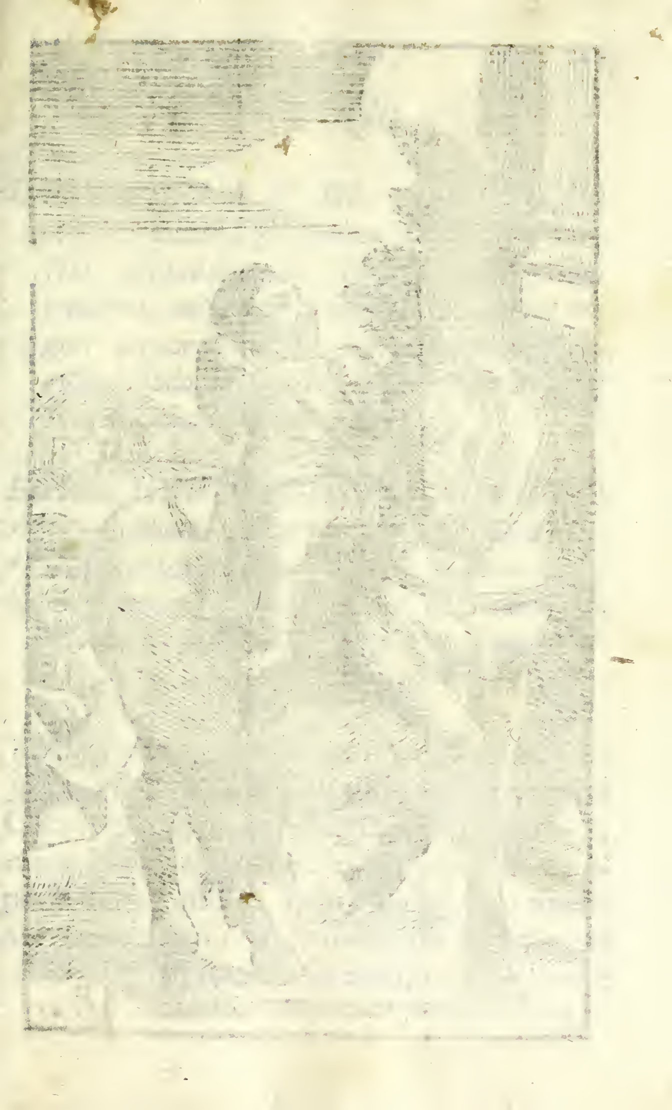
Cac. Ya te he dicho que no lo quiero; no ves como me está enseñando los dientes?

Herm. Espera, Marcolfa, y me apearé, que yo le pondré de suerte que vaya bien: ea, vamos, no tengas miedo, abre bien las piernas, y siéntate encima de la silla: Ha, qué bravo mozo!

Toma la brida en la mano, y déxale que siga á mi caballo; y ahora por mi cuenta va, si te cayeres.



ALE-




18.

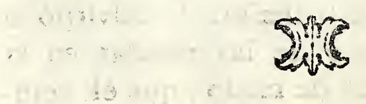
ALEGORIA QUARTA.

***LA ESCUELA Y EL EXERCICIO** son dos cosas, que hacen al hombre perfecto en toda especie de profesion, y con razon le sale mal á aquél, que quiere seguir un arte que no aprendió; ni tampoco á todo rústico le sale bien hacer por fuerza oficio de caballero.*

***PONE HERMINIO A CACASENO** sobre el caballo; adviertele tenga sujetas las riendas, y las oprime en tanto extremo, que le hace poner en dos pies; y diciendole que afloxára, soltó la brida, y desbocandose arrojó á Cacaseno.*

HErminio, antes que volviese á montar sobre su caballo, le advirtió á Cacaseño, que tuviese las riendas en la mano bien sujetas; de modo, que él comprehendió, que le habia dicho las tirase: así lo executó, y empezando á tirar de ellas, el caballo se enarboló, y se puso en

en dos pies, con lo que tomó tanto miedo, que gritaba, diciendo: Ay, qué me mata! No hay quien me favorezca? Porque esta bestia me quiere llevar por los ayres, y romperme los cascos. A los gritos que daba, se volvió Herminio, y le empezó á decir á voces: Afloxa, afloxa las riendas. El pobre Cacaseno, que no entendia lo que le decian, las soltó del todo, por lo que el caballo se desbocó, y le dexó caer de un gran golpe en el suelo; pero tuvo la fortuna de que dió en un arenal, motivo por el qual no se hizo daño particular: Marcolfa se sorprendió, creyendo le hubiese acontecido alguna desgracia, y empezó á llorar, y á decir.



MAR-

MARCOLFA, HERMINIO y Cacaseno.

Marc. AY desdichada de mí! Que este muchacho se ha estropeado: baxad presto.

Herm. Aquí estoy: qué es esto, Cacaseno? Te has hecho mal?

Cac. O bien ó mal, yo quiero volverme á mi casa.

Herm. Vamos, hijo, vuelve á montar á caballo, que yo te pondré la brida en la mano, y tú le dexarás caminar como quisiere.

Cac. Si quiéres que yo vaya, dexame á mí montar de la forma que yo he visto que tu montas.

Herm. Muy bien, yo tendré el caballo, y para que llegues mejor á los estribos, súbete encima de esta piedra, y montarás con mas conveniencia.

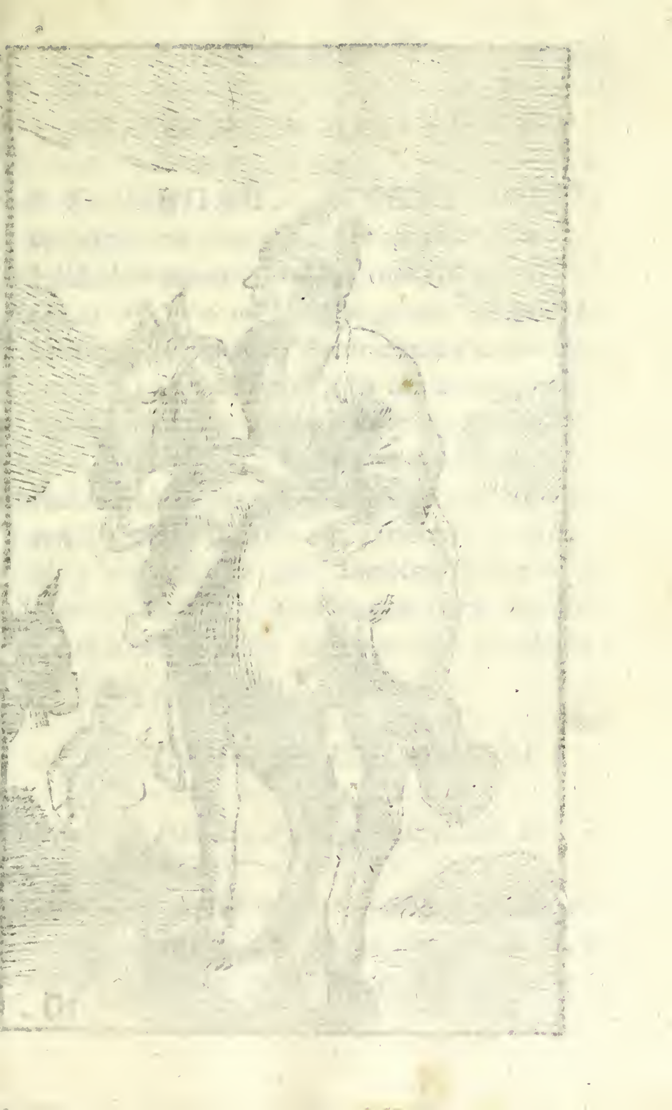
Montó Herminio á caballo, encargó á Marcolfa tuviese las riendas de el de su nieto; pero Cacaseno se adelantó, y puso

el

el pie izquierdo en el estribo derecho, quedandose montado con la cara á las ancas del caballo: Herminio quando se volvió, y reparó en tal disparate, no se podia aquietar con la pasion de la risa: haciale varias instancias para que se apease; pero no fue posible de ningun modo, respondiendo que aquella era la forma de cabalgar.



ALE-




19

ALEGORÍA QUINTA

LA SERIEDAD, ACOMPAÑADA de aspereza, no siempre conviene á la debilidad de nuestra humanidad: algunas veces es lícito divertirse y gozar de gustos honestos; y como la naturaleza, asi como entre los animales crió á las monas, entre los páxaros el buho, ó bien el mochuelo y la lechuza; tambien entre los pescados crió á los delfines, para que sirviesen de recreo á todos los demas de su especie: asi parece que tambien ha criado ciertos hombres, que nacen para servir de instrumento de nuestra risa y diversion. Oh, y quantos hay!

HERMINIO Y CACASENO.

Herm. BAxate, que has montado al reves.

Cac. Nunca podré yo estar mejor de lo que estoy: No me has dicho tú, que el Rey te ha enviado para que me conduzcas?

Herm.

Herm. Es verdad que lo he dicho: pero qué es lo que tú infieres de esto?

Cac. Pues mira; toma tú la brida del caballo, y conduceme, que de esta suerte obedecerás á tu amo; y yo de esta manera no veré los peligros que tengo de pasar.

Herm. Buena compra hemos hecho: ya he llegado á ser lazarillo de caballo, en lugar de serlo de un ciego; no es buena la fresca de este marmoto, con figura de camueso?

Pasó accidentalmente un paysano, que iba á la Corte, llamóle Herminio, y le mandó que llevase de las riendas el caballo de Cacaseno, y que fuese de aquel modo hasta la misma puerta de palacio, y allí le esperase, y fue con orden de que al entrar fuesen con él Soldados para su resguardo, temiendo que los muchachos no apedreasen á Cacaseno, y á buen librar le tiráran de naranjazos: Apretó el caballo Herminio, llegó á palacio, y halló los Reyes á un balcon, esperando ver la entrada de Polan, que con la relacion del criado de Herminio habian

bian tenido; mientras este les daba noticia de las aventuras, que le habian sucedido por el camino con Cacaseno, llegó en este mismo tiempo lo que tanto deseaban, y vieron venir á Marcolfa, al paysano que conducia el caballo de Cacaseno, y él montado al reves: traía tal confusion de populacho tras sí, unos con silvidos, y otros con gritos, que parecia dia de Carnestolendas con mascaras ridiculas: Cayó tanto en gracia de los Reyes toda esta bulla, que no se puede ponderar: Llegaron á palacio, los hicieron subir, y Marcolfa entró delante, y despues de hacer una grande reverencia, el Rey la dixo.

REY, MARCOLFA Y LA REYNA.

Rey. MArcolfa, seas bien venida, que despues de tanto tiempo no juzgabamos vivieses.

Marc. Yo para servir á V. Mag. vivo, y quanto viva seré su esclava.

Reyn. Marcolfa, no me conoces? No te acuerdas de mí!

Marc.

Marc. Señora; son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores y dádivas, que tengo recibidas de vuestra generosa mano, mientras estuve en esta Corte con mi hijo Bertoldino, que tengo siempre delante de mis ojos las imágenes de los dos; y no lo digo por adulacion, pues, aunque pobre montañesa, nunca la gasté, diciendo siempre la verdad desnuda: Y este modo de portarme, y el ser agradecida, lo aprendí de un hombre como Bertoldo, agudo y sentencioso en sus proverbios, que bien entendidos, pueden servir de mucha doctrina al que atento los leyere. Muchos dixo, y entre los muchos que le oí decir, me gustaron estas sentencias.

El pobre que es soberbio, es veneno acerbo.
El pobre que se humilla, es sincera avecilla.
El pobre que es tramposo, es peor que el oso.
El pobre verdadero, es como el cordero.

Reyn. Es cierto que son dignas de reflexion; pero dexando esto por ahora, á donde está Cacaseno?

Marc.

Marc. Señora, conmigo venia; pero no le veo: ay pobre de mi, donde se habrá quedado! Pues juntos veniamos.

Oyendo esto alzó un criado una cortina, é hizo entrar á Cacaseno, que traía una puerta arrastrando: el Rey y Reyna comenzaron á reir de ver tan buena entrada, sin saber el motivo de tal extravagancia; pero el mismo criado la descifró, por haberse hallado presente, y sin poder contener la risa, dixo.

REY, CRIADO Y CACASENO.

Criad. SEpan Vuestras Magestades, que al tiempo de subir la escalera de palacio, mientras Marcólfa entraba en la sala, este salvage le dixo á un criado que tenia gana de hacer aguas; lo llevó á un lugar destinado para este fin, y así que entró, le dixo: Quando vuelvas á salir, tráete la puerta hácia á tí; y el gran bruto así lo ha hecho, que la ha desgoznado, y la lleva ar-

rastrando tras sí, y de esta suerte le traemos para que le veais.

Rey. Dime, Cacaseno, para qué traes arrastrando esa puerta?

Cac. Y qué se te da á tí?

Rey. Mucho se me da, que como dueño de casa quiero saberlo.

Cac. Con que si eres el dueño de casa, será tuya esta puerta, y tú me dirás lo que tengo de hacer con ella.

Rey. Sí, suéltala.

Cac. Puerta, ya te suelto, que el dueño de la casa te da licencia; marcha, marcha, que ya pesas demasiado, y no te puedo sostener; obedece, puerta, que si no te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza llegó Marcolfa muy enfadada, y se la quitó, mandándole que hiciese una cortesia á Rey y Reyna, y postrándose de rodillas, besase las manos á entrambos: obedeció Cacaseno; pero fue poniéndose en quatro pies, boca abaxo, y así puesto empezó á decir.

CA-

CACASENO Y MARCOLFA.

Cac. OH, señores mios! Ya veis mi cortesía tan reverente, tirándome por el suelo, como mi abuela me lo ha mandado; ya no falta mas de que me metais el dedo en la boca para besaros la mano: venid, que os estoy aguardando.

Marc. Qué haces, jumento, de esa suerte? No quieres besar la mano?

Cac. Pues no me has dicho que les haga la cortesía, y que de rodillas bese la mano á los dos? Ea, pues, ya estoy con las rodillas en el suelo, dílos que vengan, se las besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los Reyes celebraron mucho una sencillez tan grande, y le mandaron levantar, y llamando á un criado, que se llamaba Atilio, le ordenaron le llevase á merendar. Interin se quedó Marcolfa disculpando al inocente Cacaseno.

MARCOLFA, REY Y REYNA.

Marc. SErenísimos Señores, habeis de contemplar, que Cacaseno no es nada menos ignorante que su padre Bertoldino; en fin, tal qual es el arbol, asi ha salido el fruto, por lo que os ruego no extrañeis sus simplezas: yo le he conducido á la Corte muy gustosa, para dar á conocer que soy obediente á los mandatos de mis Soberanos; pero espero al mismo tiempo licencia para volverme quanto antes á mi casa, siendo de vuestro real agrado, al que solo por complacer he venido.

Rey. Está bien: Y Bertoldino vive todavia?

Marc. Está vivo y sano, y despues que llegó á mas crecida edad, empezó á tener razon y juicio, cosa que parece fabulosa; pero así es: despues de algun tiempo se casó, y de este matrimonio ha nacido Cacaseno; y os aseguro, que no hubiéramos podido suportar los gastos de la boda y otros infinitos, sino hu-

hubiera sido por las dádivas con que las piedades de vuestras reales personas nos han favorecido; y aun despues de todo nos ha quedado lo muy bastante para vivir medianamente, segun nuestro estado, para toda nuestra vida.

Reyn. Es cierto lo que me dices de Bertoldino?

Marc. Verdad es lo que os he dicho; pues yo diria una mentira á mi Rey y Señor, aunque me costára la vida! Y si no os causa enfado, quisiera contaros un caso de aquellos que referia Bertoldo, mi marido, al intento; y es de uno, que diciendo una mentira á su Príncipe, perdió mil pesos por eso.

Rey. Refiérela, que para mi será de especialísimo gusto.

Marc. Habia un Príncipe, y este tenia un criado muy querido: sucedió, que un hidalgo, viendo la familiaridad que tenia con su amo, buscó modo de comunicarle una pretension, y esperando por este medio alcanzarla, en premio le ofreció mil pesos si la lograba: el sonido

do de tan apetecible metal abrió las puertas de su avaricia, prometiendole que haria todo lo posible para que se le despachase á su favor la pretension que deseaba. No dilató mucho tiempo hacer la súplica el familiar, quien luego recurrió al Príncipe, y le pidió le concediese la gracia; y para lograrla mas facilmente, añadió una mentira, diciendo, que el favor que suplicaba era para la persona de un hermano suyo. El Príncipe respondió, que se veria en ello, consultándolo con el Ministro de su inspeccion, y que despues de resuelto, se le daria la respuesta. Como las mentiras no tienen alas, y el embustero necesita de una gran memoria, despues de algunos dias el Príncipe se acordó que en cierta ocasion le habia dicho su criado que no tenia hermano alguno, con que para aclarar la verdad quitóse de cuentos, y secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente; llegó á la audiencia, y el Príncipe le dice: Tú me has de decir la verdad, y si no quedarás privado de mi gra-

gracia. Le respondió el hidalgo: Que sin dificultad daria noticia de lo que se le preguntase. Entonces le interrogó el Príncipe: Dime, fulano es hermano tuyo? Respondió el hidalgo que no. Le volvió á replicar; pues por qué te ha prometido y facilitado la pretension que deseas? El hidalgo respondió: Señor, le he prometido y asegurado darle de gracias mil pesos. Dixo nuevamente el Príncipe: Pues dame á mi los mil pesos, que la gracia yo te la concedo; y te mando, que no hagas ningun recurso á tu amigo. El familiar ó criado, no hallandose sabedor de lo que habia pasado con su amo y el hidalgo, un dia viéndole de buen semblante, le hizo memoria de la gracia que le habia suplicado para su hermano; y el Príncipe entonces con grande agudeza le dixo: Bien puedes buscar otro hermano, porque aquél que tú pensabas, que era tuyo, lo es mio.

Rey. Una respuesta fue muy pronta, y una invencion muy graciosa; pero volviendo

do

do á nuestro primer discurso, por qué motivo has omitido darnos noticias de tu persona? Pues todos los años hubiéramos tenido el gusto de regalarte.

Marc. Indiscreta es toda persona que no se contenta con lo preciso: bastante hemos disfrutado de la magnanimidad de vuestras reales personas con tantas dádivas, como nos disteis al tiempo de nuestra partida: con lo que habemos sacado de sus valores, hemos comprado muchas tierras y posesiones, de suerte, que con todo lo que gozamos, podemos vivir mejor que otros de mayor esfera.

Rey. Por qué no te has vestido de aquel paño fino, y lienzo delgado que llevaste?

Marc. Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, el pan mezclado con centeno, y beber continuamente agua; y con esta comida se mantienen los cuerpos con la mayor robustez y sanidad.

Rey. El que se contenta con su estado es fe-

feliz; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de mixturas, y beber agua, pudiendo comer bien, y beber mejor.

Marc. No, señor, que es muy malo beber vino aquel que no está acostumbrado, y es la peor cosa para la salud; y para prueba de eso, quiero contar un suceso, acaecido á un caballero Aleman, que me acuerdo que lo contaba mi marido por cosa cierta; y ya que viene á proposito, de aquellos á quienes les gusta el vino, si me prestais atencion, le contaré brevemente.

Rey. Estamos prontos, y así puedes empezar.

Marc. Un caballero Aleman determinó salir de su patria para ir á ver la maravillosa Ciudad de Roma, y reconocer el delicioso Reyno de Nápoles; púsose en camino con un criado de toda su mayor confianza, práctico en tales paises: llegaron á Bolonia, y el caballero mandó al criado que se adelantase, y que en todas las ciudades, villas, lugares y aldeas que hallase por el camino real, pa-

parase en todas las tabernas, y probase si habia buen vino; y quando lo hallase, para señal de que era bueno, escribiese sobre la puerta de la taberna una cláusula latina que dixese *est*, que queria decir, aquí hay buen vino. El criado cumplió con el precepto, y quando el amo llegaba, si veía *est*, se paraba allí un dia, tanto por la curiosidad de ver aquella poblacion, como para gustar de tan deliciosa bebida. Fueron caminando por la Romanía: llegó el criado á un Lugar de la Toscana, situado entre Florencia y Siena, que se llama Pogibonce; se paró en una hostería, que la llaman de las Llaves, halló en ella de tres generos de vinos, moscatel, verdéa y treviano; con tan buen hallazgo el criado puso el letrero tres veces *est*, *est*, *est*: llegó su amo, tendió su rancho, y mandó que le sacaran de todos los tres vinos; bebió de ellos, y cada uno le gustó á qual mejor: se detuvo allí tres dias, sin saciarse de beber, y llegó á tanta demasia, que le sobrevino una

su-

sufocacion tan repentina, que en pocas horas le llevó la mala trampa. El criado, que iba adelante, haciendo el alojamiento del buen vino para su amo, le avisaron del suceso; volvióse atras sumamente melancólico con tan funesta noticia: pasó á participarla á los parientes de su amo y á todos sus amigos, los quales preguntándole de que habia muerto su amo, así les respondía.

EST. EST. EST.
Propter nimium EST,
Dominus meus mortuus est.

Con que aplicando el cuento, vuelvo á decir, que el vino es muy nocívo, engendra infinitos desordenes y enfermedades; lo que no nos sucede á nosotros en la montaña, en donde nadie lo bebe, ni aun les gusta, pues mas apetecemos nuestras aguas cristalinas, que con dulce ruido se despeñan de los cóncavos de las fuentes, las que quando las bebemos, llegan tan delicadas y gustosas,

sas, que nos libran de todo género de indigestiones.

Rey. Es cierto que ha sido muy graciosa la historia y muy adequada; pero por quanto me hago cargo de que estarás muy cansada con el motivo del viage, te mando y es mi gusto que vayas á descansar, y despues volverás con Cacaseno.

El Rey llamó al Mayordomo, y le mandó, que á Marcolfa la conduxese á el quarto que se le habia destinado; entró y vió á Cacaseno tendido en el suelo gritando.

Cac. Ay, ay, ay!

Criad. No le puedo hacer callar.

MARCOLFA PREGUNTÓ EL MOTIVO á el criado.

Marc. QUé es lo que ha sucedido?

Criad. Has de saber, que despues que merendó, me dixo que queria dormir: yo juzgando que no fuese tan simple, le dixe que se subiese sobre esa cama, y él se agarró con manos y pies de una de

las

las colunas de ella, que quando llegó al remate no se pudo sostener la coluna, con que se rompió, y él dió en tierra con todo su cuerpo, como le ves.

Marc. No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña, como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que el cielo de ella era en donde él se habia de echar á dormir; y creedme, que este ha sído el motivo. Ay desdichada de mi! Qué es lo que veo? El no habla. Cacaseno? Cacaseno?

Cac. Déxame, no me despiertes, que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo hecho un cesto de sueño, y le tendió sobre la cama, cerró las ventanas, y le dexó durmiendo. En este intermedio el criado fue á dar cuenta á los Reyes del suceso, los que se quedaron admirados de semejante ignorancia, y al mismo tiempo se maravillaban de la memoria tan feliz que conservaba Marcolfa de todos los dichos de Bertoldo. Volviendo de nuevo á hacer conmemoracion de la inocencia de Cacaseno, quando se puso boca abaxo,

xo, esperando que le diesen la mano para besarla, retozándoles el impulso de la risa una sencillez tan rara, como querer tambien subirse al cielo de la cama; redoblando la risa, haciéndole volver á contar la historia, y siempre la celebraban con mucho mas gusto: el Rey le mandó que volviese á ver lo que pasaba, y quanto mas antes le diese noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Mientras que estaba durmiendo, Marcolfa, cansada del viage, y como habia comido bien, se fue á descansar; pero quando estaba en lo mejor de su sueño, la dispertó un gran golpazo, que dió Cacaseno de la cama abaxo.

CACASENO Y MARCOLFA.

Cac. AY de mi! Ay infeliz de mi! Donde estoy?

Marc. Qué ruido es este? Qué te ha sucedido?

Cac. Qué ha de ser? Que me he caido de la cama, y se me han saltado los ojos del casco.

Marc.

Marc. Habrá muger mas desventurada que yo ? Qué dirá Bertoldino y Dominga quando sepan que estás ciego ? A donde estás ?

Cac. Si estoy ciego, cómo quieres que te vea ?

Marc. Espera, abriré las ventanas.

Cac. Alegria, alegria, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.

Marc. Salvage, cómo puede ser que estuvieses ciego ? Seria el motivo el que las ventanas estaban cerradas: levántate de ahí: te has hecho mal ?

Cac. Bastante, porque siento un gran dolor en las ancas; pero este no me da mucho cuidado, y se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas ignorantes razones, el criado, á quien habia enviado su amo para que supiese lo que sucedia, se estuvo escondido todo este tiempo detras de una mampara, y despues que vió todo lo dicho, sin poder contenerse de risa, marchó con gran priesa á dar noticia al Rey de todo lo que habia oido, y lo de la pérdida

da de los ojos de Cacaseno, fue extremada la risa, y mas, que el criado lo contaba con suma individualidad y bufonada: díxole la Reyna al criado, que llevase un recado á Marcolfa de que tenia precision de hablarla, que era cosa sobre dependencia suya, que no permitia pérdida de tiempo, y que se viniese ella sola, dexando á Cacaseno en el quarto: obedeció el mandato; dió el recado á Marcolfa, y ella dice á Cacaseno.

MARCOLFA Y CACASENO.

Marc. CAcaseno, me precisa el ir á ver á la Reyna, y me ha enviado á decir que vaya sola, con que así tú te quedarás aquí, hasta que yo vuelva.

Cac. Yo tambien quiero ir allá, porque tengo miedo de quedarme aqui solo, y puede suceder que vuelva á perder los ojos otra vez.

Marc. De qué tienes miedo? Calla, que no sucederá ese caso; quédate, que yo seré breve lo mas que pueda.

Mar-

Marcolfa cerró la puerta con gran priesa, á fin de que Cacaseno no se escapase tras de ella : empezó á gritar de tal modo, que parecia un becerro ; y hasta que encontró unos juguetes con que divertirse, no hubo forma de callar : llegó Marcolfa delante de la Reyna, y dice.

MARCOLFA Y LA REYNA.

Marc. SErenisima Señora, aquí me tienes pronta para obedecer tus preceptos.

Reyn. Querida Marcolfa, yo me acuerdo, que quando estuviste la otra vez en la Corte con Bertoldino, me descifraste ciertas dudas enigmaticas, acaecidas en un juego, en que yo me hallé con unas damas y caballeros ; y como yo tengo mañana á la noche otra diversion semejante, quisiera que me enseñáras un juego bueno y de todo gusto, pero es preciso que yo le mande ; y estoy muy bien persuadida, que eres capaz para inventarles, y que sabrás algu-

 nos,

nos, que sean de gusto y de diversion.

Marc. Ay señora, que las plantas silvestres nunca crian fruto domestico. Y yo, que vivo en una montaña, mal puedo inventar cosa digna, que corresponda á la persona de una Reyna como V. Mag. Los que sé, discurro no serán como yo quisiera.

Reyn. No importa, dime uno, que yo estoy contenta y satisfecha, siendo tuyo.

Marc. En un todo debo obedecer y dar gusto á V. Mag., y no obstante que os diga cosa que en mi será comun y muy ordinaria; pero saliendo de vuestra boca se apreciará y se celebrará infinito, y la experiencia nos lo enseña, pues aunque los grandes señores digan algun desatino, le abrazan los demas tan placenteros, como si saliera de la boca de un oraculo, y le interpretan por una sentencia muy docta; no obstante deseo que me deis tiempo para daros la enigma del juego que me pedís.

Reyn. Una persona tan capaz, como tú, pide

de tiempo para pensarlo? Yo creo que haces burla de mí.

Marc. Yo hacer burla de una persona tan sagrada? No se dgia esto de mi. Soy muy agradecida, y como dixe poco tiempo hace en la presencia del Rey, siendo yo una pobre infeliz, tengo presente, que con tus dádivas he llegado á gozar grandezas, á correspondencia de la calidad de mi tierra y de mi persona.

Reyn. Este es el fruto que produce el mundo, el que un pobre se ponga rico, y al contrario en otros, que de rico pase á pobre. No sabes tú aquel proverbio, que dice:

Este mundo es escalera,
que uno acierta y otro yerra?

Marc. Mi marido Bertoldo solia decir, figurando el mundo:

La carne en el garabato
huele el perro, y mabulla el gato.

Y para decirlo mas claro, unos arriba y otros abaxo; y á este proposito se me previene una moralidad de la zorra y el oso.

Reyn. Deseo que la refieras, y despues volveremos á nuestro discurso.

Marc. Accidentalmente pasando un dia la pícara y astuta de la zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre una cisterna, la que estaba con muy poca agua por una sequía grande que se padecia: casualmente se puso la zorra á mirar á lo hondo de ella, y descubrió una gran cantidad de pesca, que se mantenia con la poca humedad que habia quedado; llevado de su apetito de gula, pensó su astucia en baxar abaxo; vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó á uno de ellos, y con el peso de ella prontamente baxó á abaxo, y se hartó de pesca, como se suele decir, hasta la garganta: despues que se vió saciada, se acordó como se habia baxado; y se persuadió que seria lo mismo para subir arriba; pero

 el

el juicio le salió muy al contrario, porque no pudo subir de ningun modo: hallandose en esta afliccion, empezó á quejarse amargamente consigo misma. Ay infeliz de mi, decia, y lo qué he hecho! Creí hacer una cosa buena, y me ha salido muy mala: desgraciada de mi! Qué haré? Quien me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen, y por desgracia me hallan aquí, sin duda dirán que me he comido la pesca, y me la harán echar á palos del cuerpo, como suelen decir, que el que se comió las velas, vomite los pábilos; y si por desgracia vienen á limpiar la cisterna, y me hallan aqui, pereceré sin duda.

Mientras que la zorra hacia todos estos extremos, pasó por allí un oso su pariente, la conoció en la voz, acercóse, y se asomó á la cisterna, y viendola allá abaxo, la dixo: Por qué te quejas? te has caído, ó no puedes subir? Cuentame lo que te ha sucedido, que deseo ayu-

ayudarte en tan gran necesidad. Entonces estuvo pronta á la astucia la maliciosa zorra, y en estos términos se explica.

Querido, amado y pariente mio, sabes por qué me quejo? Es por el caldo que está demasiado gordo, quiero decirte, que he venido aquí abaxo, he comido tantos peces, que estoy llena hasta los ojos. Replicó el oso: y por eso te quejas? Añadió la zorra: No me quejo de lo que he comido; pero me pesa mucho de lo que dexo. Dixo el oso entonces: Hay mucho? Y muy pronta dixo la zorra: Se pueden cargar mas de diez acemilas. Oyendo el oso esto, dixo: Quiero yo tambien baxar, y darme una buena panzada, y sacar mi barriga de mal año; dime, de qué modo has baxado tú? La zorra le enseñó, diciendo: Haz lo mismo que yo hice, agárrate á ese cubo, y baxarás con ligereza; pero mira no sueltes las manos. Tan presto y liberal fue para agarrarse con el consejo de la zorra, que con la misma ligereza

reza cayó abaxo, sin considerar su fin. Al mismo tiempo se metió ella en el cubo que estaba abaxo, y como el oso era mas pesado, con mas violencia subió arriba; la qual viendose arriba puesta en salvo, dixo al oso su pariente: A Dios, amigo, hasta la vista, que discurro que no me verás ya mas. Por esto se puede decir con certeza, que unos suben y otros baxan; con que aplicando el cuento, moralizándole, digo, que tal vez, quando una persona se halla en la mayor pobreza, asciende á las felicidades mayores, como sucedió á la zorra, que despues de haber saciado su apetito, quedó contenta y victoriosa, burlandose del mundo; y á otros les sucede lo mismo, que experimentó el pobre oso, que dexandose engañar y llevar de una vil golosina, acaban su vida en necesidad extrema.

Reyn. Me has dado sumo gusto y contento con la fábula que has referido, y solo tu agudeza pudiera traer las cosas tan prontas, adequadas y al caso;

so;

so; pero dexando esto, y volviendo á nuestro asunto antecedente, lo que quiero es, que me enseñes un juego de prendas, en que el que perdiese la pague, y para volverla á cobrar, se le ha de dar la penitencia de descifrar alguna cosa dificultosa, ó un equivoco, y en suma otras muchas penitencias muy discretas que hay; y si no lo aciertan, suele haber un rato de fiesta, de pasatiempo y de chanza.

Marc. Pues quiero enseñarte uno, que yo espero será muy aplaudido de todos los concurrentes; y es juego que vió Bertoldo hacer á unos caballeros, cuyo título es

LA MUSICA INSTRUMENTAL.

DECLARACION DEL JUEGO.

Los jugadores y jugadoras no han de ser mas que doce, y quando menos ocho; cada uno ha de tomar uno de los infrascriptos instrumentos, y aquél que esco-

escogiese, le ha de imitar con la boca ó con las manos, y despues que le haya imitado con su instrumento, tomará otro de los compañeros.

JUEGO Y NOMBRES de los instrumentos.

Primero............. *La Espineta.*
Segundo............ *Archilaud.*
Tercero.............. *Guitarra.*
Quarto................ *Violin.*
Quinto .... *Baxon.*
Sexto. .... *Chirimia.*
Septimo............. *Trompeta.*
Octavo............... *Tambor.*
Nono .... *Corneta.*
Decimo. .... *Flauta.*
Undecimo. .... *Viola.*
Duodecimo......... *Trompon.*

Aquél que hiciese el juego, dirá, por exemplo, *dirindin* con *tu espineta.* El de la espineta responderá con su instrumento, y

y despues tocará uno del de los otros, el que le pareciere, y dirá de esta suerte.

Dirindin con *mi espineta*, y *trapatá* con *tu tambor*: el que tuviese el tambor responderá al instante.

I. *Dirindin*........................ la mia ó tu espineta.
II. *Tronc*, *tronc*................ el mio ó tu archilaud.
III. *Trinc*, *trinc*................ la mia ó tu guitarra.
IV. *Si*, *ri*, *si*, *si*, *ri*, *si*.. el mio ó tu violin.
V. *Virivi*, *virivi*.............. el mio ó tu baxon.
VI. *Tarantan*, *taratan*........ la mia ó tu chirimia.
VII. *Tará*, *tará*................. la mia ó tu trompeta.
VIII. *Trapatá*......................... el mio ó tu tambor.
IX. *Curici*............................ el mio ó tu corneta.
X. *Fis*, *fis*, *fis*.................. el mio ó tu flauta.
XI. *Vion*, *vion*..................... la mia ó tu viola.
XII. *Fu*, *fu* *fu*..................... el mio ó tu trompon.

Todo aquél que faltase pagará sus prendas, del modo que se advierte.

Quando le llamasen, si no responde presto con su instrumento, pierde: es á sa-

saber, si falta en el cantar el verso, y si dice *tuyo* en lugar de decir *mio*; y quando no se imita con las manos su instrumento, ó del compañero; advirtiendo, que si los instrumentos son de voz aguda, se imitará con voz sutil, y los de las voces gruesas, se han de imitar á correspondencia; y el que faltase á esto, pagará una prenda: y por esto dice el proverbio, que todo cansa en este mundo, y que todo juego tanto mas gustoso es, quanto tenga de mas breve. Segun cada uno va poniendo su prenda, saldrá del juego; y quando los jugadores tengan perdídas seis prendas, estas se las darán á los vencedores, y para hacérselas cobrar, despues que haya salido del juego, es preciso que otro le llame á su instrumento, y este torna al juego, y recupera su prenda; y aquél que ha errado, depone la prenda, y sale del juego.

Reyn. Quedo muy enterada; y para que veas si es cierto, me explicaré segun mi parecer. Aquél que guia el juego, debe cantar con la boca, y con las ma-

manos imitar el instrumento; y los del juego, á aquello que oygan pronunciar, responderán presto con su instrumento, y aquél mismo ha de proponer otro, el que le pareciere; y de esta manera se seguirá con las demas condiciones, que me has dicho, las quales conservaré en mi memoria. Pero si por caso yo llegase á ser uno de los vencedores, quisiera que me enseñáras una dificultad para mandar descifrar á el dueño de la prenda.

Marc. Está bien: Cómo haria V. Mag. para partir veinte en cinco partes, y que cada partida quedase en número desigual, ó por mejor decir en nones?

Reyn. Yo tambien he estudiado un poco de Aritmética: espera que haga el computo, á ver si me sale bien: 1357, sobran 4; no sale: 3333, sobran 8; peor: 3573, sobran 2; tampoco. Quatro veces cinco veinte; pero son pares: no es posible partir en cinco partes, y que queden en nones.

Marc.

Marc. Vease con que facilidad lo he de poner en claro, y partir veinte en cinco partes, y que queden en el número de nones: hase de partir la palabra en esta forma.

V E N T I

1 2 3 4 5

NOTA.

Quedase en idioma Italiano la palabra VENTI, *por dexar la enigma perfecta; la que no lo estaría si se pusiera en nuestro castellano, por ser en él mas abundante de letras dicho término; y como rigurosamente ha de quedar en cinco partes, es necesario dexarle en el italiano* VENTI, *que equivale á nuestro* VEINTE *castellano.*

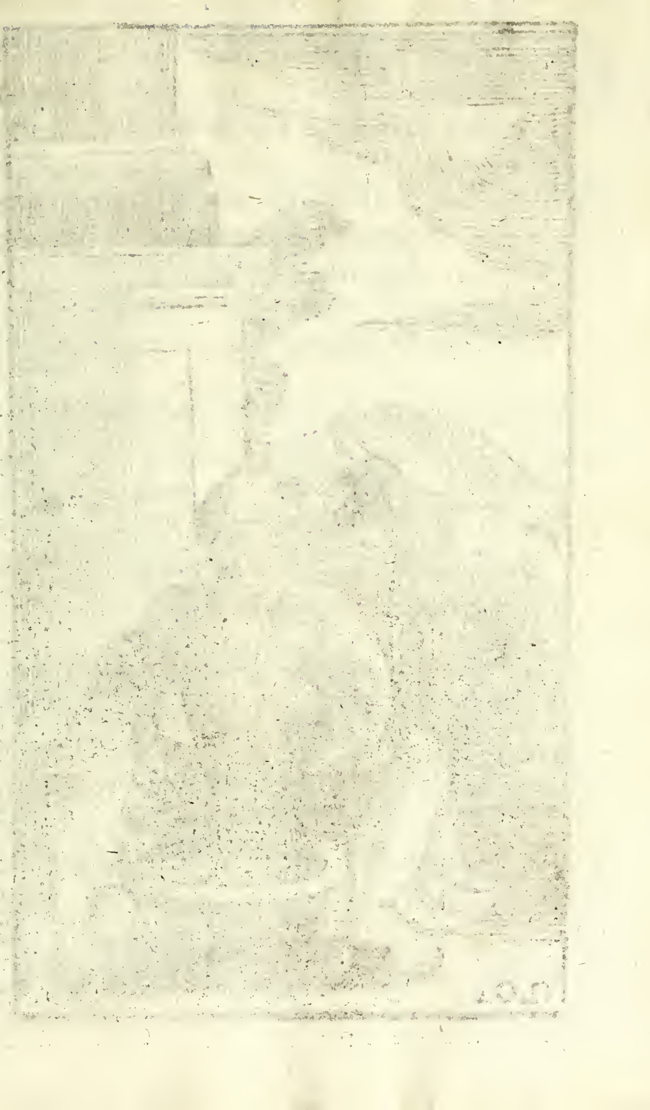
Ya está desatada la dificultad, y discurro que es bastante enigmatica.

Reyn. Es cierto que es muy discreta, y me ha gustado; y quedo enterada, persuadien-

suadiendome que saldré con aplauso de mi empresa, y que te daré las gracias: y ahora, pues no hay mas que hacer, véte á ver á Cacaseno, porque el pobrecillo te estará esperando impaciente.



ALE-





ALEGORÍA SEXTA.

LA GULA Y LA CODICIA REDUCEN al hombre brutal: la razon grita, y lo reprueba la prudencia de otro; por lo que siempre es preciso echar fuera estos sugetos de las conversaciones de los hombres.

MARCOLFA SE FUE PARA SU CASA, en la que habia dexado á Cacaseno: este se llena la cara de cola: un Criado lo ve: da cuenta al Rey de lo que está haciendo, y le manda que se le lleve á Palacio, que le quiere ver.

CON la mayor veneracion, y respeto que Marcolfa usaba, se despidió de la Reyna; y volviéndose á Cacaseno, su abuela le habia dicho, quando se fue á ver á la Reyna, que se entretuviese hasta que volviera. Un Criado, viendo que estaba solo, se escondió en un lugar oculto del quarto, para observar todo lo que hacia, manteniéndose allí hasta que le vió hacer

 una

una de las suyas, y sin poder contenerse, fue corriendo á dar cuenta al Rey, y como supo que estaba solo, mandó al Criado que se le traxese. Volvió, y le sacó del quarto con el pretexto de que le llevaba á beber, siendo engaño; pues se halló delante del Rey, y mirándole la cara, que la traía toda engrudada, le preguntó á Atilio, que así se llamaba el Criado.

Rey. Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno, que trae la cara tan engrudada, y puerca?

Criad. Señor, habeis de saber, que un mozo de la Reposteria puso á la lumbre un perol de cola, para pegar los cristales de los ramilletes, y pareciéndole cosa á proposito para comer, agarró el perol, y se le puso entre piernas, y comió alguna porcion de cola, y despues se debe de haber estregado la cara con ella; de suerte, que yo dificulto que Barrabás le pueda limpiar, ni quitársela.

Rey. Dime, Cacaseno, has comido de la cola?

Cac.

Cac. Si mi abuela me dixo, quando se fue, que me entretuviese; y yo, como no hallé otra cosa, me he divertido con aquel perol de puches, y esta cara de Judío me ha traido delante de tí, en lugar de llevarme á beber.

El Rey, oyendo razones tan inocentes, y mirando su cara de tan malísima figura, echó á reir, y mandó al Criado, que le llevára á beber; pero como deseaba que la Reyna fuese sabidora de tal simplicidad, le hizo una seña, para que le llevase á su quarto, lo que obedeció puntualmente.

REYNA Y CACASENO.

Reyn. COmo vienes con esa cara engrudada?

Cac. Es, que he merendado, y se me habrá pegado alguna grasa, y quisiera solo que me hicieras el gusto de mandar dar á este veinte y cinco palos muy bien dados, porque el Rey le ha mandado que me lleve á beber, y él no ha querido obedecer; y así manda tú

que traygan de beber, porque me siento tan hinchado como una vexiga de puerco.

Reyn. A decir la verdad, te pareces á él en un todo, y tu cara no es de otra cosa, que de lo que has dicho tú mismo.

Mandó que la refiriesen el suceso, y lo celebró infinito, y despues ordenó, que lo lleváran á beber. Llegó Marcolfa á su quarto, y no hallando á Cacaseno, se inquietó de tal modo, que iba á salir á buscarle sumamente enfadada; pero al mismo punto llegó Atilio con Cacaseno, y despues que supo el suceso, empezó á exclamar, diciendo: Pobre de mi! Este bruto tiene la culpa de verme avergonzada en esta Corte! Procuró lavarle; pero eran vanas todas diligencias, pues tan dura, y tan tenaz estaba la cola, que no habia fuerzas humanas para podérsela despegar de la cara y manos; y fue preciso poner agua á cocer, para podérsela quitar. Enfadada de sus bestialidades, y desesperanzada de su enmienda, determinó el ir á pedir licencia á los Reyes, para retirarse á su montaña: los halló juntos,

y

y con una reverencia humilde, y profunda así les dixo.

MARCOLFA, REY Y REYNA.

Marc. SErenísimos, y piadosos Señores: Ya que es tanta mi fortuna en haberos hallado aquí juntos, acaeciendome lo que muchas veces suele suceder al Cazador, que pone la red para un páxaro, y coge dos á un tiempo mismo, con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedais licencia, y libertad para volverme á casa; y así espero esta gracia de vuestra real clemencia.

Rey. Conozco que es perjudicial á tus intereses, y al gobierno de tu casa la ausencia de tu persona, y así te concedo la licencia, y permision, quando fuese tu voluntad; pero te aseguro, que para nosotros seria de mayor gusto el que tú te quedases á nuestra vista.

Marc. En todo asunto, oracion, argumento, y disfrutar favores de otros, siempre

pre se gusta de la brevedad; ademas de esto, no parece bien que un súbdito se familiarice con su Príncipe largo tiempo; porque tal vez, quando menos se piense, no le hallará de gracia, y le sucederá lo que al Raton con el Gato, que despues de jugar con él largo tiempo, se cansa, y le deshace la cabeza, para concluir su alegria. Mi marido solia decir, que la amistad de un Príncipe es de la calidad del fuego; y así es menester precaverse, y no acercarse demasiado, ni tanto, que uno se queme, ni alejarse tanto, que no se caliente, sino en un buen medio.

Rey. Yo te confieso, que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; pero contigo, á quien conocemos tan prudente, y tan formal en todas tus cosas, no nos habiamos de privar de la prudencia, cometiendo tan mala correspondencia con una muger de tu mérito, y circunstancias; pero supuesto que estás en ánimo de marchar, por lo que á mí toca, yo te concedo la licencia,

cia, con condicion de que sea con-
agrado de la Reyna.

Reyn. Yo la concedo licencia; pero con la obligacion, que has de venir con Cacaseno cada año una vez á verme; y si no me hiciera el cargo del perjuicio, que se puede seguir á tu casa estando ausente, sería mi mayor gusto el que te quedáras á vivir en la Corte; pues contigo tendria una vida contenta, y muy gustosa.

Marc. Piadosísima Reyna, hablo con claridad, y con verdad me puedes creer: Si yo dexára los ayres puros de mi montaña, y me faltasen aquellas aguas sutiles, el comer de aquellas viandas tan gruesas, y me quedase en la Corte, con exquisito vino, viandas regaladas, y otras cosas delicadas, que aquí no se acostumbran, en breve tiempo pienso que me moriria; esta es mi primera dificultad: la segunda, es cierto que habitando en la Corte á título de muger, que procedo en un todo con claridad, y sin poder lisonjear, no habia

bia de poder sufrir algunos preciados de Cortesanos, siendo solo interesados, y aduladores, cuyas complexiones son como las de los Abestruces.

Rey. Los conoces tú á estos tales?

Marc. Los conozco por unos versos que he leído, hechos de mi marido, que notó en el tiempo que trató la Corte, que por raro modo los he visto, y los tengo impresos en la memoria.

Rey. Pues quiero que los digas.

Reyn. Yo tambien, que discurro serán como suyos.

Marc. Yo los diré; pero quisiera que se quedáran impresos para siempre en vuestra memoria.

CAPITULO

DEL VIRTUOSO CORTESANO, y de el Ambicioso.

PAREADOS.

EN vez de Corte puso la voz *Muerte*
Un Poeta, y no es mucha la ignorancia;

Por-

Porque de Corte á muerte, si se advierte,
Es muy poca, ó ninguna la distancia.
O ya á la muerte, pues, ó ya á la Corte,
Regulando á su modo trage y porte,
Concurre el Virtuoso:
A este, opuesto, le sigue un Ambicioso.
De ceremonias viene prevenido,
Con su hebilla, y zapato presumido:
Don Simon ser pretende al que llegare,
Pero un tonto será el que asi lo usare;
Porque en su trato, y en su vil porfia
No será Don Simon, sí simonía.
Al Virtuoso, si á medrar se aplica,
Que es muy dificil se le significa:
Su esperanza desde hoy pasa á mañana,
Y por mucho que estudie, siempre afana.
Al Ambicioso en todo entremetido,
Con falsa adulacion, labio fingido,
Si en la lisonja funda la alabanza,
Siempre la Corte da buena esperanza.
Corre pronto al halago, al fingimiento,
Y es mas aleve, quando mas atento;
Pues con la risa falsa en sus razones,
Corre bellaco á las sublevaciones.
Oye uno de estos á su dueño acaso;
Que

Que tiene hambre, ya está la mesa al paso:
Si ya no tiene gana, lo mejora,
Pues le dice muy presto, no, no es hora.
Si á otro dia á aquel punto está presente,
Y el valedor con gana no se siente,
Le responde con mucha cortesía;
No es tiempo de comer, no es mediodia.
Si el Patron dice, ola; ya está listo,
Ligereza mayor jamas se ha visto,
Y bien que sea tarde, ó bien temprano,
Se presenta el sombrero ya en la mano.
Si acaso escupe, como esté delante,
Va, y con el pie lo limpia en un instante;
Pero, basta: La hoja aquí doblemos,
Y el discurso á otro asunto le mudemos,
Que un util pensamiento en esto se halla,
Y es quitar de la oreja tal canalla.

Marc. Estos son los versos que escribió Bertoldo, bien enterado de lo que es la Corte; y dexar de hablarles claro á estos, no fuera en mi mano, con lo que era preciso ser mal vista.

Rey. No hay duda que merecen atencion estos dichos, porque tienen mucha moralidad;

lidad; pero volviendo á lo que ibamos, te digo, que tu conversacion nunca nos puede servir de tédio.

Reyn. Dime, no me has ofrecido de que volverás á vernos?

Marc. Si la vida me lo permite, no tendré dificultad en cumplir con una obligacion tan debida:

El Rey llamó al Mayordomo, y le mandó que traxese dos cientos escudos para entregar á Marcolfa, disponiendo al mismo tiempo, que por la mañana temprano hiciese aprontar una litéra para conducirla á la montaña: el Mayordomo se apartó para obedecer la orden que se le habia dado; pero de tan mala gana, echando tantos entripados, y juramentos, como el Marinero en tempestad, haciendo muchos gestos, dando palmadas, y encogiendose de hombros, iba diciendo: O, qué sinceridad es la que tienen algunos Señores en apoyar desatinos, proteger tontos, y dar alas á Bufones, como al presente se ve con este Señor, que manda dar dos cientos escudos

dos á estos Monos, irrisionos de la Corte. Mas presto premiarán á semejantes gentes, que á un hombre erudíto, y aplicado, que se mata, y se descalabra el entendimiento para dedicarse, y perfeccionar con inmenso trabajo una Obra, y despues de tanto desvelo la presenta con el fin de tener algun ascenso, y lo que saca de su afan, es, que ni aun le dan las gracias: Míresese qué esperanzas pueden tener los eruditos, y doctos despues de tan malos ratos, y trabajosos estudios!

Mientras que fueron á tomar el dinero, envió la orden al Litererero, para que á la mañana siguiente al romper el alba estuviese pronto para conducir los dos grandes personages à su tierra: en este intermedio Marcolfa hizo á los Reyes sus cumplidos de despedida, en esta forma.

Marc. Ahora conozco que Vuestras Magestades son nuestros Amos y Señores, y Amigos ciertos.

Rey. Tú dices que nos reconoces por ciertos

tos amigos: Pues dime, qué entiendes tú en esta palabra ciertos?

Marc. Señor, es que tambien hay amigos inciertos.

Rey. Pues declárame esa diferencia.

Marc. Escucha, y atiéndelo en esta

OCTAVA.

Tanto me sirve el bien que no aprovecha,
Quanto el mal que no daña: Ola, cuidado,
De amigos de promesa hay gran cosecha,
Que el bolsillo te ofrecen con agrado:
Mas si á la prueba vienes, la deshecha,
Que es cháchara, y parola te ha mostrado;
Solo es amigo el que en grandeza suma
Favorece al de misera fortuna.

Rey. Pues cómo se ha de gobernar el hombre para ganarse los amigos verdaderos?

Marc. Las amistades verdaderas son las que estan fundadas con las acciones de caridad, y costumbres virtuosas; pero aquellas que tienen los cimientos del vicio, duran muy poco; pues estos se convierten

vierten de amigos en pérfidos enemigos: las amistades que uno llega á conocer que son perjudiciales, se debe huir de ellas para no caer en el peligro, siguiendo despues el precipicio; y así es práctica conocida, que si un hombre docil trata de continuo con otro que sea de malas costumbres, se apropia, y gana la ruín fama del compañero; vulgarmente se suele decir: dime con quien andas, te diré quien eres: y tambien dicen que las malas compañias desnucan al hombre y por la general semejantes amistades suelen ocasionar, de tan grande amor, doblado, tenaz é intenso odio; de suerte, que aunque pase mucho tiempo, y se hagan amigos, nunca llega á aquella amistad tan familiar como antes, pues el vicio del odio es de tan mala inclinacion, que el vengativo en lo exterior parece que perdona; pero es muy al contrario, que nunca se olvida, y en su interior reserva el veneno; y así, lo mejor es, que ninguno se mezcle, ni se ponga en lo que no le toca, pues nunca saldrá

bien,

bien, y se arriesga á muchas contingencias; y como yo no tengo tédio, ni odio con persona alguna, quiero decir á Vuestras Magestadcs una moralidad, que viene adequada á nuestro asunto.

Rey. Refiérela, que la escucharémos con grande gusto, y atencion, mientras que viene el Mayordomo con los dos cientos escudos.

Marc. Habeis de saber, que en el año que las Gallinas hilaban lana, para texer paño, para hacer calzones á los Gallos, refiere Esopo, y otros diversos Autores, que hablaban entonces todos los animales, y por consiguiente tenian entre ellos sus amistades, quimeras, y pleytos, trataban, y contrataban en todo aquello que les era preciso para vivir.

En el mismo año se hallaban las Zorras odiadas generalmente, por haber engañado á todo el mundo con sus astucias, y maliciosos ladronicios. Hallándose sin amigos, y perseguidas en extremo, casualmente un dia una se encontró con un Perro mastin, el qual así que la vió, se

tiró

tiró á ella para matarla: ella con el sobresalto, y sospechas de su corta vida, procuró ponerse en salvo, como en efecto lo consiguió; y fue su suerte, que hallando un agujero, se escondió dentro de él; de modo, que el Perro no era posible pudiese entrar, y lograr su intento; no obstante viendose asediada, y siempre con el mismo peligro si salia de allí, ideó una nueva astucia, y fue de esta manera: Empezó á hablar al Perro con unas palabritas muy dulces, diciendo: Dime, hermoso, querido, amado Perro mio, por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte, y conferir contigo un pensamiento, y arbitrio, que ha de redundar en tu favor; depon á un lado tu enojo, y te suplico que me escuches. Oyéndose alabar, y tratar con tanta melosidad, y con el interes de que habia de tratar un negocio favorable á sus intereses, respondió el Perro que la escucharia muy gustoso; añadió la Zorra: Ya sé, Perro mio, que tienes noticias de todas mis picardias en que he

de-

delinquido hasta el dia presente; pero te prometo (por vida de lo que soy) de tratar la enmienda; ya estoy arrepentida de tal modo, que desde hoy en adelante viviré sin hacer mal á nadie; y así yo te vengo á buscar, porque estoy persuadida, que entre todas las bestias del mundo tú solo tienes el nombre de fidelidad, asi pues espero que la uses, y seas piadoso conmigo, lo que yo no dudo; y ya que tengo la fortuna de decirte mi parecer, te digo que no te puedo expresar la grande lástima que me causa un estado tan infeliz como en el que estás destinado; tanto de dia, como de noche, te precisa estar vigilante en la casa de tu amo, para cumplir con tu obligacion, y vivir con la miseria del interes de aquello que te quieren dar, que no sirve para nadie, y esto te ha de servir de sustento; y despues los ascensos son trabajar, y no descansar de dia, ni de noche; antes bien muy al contrario, pues es preciso velar y mas velar; pobrecito mio, te aseguro, que se me par-

te el corazon de dolor, y compasion que te tengo; y asi te vuelvo á decir, estoy arrepentida de todas mis iniquidades, y solo me falta para ser buena de aqui adelante una buena compañia, por lo que deseo tener amistad contigo, y de este modo, llevándome en tu compañia, te aliviaré en algun modo de tanta sujecion como tienes, y haré la centinela como tú en casa de tu amo: tú harás la guardia de dia, y yo la haré de noche, y con esto empezaré á hacer mérito, interin que tú te empeñes con el amo, insinuándole que me reciba para mayor seguridad y útil de su casa, teniendo guardias confederadas y de buena correspondencia.

Entonces el buen perro, quadrándole tan suaves proposiciones, sin considerar que la práctica y amistad de una bestia tan infame se le habia de convertir en daño y perjuicio, hasta su muerte, la dixo: Sal fuera de ese agujero, que yo te daré la pesuña de bestia honrada, y la palabra de no ofenderte, y de hablar

á

á mi amo para que te reciba en mi compañia para guardia de su casa y su ganado: salió fuera la zorra baxo su palabra honrada: ya que juntos estaban estos dos nuevos amigos, marcharon á casa del perro: el dueño así que vió la zorra, tomó una estaca, y fue corriendo para matarla: la zorra, con grande mansedumbre, no quiso huir; antes bien se tendió panza arriba con grande humildad: el perro, viendo accion semejante, se compadeció, y se puso en medio, para que el amo no la quitase la vida, insinuándole que la recibiese en su casa para mayor gobierno y seguridad de ella: el amo condescendió á las súplicas, y prometió al perro de mantenerlos á los dos, consignándoles quatro panes todos los dias para cada uno, una artesa de agua, huesos, y las demas regalías y emolumentos que se proporcionasen: quedó hecho el pacto, por dos ó tres dias caminó con satisfaccion el amo del perro y de la zorra, malicioso animal, que estando acostumbrado á

comer gallinas, pollos y capones hurtados por sus uñas de los gallineros, no se podia acostumbrar á comer aquel pan negro, mezclado de centeno y salvado, que se usa hacer para los perros; pensó una industria, y fue, que hallándose un dia en conversacion con el perro, le empezó á decir: perro mio, fiel compañero, querido, amigo de mi vida, ya que estamos solos, quisiera decirte quatro palabritas, las que te aseguro redundarán á favor nuestro; pero con el pacto, que me has de dar palabra y mano de no oponerte á mis arbitrios y proposiciones, tan ventajosas á nuestro mayor útil. Respondió el perro: Yo te doy palabra, como verdadero amigo, de escucharte, y de vivir unanimamente contigo, sin que yo revéle á nadie el secreto; con que en este supuesto bien puedes libremente descubrir tu pecho sin la mas mínima sospecha. Replicó la zorra: perro mio, tú ya puedes considerar nuestro miserable estado, (no lo digo por el amo, pues no dudo que cumplirá
con

con todo lo que nos ha prometido) mira de la suerte que nos hemos puesto, despues que nos dan á comer este pan de mezcla, pues estamos flacos como dos linternas, y negros como sartenes; y no es porque tú seas feo, antes bien eres galan y hermoso, pero la falta de carne te afea mucho: Ha pobrecito! Si tú te vieras, te habias de contar las costillas! Y así quisiera que te aprovecháras ahora que es tiempo, y tomáras mi consejo: mira que yo sé muy bien que tú eres práctico en esta Villa, pues quando sales fuera con el amo, tienes conocidas todas las casas de los vecinos; de suerte que tú no ignoras las entradas y las salidas de todas ellas; y si acaso tuvieses poca práctica de algunas, las puedes recorrer de dia, y hacerte cargo de todas, y de noche, mientras que el amo duerme, podemos ir; hoy á una casa, y mañana á otra, á buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero, te quedarás para guardarme las espaldas, y yo con gran destreza executaré

ré el tiro, y despues nos iremos á un pajar, que no falta en cada casa de estos Lugares, y de este modo cada noche mudaremos de bisiesto, viviendo alegremente muchos dias, sin que ninguno lo conozca; porque tú no eres persona sospechosa: de dia irás tú á descubrir terreno, y por la noche iremos despues á pegar fuego á la mina gallinesca. El perro la dió palabra, consintiendo á sus malditas astucias, dexándose hacer la mamola con las falsas proposiciones de la zorra: pusiéronlo en execucion, y juntos de dia y de noche se regalaron á costa de los vecinos del Lugar; pues de cada uno lo pagaba su gallinero. Despues de algunos dias las mugeres del Lugar, estando en conversacion, dixo una: Amigas, no sabeis que esta noche me han hurtado un par de gallinas? Respondió otra: Pues á mí me ha sucedido lo propio la noche antecedente; y así, una despues de otra, todas fueron refiriendo lo mismo; de lo que resultó, que determinaron poner una tram-

 pa

pa en uno de los gallineros, y estar á la vista por ver si se podia descubrir el agresor.

Mientras se determinaba esto entre ellas, el perro, que andaba rondando y espiando la caza, oyó los preparativos que disponian contra ellos: fue corriendo á dar aviso á la zorra, á la qual dixo: Amiga, ya que nuestra fortuna ha querido que nos hayamos puesto gordos, no volvamos mas á hurtar; (sin duda el perro miraba primero por la vida, que por la golosina de su gula) pero la viciosa zorra, que no podia acostumbrarse al pan de perro, halló otra nueva astucia: Iba por la noche al gallinero de su amo, y se comia una gallina, perseverando en esta infamia hasta unos seis dias, y haciéndose sus cuentas de lo que podia resultar, dixo: Ya no es tiempo de estarnos con las manos metidas en la faltriquera, porque si el amo hace revista de sus gallinas, á mí me ha de echar la culpa, de lo que resultará gravísimo riesgo á mi vida.

Des-

Despues que se hizo sus cuentas, se fue al amo, y le dice: Señor, es cierto que estoy muy satisfecha de los muchos favores y del buen trato que me habeis hecho; y yo, como tan agradecida, vengo á descubriros una infamia, que se hace todas las noches en tu gallinero. Preguntó el amo: Qué infamia es la que se comete? Respondió la zorra: El pícaro de vuestro perro, de quien tanta confianza haceis, es el ladron, y cada noche hurta una gallina; lo que hace con el hurto yo no lo sé. Replicó el amo: Es verdad lo que me dices? Señor, es muy cierto, y si quieres desengañarte, véte al gallinero, y haz revista de las gallinas, y conocerás la falta; y para mas seguridad y desengaño tuyo esta noche te enseñaré el perro con el hurto entre las manos.

El amo airado contra el perro, quedó de acuerdo con la zorra de desengañarse viéndolo por sí mismo: se despidió la zorra del amo, y llamó al perro; y con gran secreto le dice: amigo,

es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte; y así te digo, que esto de andar en los gallineros no es muy bueno, pues puede suceder que un dia ú otro caygamos en la trampa, y lo pague nuestro pellejo; pero no obstante te aseguro, que me hallo con grandes ganas que nos comamos un par de gallinas. Preguntó el perro: De las del amo? Sí, de las mismas; yo las mataré, y tú las sacarás fuera de casa, y las esconderás en un barranco, que allí las comeremos despues.

El perro hizo alguna repugnancia á tan depravada proposicion; pero la zorra lo enredó de tal modo, que consintió, y quedaron determinados á hacerlo; en efecto, por la noche hizo ver á el amo la verdad, pues vió pasar á el perro con las gallinas en la boca, é indignándose de ver tal infamia, al dia siguiente le halló durmiendo, y le mató. Quando vió la zorra tal castigo, se hizo la cuenta de aquel refran, que dice: Quando la barba de tu vecino vieres pelar,

lar, &c. y así le pareció, que no la tenia mucha cuenta el estar en semejante tierra, temblando no la sucediese á ella lo mismo que al perro. Todos estos juicios los fundaba bien, pero hallaba dificil el escaparse del Lugar; no obstante halló un nuevo modo, y fue, que viniendo el amo á casa, dixo: Ahora ya te he quitado el perro de tu compañia, siendo él el ladron de las gallinas; discurro tendrás conocida la gran confianza, que yo siempre he hecho de tu persona, mi deseo es, que tú sirvas de perro. Con gran solapa replicó la zorra: Con mucho gusto obedeceré lo que me mandas; pero quiero que desuelles el perro, y adobes el pellejo, y despues por parte de noche me lo pondrás al rededor del cuerpo, que de este modo creerán los ladrones que soy el perro, y tendrán miedo de mí; aunque yo no hago ánimo de ladrar, que será lo mas acertado, pues dice el proverbio: perro ladrador nunca es buen cazador; y de este modo daré color á esta invencion,

y

y quedarán engañados, creyendo que soy tu perro, y tu casa estará guardada y libre de todo insulto.

Al amo le pareció el partido mas seguro: compuso el pellejo como se lo habia propuesto la zorra, y se lo puso al rededor, fingiéndole perro; pero la infame, maldita y maliciosa bestia, quando vió toda la casa en silencio, á media noche, se fue al gallinero, y se comió dos gallinas, y con el pellejo del perro, encima de sus lomos, se escapó disfrazada fuera del Lugar á otra parte. Se levantó por la mañana el amo, y no hallando la zorra, y viendo la falta de las gallinas, descubrió la estratagema de tal bicho, por lo que dixo en alta voz: Me está muy bien empleado, y yo me lo merezco todo lo que me ha sucedido: esto acontece á todos aquellos que lidian con gente viciosa, que estos hacen perder á todos los que tratan; estoy cierto, que el pobre perro ha muerto inocente, y su desgracia ha dimanado de la comunicacion que ha tenido

con la maliciosa zorra. Este es el fin de la fábula, que he prometido contar á Vuestras Magestades.

Rey. No hay duda, que la fábula no solo es gustosa; pero de grandísimo útil para todos aquellos que se unen con malas compañias, y tratan con gente soez, metida en el vicio, los quales hacen verídica aquella sentencia, que dice, que las malas compañias conducen al hombre al deguello: Y ahora, volviendo á lo pasado, digo, que ya vendrá el Mayordomo, y te entregará dos cientos escudos, con que quiero regalarte, y te encargo, que vuelvas á vernos, como lo has prometido. Mañana temprano marcharás en la litéra, que ya tienes prevenida, que de esta suerte irás con mas conveniencia á tu casa, en donde yo creo te estarán esperando con grande ansia Bertoldino y su muger. Dexó de hablar el Rey; y la Reyna, que habia callado, alabando la fábula, la dixo.

Reyn. La fábula es muy graciosa, y puede ser-

servir de mucho gobierno, particularmente á la gente jóven, y solo deseo saber una cosa, y es, de qué procede que los Príncipes tienen tantos amigos?

Marc. A los Grandes todos se muestran amigos, unos por el interes, otros por adulacion, y otros por miedo, y los mas sencillos por obligacion y respeto; y así os suplico noteis estas sentencias pastoriles.

Quien delante te alaba magestuoso,
En ausencia te vende celerado,
Con el ánimo infiel y escandaloso
Te afecta su cariño desalmado.
Si á sus gustos triunfas dadivoso,
Te coronan por hombre celebrado;
Y si de estos te libras con bonanza,
No fundes mas en ellos tu esperanza.

Llegó el Mayordomo, y entregó á Marcolfa los dos cientos escudos, y la Reyna se quitó del dedo una sortija de esmeraldas, y se la dió, para que en su nombre regalase á Dominga ó Menguina, que asi

la

la llamaban en su Lugar. Despues que recibió todo lo expresado la astuta Marcolfa, dixo á los Reyes así.

Serenísimos y piadosísimos Señores, habeis de saber, que entre las copiosas y lindas cosas, que contaba mi marido, me parece adequadísima á lo presente esta que referia. Decía de Alexandro Magno, que un dia regaló una grande porcion de oro á un Filósofo, y este rehusó admitirlo: (fue esta una accion sumamente alabada de todos; no lo fue de todos la de Alexandro, antes estas prodigalidades muchos se las desaprobaron, porque los bienes y riquezas, que Dios concede á los Reyes, no se debe usar de ellas prodigamente, pues no han de servir mas que para las urgencias precisas, pagar lo que es de obligacion á los vasallos, y lo que sobráre de esto, practicar actos de caridad, que será lo mas útil y grato á los ojos de Dios) el Filósofo, pues, esquivándose para no admitir la dádiva, determinó injuriar á Alexandro, tomando á mejor

par-

partido el quedarse en su miseria, que recibir la oferta: no obstante esto, yo doy á Vuestras Magestades las mas debidas gracias por los favores tan grandes, que os habeis servido hacerme, de lo que yo quedo siempre esclavizada y reconocida; y solo ahora espero me deis vuestras últimas órdenes, deseando tengais una larga vida, colmada de las mayores felicidades, y que siempre logre vuestro Reyno de la mayor tranquilidad para sosiego de vuestros ánimos reales.

Los Reyes se quedaron maravillados de la eloqüencia de Marcolfa, porque en el concepto comun no era de muger nacida entre montes, antes bien al contrario de muger tan sagaz, que podia vender discrecion á todos; si bien bastaba el haber sido muger de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano marcharon en su litéra: siguieron su viage hasta su casa, y á la vuelta el Literero dió noticia á Sus Magestades de la grande alegria que mos-

traron

traron Bertoldino y Dominga de verlos: añadió mas, que les hicieron grandes regocijos, juntándose todos aquellos montañeses inmediatos habitadores de su cortijo; pero mucha mas alegria, dice, que tuvo Bertoldino, quando oyó el sonido de los escudos, como tambien Dominga con el regalo de la esmeralda. (que este punto que toca á recibir es una cosa tan buena, que aun á los tontos les agrada) Y con doblada alegria no se saciaba de hacer infinitos cariños á su estimado Cacaseno.

Como Marcolfa sabia leer y escribir, al tiempo que el Literero iba á marchar, le entregó una carta, para que se la diese al Rey. Llegó á palacio, presentó el pliego á Su Magestad, quien pasó inmediatamente al quarto de la Reyna, participándola como habia recibido carta de Marcolfa: la abrieron con grande ansia y mayor gusto, y su contenido decia así.

CAR-

CARTA, QUE ESCRIBIÓ *Marcolfa á Rey y Reyna desde su montaña.*

„ MIS Señores: Siendo tan debido el
„ obedecer los preceptos de Vues-
„ tras Magestades, me obliga á participar
„ mi arribo á esta su humilde choza: por
„ no omitirlo mi obligacion, se vale de
„ la ocasion del retorno del Literero á esa
„ Corte; añadiendo á Vuestras Magesta-
„ des, hemos sido recibidos con grandísi-
„ mo aplauso de Bertoldino y Dominga;
„ habiendóseles aumentado mucho el al-
„ borozo con los regalos con que nos ha-
„ beis honrado, de lo que os damos todos
„ juntos muy rendidas gracias. No escribo
„ cosa particular de Cacaseno, porque el
„ Literero sale hoy por la mañana muy
„ temprano, y él todavia está en cama;
„ y así esta mia servirá de un pequeño
„ reconocimiento, mientras yo y toda mi
„ familia deseamos á Vuestras Magesta-
„ des las mayores felicidades. “

TABLA

DE LO QUE SE CONTIENE EN ESTA HISTORIA.

TRATADO I.

INtroduccion á la obra. fol. 1
Fatal figura de Bertoldo. 2
Audacia de Bertoldo. 3
Preguntas y respuestas entre el Rey y Bertoldo. 4

ALEGORÍA PRIMERA.

Astucias de Bertoldo. 13
Pleyto de las mugeres. 15
Justa sentencia del Rey. 17
Prudencia grande del Rey en el pleyto de las mugeres. 18
Disputa de Bertoldo con el Rey sobre la sentencia que dió. 19
El Rey alaba á las mugeres en presencia de Bertoldo. 20

Astu-

Astucia ingeniosa de Bertoldo para hacer que el Rey diga mal de ellas. 23

Tumulto de las mugeres contra el Rey, nacido de la astucia de Bertoldo. 25

El Rey se enfada con las mugeres. 27

El Rey echa enhoramala á las mugeres. 20

Disputa de Bertoldo con el Rey, regocijándose de haber salido con su intento. 32

Descúbrese la astucia de Bertoldo, y el Rey vuelve á decir bien de las mugeres. 34

La Reyna concibe enojo contra Bertoldo, y con engaño pregunta al Rey por él, diciendo que se le envie. 37

El Rey hace que Bertoldo vaya á ver á la Reyna. 39

Astucias de Bertoldo para librarse de que no cayera el diluvio sobre su cabeza. 40

Bertoldo se libra del diluvio. 41

La Reyna insiste en que se castigue á Bertoldo. 42

Astucia de Bertoldo para librarse del castigo. 43

Otra astucia de Bertoldo paraque castiguen

tiguen á los criados de la Reyna, y á él le dexen libre. 44

Bertoldo vuelve á visitar al Rey, y en su presencia hace una buena burla á un Palaciego. 45

Burla desvergonzada de un Palaciego entremetido á chistoso. 46

El Rey manda á Bertoldo que le visite otro dia, ni bien vestido, ni bien desnudo: graciosa invencion de Bertoldo para cumplir lo mandado. 52

El Rey procura que Bertoldo sea castigado; y astucia ingeniosa suya para librarse del castigo. 55

Fantástica idea de las Ciudadanas para una injusta pretension, con una carta al intento. 57

El Rey, por no condescender con la pretension de las mugeres, pide consejo á Bertoldo: discreta astucia de este paraque el Rey quede bien. 61

Manda el Rey entregar una caxa á las mugeres, y en ella el secreto inventado por Bertoldo: curiosidad de mugeres en registrar lo que habia dentro. 62

Resuélvense las mugeres á abrir la caxa. 63

Pesadumbre que recibieron las mugeres por habérseles escapado el paxarillo. ibid.

La Reyna refiere al Rey la fuga del paxarillo. 64

El Rey reprehende á las mugeres, y las concede su pretendida absolucion. 65

Quiere el Rey que Bertoldo le haga una reverencia, y para ello dispone baxar la puerta de su quarto. 71

Astucia de Bertoldo muy graciosa para no hacer al Rey la reverencia. 72

Graciosa fábula del cangrejo y la langosta, que refiere Bertoldo. 73

ALEGORÍA SEGUNDA.

El Rey manda á Bertoldo que le trayga una huerta, una caballeriza y un molino; y astucia graciosa de Bertoldo para satisfacerle. 81

Premia el Rey á Bertoldo, y alegria suya por el premio. 83

Ins-

Insta la Reyna de nuevo al Rey paraque le envie á Bertoldo. 86

ALEGORÍA TERCERA.

Defiéndese Bertoldo con una buena industria del primer ímpetu de la Reyna. 92

Manda la Reyna meter á Bertoldo en un saco para castigarle; y astucia agudisima para salirse de él, y librarse del castigo. 96

Hace Bertoldo que el Alguacil, que le dexaron por guarda, se meta en el saco, y le castiguen. 97

El Alguacil desea saber lo que entre si habla Bertoldo. 98

ALEGORÍA QUARTA.

El Alguacil saca á Bertoldo fuera del costal. 105

El Alguacil empieza á caer en el anzuelo. 110

Bertoldo se hace del sordo y desentendido;

tendido; pone dificultades al Alguacil paraque no entre en el saco, y de este modo consigue el hacerle venir mas en deseo. 111

El Alguacil se determina á entrar en el saco. 112

ALEGORÍA QUINTA.

Prosigue el chasco que le pegó al Alguacil. 115

Sálese Bertoldo del quarto, coge los vestidos de la Reyna, y se los pone para salir de palacio. 117

La Reyna habla al Alguacil, juzgando que es Bertoldo: le hace que se asome, y al verle se maravilla. 119

Manda la Reyna apalear al Alguacil, y despues hace que le echen en el rio, metido en el saco. 120

La Reyna hace que busquen á Bertoldo por la Corte. 122

ALEGORÍA SEXTA.

Bertoldo es hallado, descubriéndole

una

una vieja por los vestidos de la Reyna; y caso gracioso que sucedió. 124
El Rey duda si Bertoldo ha metido á la Reyna en el horno, y va en persona para desengañarse. 126
Colérico el Rey contra Bertoldo, hace que le saquen arrastrando del horno, y le sentencia á muerte. 127
Exclamaciones de Bertoldo por la sentencia del Rey. 130
Ultima astucia de Bertoldo para librarse de la muerte. 131
El Rey le concede que le ahorquen donde él quiera, y no hallando arbol á su gusto, enfadados los Ministros le dexan en libertad. 132
El Rey hace buscar á Bertoldo, él no quiere venir á visitarle, y va en persona por él. 133
Muerte de Bertoldo. 135
Epitafio que mandó poner el Rey en su sepulcro. 136
Dichos sentenciosos, que Bertoldo escribió al tiempo de su muerte. 137
Testamento de Bertoldo. 141

El

El señor Cerfollo lee en público el testamento. 143

TRATADO II.

ALEGORÍA PRIMERA.

El Rey manda buscar al hijo y la muger de Bertoldo. 159

Los criados del Rey los hallan, y cosas que allí pasaron. 161

Determinase Marcolfa de ir á la Corte con su hijo. 164

Marcolfa los lleva á un manantial de agua muy cristalina, que distaba de alli muy pocos pasos. 170

Bertoldino se asombra de ver tanta gente á caballo, cosa que en su vida habia visto. 173

Marcolfa se determina ir á la Corte con Bertoldino. 177

Marcolfa saluda al Rey luego que llega á la Corte. 181

El Rey los manda vestir á uso de la Corte, y Bertoldino provoca en la cara del Sastre. 192

Fábula contra los tontos, que procuran establecerse en la Corte. 194

Otra fábula de las ardillas y ratones de los bigos secos. 197

Maravíllase la Reyna de la eloqüencia de Marcolfa. 202

Conversacion de Bertoldino y su madre dentro del quarto. 204

El Rey les cede una posesion para su recreo. 207

ALEGORÍA SEGUNDA.

Ridícula simpleza de Bertoldino con las ranas. 213

Despues de la locura, que habia Bertoldino executado, echa la harina á las ranas, á fin de cegarlas. 215

Bertoldino echa en el estanque todo el pan que habia en casa. 219

ALEGORÍA TERCERA.

Bertoldino se mete en un ceston para empollar los huevos que en él habia. 221

Qui-

Quimera de Bertoldino con una doncella de la Reyna. 230

El Rey regala segunda vez á Bertoldino con cincuenta escudos. 233

Graciosa burla de Bertoldino con la muger del Hortelano. 234

Marcha el Hortelano á la Ciudad, para verificar si la Reyna era el motivo de la accion de Bertoldino. 236

ALEGORÍA QUARTA.

Bertoldino emborracha á las grullas para cogerlas: atáselas al cinto: vuelven en sí: cogen vuelo, y llevánselo por el ayre. 247

ALEGORÍA QUINTA.

Quiébrasele el cinto á Bertoldino, y cae en un estanque de agua. 252

ALEGORÍA SEXTA.

Batalla de Bertoldino con las moscas. 255

Dis-

Disputa de Marcolfa con la Reyna. 258

Colóquio entre el Médico y Bertoldino. 260

Gracioso modo de Bertoldino en aplicarse las medicinas que le mandó el Medico. 264

Razonamiento entre Marcolfa y su hijo. 266

Marcolfa hizo una buena porcion de puches, las que se comió Bertoldino, y con el peso de ellas se fue debaxo de un olmo para aligerarse, y allí se quedó dormido. Noticioso el Rey le envió á buscar en un coche. 268

De cinco veces no acierta á decir lo que ha merendado. 273

ALEGORÍA SEPTIMA.

Marcolfa se fue á la Ciudad, queda el cuidado de la casa á Bertoldino, y dexa llevar los pollos al gavilan: graciosa invencion que para esto hizo. 277

ALE-

ALEGORÍA OCTAVA.

Corta Bertoldino las orejas â un borrico porque no oyera su conversacion. 283

El Hortelano da querella al Rey contra Bertoldino, al qual luego envió á llamar, quien viene con las orejas del burro en el pecho. 285

El Rey satisface al dueño lo que le costó el borrico; y despues se lo da á Bertoldino. 286

El borrico tira al suelo á Bertoldino, y de la caída tan grande, que dió, se rompió una costilla: Marcolfa se va á la Ciudad á ver Rey y Reyna; cuéntales una novela, y logra el real permiso para volverse á vivir de asiento á su casa ó choza de su montaña. 288

Fábula gustosa que refiere Marcolfa. 296

Gracias que da Marcolfa á Rey y Reyna antes de partirse á la montaña. 301

TRA-

TRATADO III.

ALEGORÍA PRIMERA.

Restituida Marcolfa á su montaña, hace habitacion decente : pasa por alli un criado del Rey , y la visita: gustosa conversacion que alli tuvieron. 307

ALEGORÍA SEGUNDA.

Prosigue la misma historia. 315

Dispone el criado del Rey llevar á Cacaseno á palacio. 317

ALEGORÍA TERCERA.

Llevan á Cacaseno á que el Rey le vea , y sucesos que en el camino pasaron. 319

ALEGORÍA QUARTA.

Prosigue lo mismo. 323

ALEGORÍA QUINTA.

Llegan á palacio: raros sucesos que pasaron antes de visitar á Rey y Reyna. 327

Marcolfa visita á Rey y Reyna: dichos sentenciosos que allí pasaron. 229

ALEGORÍA SEXTA.

Marcolfa se vuelve á su montaña: festejos que alli tuvieron. 361

Capítulo del virtuoso Cortesano, y del Ambicioso. Pareados. 368

Graciosa y discreta fábula que cuenta Marcolfa de la zorra y el perro. 375

Carta que escribió Marcolfa á Rey y Reyna desde su montaña. 393









